



**UN DESASTRE**

**DE**

**AMOR**

*Aitor Ferrer*

**UN DESASTRE**  
**DE**  
**AMOR**

*Aitor Ferrer*

Primera edición.

Un desastre de amor

©Aitor Ferrer

©abril, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Un desastre de amor

©Aitor Ferrer

©abril, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Mis redes sociales](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Mis redes sociales](#)

# Capítulo 1



—Que te vaya bien, Axel—me dijo Pedro, el funcionario que me abrió la puerta para ponerme en libertad como a un pajarillo al que le piden que alce el vuelo, después de unos años de estancia en prisión.

—Gracias por todo, Pedro—me volví y le di un abrazo de corazón—. Eres un tío legal y esos no abundan—le comenté.

Llevaba demasiado tiempo sin ver la luz del sol. Y sí, cualquiera puede pensar que desde el patio de un presidio se percibe como desde cualquier otro lado, pero ya os digo yo que no es así, que los rayos del astro rey no calientan allí como en el resto de lugares.

Me sentía descolocado. Había soñado muchas veces con ese momento pero, llegado el día, el nudo que se me formó en la garganta fue tan grande que apenas me permitía respirar.

La mía era una gran ciudad. La misma que no había pisado desde que la sentencia me llevó directa a encerrarme entre barrotes, ya que me ofusqué tanto que incluso renuncié a los permisos penitenciarios de los que hubiese podido gozar gracias a mi impecable conducta mientras cumplía condena.

Supongo que la vida dejó de tener sentido el día que me la leyeron y que perdí a Lis, a la mujer a la que más quise dado que yo le rogué que no me esperase y el hecho de que no volviese a visitarme me indicó que ella había seguido mi consejo a pies juntillas.

Ni siquiera tuve ocasión de despedirme de ella y eso era algo que me dolía en el alma. Me dolía tanto que nada volvió a cobrar sentido para mí. Sin duda que no fue perder la libertad lo que más me abatió, sino perderla a ella.

Supongo que todo aquello me vino grandísimo y más cuando yo nunca fui un delincuente ni hacer nada que estuviese fuera de la ley me entró en la cabeza. A mis 36 años, salía de presidio y esa idea la tenía grabada a fuego en mi mente, en esa mente que tanto me cambió durante los años que pasé en la trena, en el trullo o como quiera que uno llame a un lugar que, básicamente, puede resumirse en un solo concepto: el infierno.

Sí, soy consciente de que las cárceles españolas nada tienen que ver con esas horrendas de otros lugares del mundo cuyos moradores pasan las de Caín. Hasta ahí llego, pero cualquiera que haya pasado por una cárcel sabrá

de qué hablo, ya que no concibo una situación peor que la de verte privado de libertad.

Años atrás yo disfrutaba con total intensidad de la vida y con Lis a mi lado. Ella era la chica de mis sueños, de unos sueños que se desvanecieron por completo el día que la perdí, pasando a convertirse en verdaderas pesadillas.

La luz del sol, esa que me dio directa en los ojos, pareció más bien clavarse en ellos. Ya no estaba acostumbrado a que me llegase de un modo tan directo, por lo que eché mano de mis gafas de sol modelo aviador de las que siempre usé. Y eso que, haciendo el chistecito, yo no era piloto, al menos no de aviones. Yo era motero, uno de pura raza y, si he de ser sincero, el segundo amor de mi vida fue mi moto. Y esperaba que ella sí me siguiese esperando en mi garaje.

Por fortuna, mi casa no la perdí cuando la vida me despojó del resto de mis cosas. Al entrar en prisión, ya la tenía pagada, pues la muerte de mi madre llevó a mi padre a repartir su parte y tanto mi hermana Lucía como yo percibimos un dinero que ambos empleamos bien.

Por esa razón, yo tenía un techo al que volver y el taxi que pedí me llevaría hasta él. Vivía en una urbanización de unifamiliares situada en las afueras de la ciudad y mi casa siempre me entusiasmó, por lo que volver a ella me suponía un plus de agrado.

Mientras esperaba al taxista, esboqué una sonrisa, más que nada porque ya no me quedaba otra que huir hacia delante, pues las puertas de prisión se cerraron tras de mí

Qué curioso resulta comprobar que el ser humano es capaz de adaptarse a todo. Ese lugar se había convertido en mi hogar en los últimos años, quizás porque, en el fondo, me creyese merecedor de pasar una buena temporada fuera de la circulación.

No hay peor sentimiento para el ser humano que el de la culpabilidad, eso lo había comprobado durante demasiado tiempo.

—¿Adónde te llevo?—me preguntó el taxista.

—A mi casa—le respondí tratando de esbozar una segunda sonrisa al entender que era la primera persona con la que hablaba ajena a la prisión desde hacía tela de tiempo.

—Ya, chaval, como si yo supiera dónde está tu casa.

—Pues también tiene razón—le respondí, tras lo cual le di la dirección a aquel señor mayor que me resultó de lo más amable y que se dirigió del tirón hacia ese lugar al que tanto soñé volver.

Las ruedas del coche comenzaron a girar y entendí que mi vida se ponía en marcha una vez más, que todo volvía a

cobrar sentido y que cada giro de esas ruedas debía interpretarlo como una bocanada de aire fresco que me llevaría hacia una nueva existencia, una de la que no sabía qué esperar porque es complicado volver a tomar las riendas de lo que un día perdiste.

Con sinceridad, la sensación era tremendamente agri dulce y noté la aceleración en mis venas. Siempre me apasionó la velocidad y, aunque en cierto modo con ella encontré mi perdición, de lo único que sentía unas incontenibles ganas era de volver a subir a mi moto y de notar el viento en mi cara mientras me comía los kilómetros, uno a uno, en dirección a ninguna parte.

cobrar sentido y que cada giro de esas ruedas debía interpretarlo como una bocanada de aire fresco que me llevaría hacia una nueva existencia, una de la que no sabía qué esperar porque es complicado volver a tomar las riendas de lo que un día perdiste.

Con sinceridad, la sensación era tremendamente agri dulce y noté la aceleración en mis venas. Siempre me apasionó la velocidad y, aunque en cierto modo con ella encontré mi perdición, de lo único que sentía unas incontenibles ganas era de volver a subir a mi moto y de notar el viento en mi cara mientras me comía los kilómetros, uno a uno, en dirección a ninguna parte.

## Capítulo 2



Respiré hondo cuando me encontré en la puerta de mi casa. Eché mano a la pequeña mochila que llevaba con mis enseres personales, los que me devolvieron al salir de prisión, y busqué las llaves.

Nunca entrar en un lugar me resultaría tan reconfortante. Estaba tratando de abrir la cerradura, la cual estaba algo dura tras años sin uso, cuando vi pasar a una pareja de cierta edad, vecinos, cuchicheando sobre mí. Me debían considerar un maleante, puesto que ni siquiera me saludaron, algo que traté de tomarme con paciencia, dado que lo cierto era que debía acostumbrarme a reacciones de todo tipo, pues entre mis vecinos se corrió la voz de mi encarcelamiento.

Sin darle mayor importancia al asunto, por fin di con la tecla y pude entrar en el recibidor. La casa olía a cerrado y eso es algo que no soporto, aunque no sé qué demonios esperaba tras tanto tiempo sin aparecer por allí.

De inmediato, abrí todas las ventanas y dejé que entrase el sol a raudales. La primavera lucía preciosa y todo se inundó de luz con un simple gesto.

La primera, en la frente. Nada más mirar a la mesita cuadrada que cerraba el juego de sofás de 3 y 2 plazas, visualicé la foto de Lis y mía que nos hicimos en una de las últimas concentraciones moteras a la que asistimos.

Manu Carrasco, en su canción “Fue”, habla de que “Fue la risa plena de aquella foto, Fue que al repetirla ya éramos otros”. En nuestro caso, ni siquiera tendríamos ocasión de repetirla, porque Lis y yo ya no éramos nada. Su ausencia en todo ese tiempo así me lo hizo ver.

Abatido, me senté en el sofá y pensé en que tenía hambre. No me quedaba otra que darme patadas en el culo para ir a hacer compra, cuando me di cuenta de que no tuve la precaución de dar de alta los suministros, que llevaban de baja todo ese tiempo. Yo era muy precavido, pero algo así no se me pasó ni por la cabeza. No hasta que llegué a la nevera y, al enchufarla, me encontré con que no tenía suministro eléctrico.

Me volví a dejar caer en el sofá y que allí me las dieran todas. Desde luego, que era para perder la cabeza, tenía que empezar de menos cero.

Llamé a la compañía y una amable señorita me hizo la pregunta de rigor.

—Pero, ¿cuánto tiempo lleva sin luz? Se lo digo porque su último contrato es...

—Más antiguo que la tos, soy consciente.

La hice reír y su risa me recordó a la de Lis, por lo que inevitablemente volví a mirar esa foto en la que su media melena rubia se enroscaba entre mis dedos, los mismos que la acariciaban mientras que Mario nos decía pamplinas con el móvil en la mano, enfocándonos.

A Mario no le he mencionado hasta ahora. Ni siquiera le di la oportunidad de ir a verme a la cárcel porque no quise que nadie me viera en tan lamentable situación. A la única a la que no me atreví a pedirle que no apareciese por allí fue a Lis, aunque ella así lo decidió, ¿y qué esperaba? Si yo mismo le pedí que hiciera su vida.

En cuanto a los demás, pasar años a la sombra sin la visita de tus seres queridos puede ser muy doloroso, pero para mí lo era más que me vieran entre rejas. No quise pasar por eso ni que nadie tuviese que pasar tampoco, por lo que tomé mi decisión y fui consecuente con ella.

Mario debió sentir mucho que yo le pidiese que se olvidase de mí hasta que saliera porque él fue mi compañero de aventuras desde pequeños. Con él crecí, fui al cole, me eché mi primera novia y seguí compartiendo lo bueno y lo malo hasta el momento en el que el accidente me llevó a la cárcel.

Por entonces, él salía con una chica llamada Olga y yo con mi Lis, con la que llevaba un par de años conviviendo y a la que amaba más que a mi vida.

Al abandonar la niñez, ambos decidimos hacernos polis y, mientras que él lo consiguió a la primera, una lesión de rodilla que con el tiempo curó a la perfección me alejó de mi sueño. Para entonces, ya estaba en último curso de aparejador y terminé haciéndome tasador de una empresa en la que mi jefe, Félix, que también era motero pero de los antiguos, siempre me tuvo en gran estima.

Le caí en gracia desde el primer día que me vio y me contrató en un santiamén. El de la empresa de Félix fue mi único trabajo, en el que estuve genial hasta tres años antes, cuando una noche mi mundo se volvió tan oscuro como el cielo que nos cobijaba. Mi jefe, por aquel entonces, me dijo que mi puesto de trabajo me esperaba a la vuelta. Pero si no era así, si ya había cubierto mi plaza, nada podría yo reprocharle a un hombre que me dio un voto de confianza cuando todos me lo retiraron.

—Un error lo puede cometer cualquiera, Axel, no lo olvides—fueron sus últimas palabras antes de despedirse de mí por un buen tiempo.

No pensaba olvidar, nunca lo haría, lo bien que se portó, lo mismo que Mario. Desde su posición de poli, mi amigo también hizo lo posible y lo imposible porque yo saliese lo mejor parado de aquella.

Me lo dijo desde que le llamé, con el cuerpo ensangrentado tras sufrir el accidente, y me lo repitió hasta que llegó el juicio en el cual salí condenado por homicidio imprudente, aunque lo cierto es que no fue esa mi mayor condena, sino la de acabar con la vida de un pobre chico, poco mayor que yo, con cuyo coche impactó mi moto.

Se supone que en un choque así, quien tiene que perder es el motero. Pues bien, no fue eso lo que el destino nos deparó a Iván y a mí. Ese nombre, el de Iván, lo llevaría grabado en mi mente hasta el último día de mi vida y jamás podré olvidar la cara de su madre en el juicio, exigiendo justicia.

Nunca supe en qué momento sucedió ni cómo. Era cierto que la noche del accidente nos juntamos con el núcleo duro de un grupo de moteros de otra ciudad con los que terminamos a hostia limpia, pues les dio por faltarles al respeto a nuestras chicas. No es raro que, en esas circunstancias, y dado que el ambiente estuvo enrarecido desde primera hora de la noche, uno de ellos me echase droga en la bebida.

No, no soy un santo y en mi adolescencia y primera juventud en alguna ocasión llegué a probar ciertas drogas. Hablo solo de probar, pero sin llegar a coquetear con ellas ni mucho menos a engancharme. Por tanto, a mis treinta y algo de años mi única droga era Lis y jamás se me hubiese ocurrido meterme nada raro y menos llevándola de paquete.

2

La suerte quiso que su hermana pasase esa noche a por ella antes de que yo la llevase a casa. Se enteró de que había camorra en el bar y, mientras nos dábamos de puñetazos con esos tíos que solo querían una guerra que no pudimos esquivar, su hermana Alba apareció en su coche y ella se montó, cosa que me dejó muy tranquilo.

Por ese motivo, el accidente me pilló solo. Gracias al cielo, porque jamás me hubiera perdonado que le sucediera algo. Era cierto que yo no iba en mis cabales porque no vi venir el coche, aunque tuve los reflejos de saltar de mi moto y evitar un golpe que habría sido mortal para mí. Iván se encontró de frente con ella y perdió la vida. Yo no resulté más que magullado y a él se lo llevaron a la morgue. Y perdí a Lis.

,

No pude demostrar que esos tipos me drogaron a propósito. Tampoco Mario pudo librarme de la cárcel y eso que se dejó la piel en tratar de hacerlo.

Me lo dijo desde que le llamé, con el cuerpo ensangrentado tras sufrir el accidente, y me lo repitió hasta que llegó el juicio en el cual salí condenado por homicidio imprudente, aunque lo cierto es que no fue esa mi mayor condena, sino la de acabar con la vida de un pobre chico, poco mayor que yo, con cuyo coche impactó mi moto.

Se supone que en un choque así, quien tiene que perder es el motero. Pues bien, no fue eso lo que el destino nos deparó a Iván y a mí. Ese nombre, el de Iván, lo llevaría grabado en mi mente hasta el último día de mi vida y jamás podré olvidar la cara de su madre en el juicio, exigiendo justicia.

Nunca supe en qué momento sucedió ni cómo. Era cierto que la noche del accidente nos juntamos con el núcleo duro de un grupo de moteros de otra ciudad con los que terminamos a hostia limpia, pues les dio por faltarles al respeto a nuestras chicas. No es raro que, en esas circunstancias, y dado que el ambiente estuvo enrarecido desde primera hora de la noche, uno de ellos me echase droga en la bebida.

No, no soy un santo y en mi adolescencia y primera juventud en alguna ocasión llegué a probar ciertas drogas. Hablo solo de probar, pero sin llegar a coquetear con ellas ni mucho menos a engancharme. Por tanto, a mis treinta y algo de años mi única droga era Lis y jamás se me hubiese ocurrido meterme nada raro y menos llevándola de paquete.

La suerte quiso que su hermana pasase esa noche a por ella antes de que yo la llevase a casa. Se enteró de que había camorra en el bar y, mientras nos dábamos de puñetazos con esos tíos que solo querían una guerra que no pudimos esquivar, su hermana Alba apareció en su coche y ella se montó, cosa que me dejó muy tranquilo.

Por ese motivo, el accidente me pilló solo. Gracias al cielo, porque jamás me hubiera perdonado que le sucediera algo. Era cierto que yo no iba en mis cabales porque no vi venir el coche, aunque tuve los reflejos de saltar de mi moto y evitar un golpe que habría sido mortal para mí. Iván se encontró de frente con ella y perdió la vida. Yo no resulté más que magullado y a él se lo llevaron a la morgue. Y perdí a Lis.

No pude demostrar que esos tipos me drogaron a propósito. Tampoco Mario pudo librarme de la cárcel y eso que se dejó la piel en tratar de hacerlo.

## Capítulo 3



No podrían darme luz hasta el día siguiente. Suerte que sí logré tener agua y pude ducharme.

Al caer la noche, y con la sola compañía de unas velas, decidí que no podía quedarme allí.

Hasta ese momento no entré en el garaje de casa y encontré mi moto. Mario me dijo que él mismo se encargó de que me la reparasen y así fue. Nadie más podría haberlo hecho. Era un tipo sobresaliente y siempre lo fue.

—Ya estoy aquí, mi niña—le dije al verla acariciándola, y me dolió recordar cómo Lis jugaba a ponerse celosa cuando llamaba así a mi moto y yo me moría de la risa con las cosas que me decía en esos momentos. Me reía como solo puede reírse un hombre enamorado.

Ciertamente, habían hecho un trabajo espléndido con mi joya de dos ruedas. Puede ser que otra persona no hubiese querido volver a saber nada de volar sobre ella después de lo que me pasó, pero pilotar una moto era mi vida y de lo poco que me quedaba por aquel entonces.

Subí al asiento y comprobé que le quedaba algo de gasolina. Tiré a arrancar y lo logré. Tuve que gestionar la salida del aire de mis pulmones en un momento así de emocionante para mí, en el que creí volver a la vida.

Si quería pasar página de verdad, si estaba por la labor de darme una segunda oportunidad de vivir, tenía que volver a subirme a mi moto y demostrarme a mí mismo que no estaba muerto, que podía salir de ese estado de ostracismo en el que entré en el momento en el que se me paró la vida.

Lo hice así y el rugido del motor de “mi niña” me insufló aire fresco, dándome oxígeno mientras me dirigía hacia la gasolinera.

La chica que me atendió allí me conocía de vista y se alegró de verme. Era la gasolinera más cercana a mi barrio y el grupo de moteros al que yo pertenecía solía repostar allí por lo que ella, cuyo nombre era Tania, entabló conversación conmigo.

—Cuánto tiempo, Axel—me comentó saliendo de detrás del mostrador para darme un abrazo.

Os parecerá una tontería, pero me quedé de piedra porque hacía demasiado tiempo que nadie actuaba conmigo con tanta espontaneidad.

—Hola, Tania, ¿cómo estás? —le pregunté.

—Yo genial, me casé, pero tú sí que luces bien. Mírate, ¡si estás cuadrado! —me dijo.

—¿Te parece? —le pregunté.

—No seas modesto, me parece que estás como un tren. Me alegro mogollón de verte. De verdad que luces impresionante, qué tío...

—Anda ya, que no es para tanto. Tú también estás fantástica—le dije porque, pese a no ser muy agraciada físicamente, rezumaba luminosidad por los cuatro costados—. Y enhorabuena por lo de tu boda.

—Ya ves—me contestó mientras movía su alianza, la cual llevaba colocada en su dedo anular derecho.

—Me alegro mucho de verte.

—Y yo...

—Oye, Tania, ¿tú sabes si los chicos siguen parando en el mismo sitio? —le pregunté porque ni idea de eso tenía.

—Sí, porque siguen repostando aquí y les escucho hablar—me contestó.

Me alegró saberlo porque así iría a tiro hecho. En realidad, me moría de ganas de verlos, aunque sentía pavor a encontrarme con Lis, de quien seguía enamorado hasta las trancas.

En tanto tiempo como había pasado, suponía de sobra que habría rehecho su vida y que ya no pararía con ellos. A fin y al cabo, Lis siempre se definió como “motera consorte”, en el sentido de que ella conoció el mundo de las motos conmigo y, aunque se encontró muy a gusto yendo de paquete, era un entorno que vivía más a través de mi ojos que de otra manera.

Cuando pensaba en ella, no podía evitar sentir que me ahogaba. Su ausencia dolía y eso era algo a lo que debía ir acostumbrándome. Me explico. Hacía años que no la veía y ya debía estar hecho a la idea, pero eso en el interior de la cárcel, donde la vida se paró para mí. Sin embargo, de repente se reanudaba todo y me costaba respirar al pensar que estaba libre, pero sin ella.

n

l

s

## Capítulo 4



Llegué hasta la puerta del bar en el que tan buenos momentos habíamos pasado y comprobé que mi vista debía ser selectiva, porque la primera moto que se me vino a los ojos fue la de Mario, aparte de que era bastante llamativa.

Nada más verla, sonreí nervioso ante la posibilidad de abrazar a mi querido amigo en cuestión de segundos, tan pocos como tardase en entrar en el bar.

Ni siquiera le había dicho a nadie que salía de la trena ese día, por lo que la sorpresa sería monumental para todos. Preferí hacerlo así y me reía para mis adentros cuando le vi, cruzando el umbral de la puerta del bar.

No supe ni cómo reaccionar. Él también tenía... tenía un aire distinto. Mi amigo parecía cambiado, aunque era evidente que la vida le había tratado bien porque su gesto así me lo decía.

Sentí como si los pies me pesaran demasiado dentro de mis botas, como si me costase avanzar. Eran mis evidentes nervios los que me hacían actuar como un crío e hice un esfuerzo por mover el culo hacia él, que aún no me había visto, cuando se dio la vuelta porque alguien le habló. Esa voz... Esa voz femenina la habría reconocido yo entre millones de ellas, en esta y en infinitas vidas que viviese.

—Ey, cariño, ¿qué dices? —se volvió hacia ella y me quedé loco, porque era mi Lis. A quien se había referido de esa forma y a quien le dio un beso en los labios, tomándola por su cintura de avispa, que seguía siendo la misma embutida en su mono motero, era mi Lis.

De inmediato, me escondí antes de que me vieran con el regusto más amargo del mundo en la boca. ¿En qué momento mi vida se fue a la mierda hasta el punto de que Mario estuviese con Lis? Había dejado mi moto en un callejón cercano para que no me escuchasen al llegar y así darles una sorpresa que, a la postre, me terminé llevando yo.

Me dirigí hacia allí a la carrera y, antes de montar en ella, vomité en ese oscuro callejón en el que mi alma se heló. Por supuesto que pensé que Lis pudiera haber rehecho su vida, pero jamás con Mario... Jamás con un hombre al que consideraba mi hermano. Ella era la persona más importante de mi vida y él... Él lo fue todo para mí en cuanto a compañero de aventuras y amigo. Mi mundo se iba al garete.

Si no conduje como un loco hacia casa, si no hice rugir mi moto hasta que no pudiese más, fue porque me había prometido que nunca, jamás, ningún inocente volvería a pagar por mi parte algo que no le correspondiese.

Tania estaba en la puerta de la gasolinera cuando me vio pasar y, por su gesto, entendí que ella sabía de sobra el pastel con el que me encontraría. No quería que se compadeciese de mí, no me daba la gana. Odié cuanto estaba sucediendo y hasta el hecho de que me hubiesen liberado porque al menos, estando en la cárcel no tuve conocimiento de nada de aquello.

Conduje hasta otro barrio y aparqué mi moto en la puerta del primer garito que me encontré con la intención de bajarme de ella. Cuanto menos condujese esa noche, mejor. La velocidad siempre me resultó adictiva y debía correr los mínimos riesgos posibles.

Entré en el garito y me encontré con un grupo de chicas. Una de ellas, alta, castaña y con unas curvas de aúpa, se vino hacia mí y enseguida entablamos conversación.

—¿Has perdido algo? —me preguntó.

—Puede—le contesté, porque la sensación de pérdida la tenía y de lo más gorda.

—¿Te apetece una copa? —me invitó.

—Me apetece más otra cosa—le indiqué y ella no dudó en unir sus labios a los míos, pasándome sus brazos por encima de los hombros.

Necesitaba desfogar, quitarme a Lis de la cabeza. Y la única suerte que podría decirse que me trajo esa noche fue que a Alejandra le pasaba lo mismo. No supe su nombre hasta después de pasar por su casa, ya que por la mía no era plan al no haber luz.

Pasé la noche con ella. No había vuelto a estar con una mujer y la sensación me resultó de lo más extraña, pues siempre albergué la esperanza de que la siguiente vez que lo hiciese fuera con Lis, por pocas posibilidades que hubiese de ello.

Con Alejandra logré desfogar y desconectar un poco de una idea que me dolía como ninguna otra. Ni siquiera cuando me metieron en la cárcel sentí algo parecido. Ni siquiera entonces. De repente me encontraba libre y Lis estaba fuera de mi alcance. Pero, ¿cuándo ocurrió aquello? Lo más irónico del caso fue que yo le pedí a Mario que la cuidase, que cuidase de mi chica... Y él lo hizo en toda la extensión de la palabra.

Cuando por la mañana llegué a casa, en la cual ya había luz, contrariamente la encontré muy oscura. De pronto, aquella primavera se había tornado demasiado tenebrosa y a mí me costaba hasta respirar. Lloré como tendría que haber llorado desde el mismo momento en el que me enteré, porque en la cárcel descubrí que, pese a la apariencia de fuertes que hay que dar allí para que nadie se te suba a la chepa, todos los hombres lloran. Al menos todos los

que se jactan de serlo y tienen sentimientos. Lloré hasta que los ojos se me secaron, durante horas, y luego me prometí que ya no lloraría más, que trataría de pasar página y de rehacer mi vida.

que se jactan de serlo y tienen sentimientos. Lloré hasta que los ojos se me secaron, durante horas, y luego me prometí que ya no lloraría más, que trataría de pasar página y de rehacer mi vida.

## Capítulo 5



En la tarde del siguiente día, me fui a ver a Félix, mi antiguo jefe. En mi ausencia, las cosas le fueron bien y había ampliado tanto sus oficinas como su plantilla, lo que no fue óbice para que se alegrara muchísimo al verme.

—Dichosos los ojos que te ven, Axel—me comentó llevándome hacia él y dándome otro de esos abrazos sanadores.

—Félix, veo que te ha ido bien—le indiqué.

—Desde luego que no pienso quejarme, chaval, así que por fin estás libre. Nunca creí que hicieses esa idiotez, me refiero a drogarte adrede. El problema fue estar en el sitio equivocado y con gente de la peor calaña. Ven, que nos tomaremos un café—me indicó cogiendo su chaqueta.

Nos dirigimos hacia la terraza de un bar cercano y allí se encendió uno de sus míticos puros, los que fumó desde siempre.

—Hay cosas que no cambian, por lo que veo—le indiqué.

—Si lo dices por esto, es que de algo hay que morir. Mi mujer me hace la vida demasiado larga—rio porque siempre tuvo buen humor.

—Te veo bien, Félix, deberías dejar esa mierda, pero por lo demás, te veo genial.

—Siempre fuiste un chico deportista y, por lo que intuyo, has tenido mucho tiempo para seguir dándole a las pesas. Estás mazado, como dicen ahora.

—Ya ves, no había demasiado que hacer por allí. Era eso o te volvías loco.

—Sé que tú no consumiste esa mierda a propósito, malditos cabrones esos. Dicen que esa panda de moteros ya está disuelta, que más de uno terminó en chirona a consecuencia de un apuñalamiento y demás. Solo espero que e que te hizo eso haya pagado por ello.

—Va, va, Félix, que te veo venir—le dije porque era un tipo muy sentimental y los ojos se le llenaron de lágrimas

—Que sepas que soy un tipo con palabra.

—Eso no lo he dudado nunca—afirmé.

—Y que por esa razón, tú tienes aquí tu puesto de trabajo, esperándote. El lunes mismo podrías empezar, ¿cómo t va?

—Sí que tienes palabra, sí. Oye, de veras, si no te cuadra por algo, yo podría buscarme la vida.

—¿Cómo no me va a cuadrar? Eras el mejor de mis empleados y estoy seguro de que seguirás siéndolo, hay cosas que nunca cambian.

—Desde luego que no, como que me echas el humo en la cara. Huele fatal—le sonreí quitándole hierro a la conversación.

—Pues ya sabes, Almudena te pondrá al día del nuevo sistema informático que tuvimos que implantar, un verdadero coñazo. Suerte que a ti se te dan bien esas cosas porque, en lo tocante a mí, no me he enterado todavía de cómo va. Ni lo haré.

—Ni falta que te hace, jefe. Con llevar el control de todo ya tienes más que suficiente.

—Eso es cierto. Y seguiré al pie del cañón todo el tiempo que pueda, porque no me jubilo ni loco, ¿y aguantar a mi mujer todo el día? No me dieran mayor castigo que ese.

Pili y él llevaban casados mil años. En el fondo, no podían vivir el uno sin el otro, aunque Félix no mentía en que chocaban cantidad. Cada vez que la mencionaba, recordaba a Lis y la sangre me hervía en el interior de las venas.

Pasé por la oficina y comprobé que el mismo cariño que me demostró el jefe fue el que me profesaban la mayoría de mis compañeros, por mucho que alguno pareciese más reticente a tomar de buen grado mi vuelta.

—Ven por aquí—me indicó Almudena, llevándome a su despacho, en el cual compartía mesa con una chica nueva.

—Hola, yo soy Axel—la saludé al entrar.

—Y yo Camila—me comentó levantándose para darme un par de besos. La chica era para alucinar, sin más, con una melena oscura y unos ojos verdes cautivadores como ellos solos, así como una indumentaria muy moderna, con pantalones de cuero y botas que le daban un look cañero total. Aparte de que vi su chaqueta, también de cuero, dejada de caer sobre el respaldo de su silla.

—Mira, él ocupaba antes este despacho—le indicó Almudena.

—¿Y te largaste de la empresa? Pero si con Félix se trabaja de lujo—me comentó un tanto sorprendida.

—Tanto que ahora vuelvo, por lo visto—le sonreí—. No fue una marcha precisamente voluntaria por mi parte, este lo puedo garantizar.

—Ah, vale, pues nada, bienvenido.

—Oye, Axel, le podría proponer a Félix que metiese una mesa más aquí y así podríamos trabajar los tres. Este despacho es gigante y, aunque a Camila le he cogido mucho aprecio, te echo de menos, bandido—me confesó mi compi.

—No estaría mal, siempre que Camila esté de acuerdo—le contesté.

—¿Cómo no voy a estarlo? Y es que, si no, quien debería largarse soy yo, la verdad[\[A1\]](#). Que para eso he sido la última en llegar—añadió, ya que era muy simpática y parlanchina.

—No, eso no podría consentirlo yo—le indiqué.

—¿Y quién te ha dicho que tengas que consentirlo tú? —me respondió burlona porque parecía guerrerilla.

—Perdone usted, que no he querido ofenderla—le contesté risueño.

—Claro que no. Si no ofende quien quiere, sino quien puede, motero—me indicó.

—¿Por qué sabes que lo soy? —le pregunté porque no llevaba el mono y el casco lo dejé en el hall.

—Llevas la marca del casco aquí—me señaló a la frente, la cual me tocó. Se la veía increíblemente pizpireta y observadora.

—Ah, vale, pues sí, lo soy, ¿algún problema con los moteros?

—Ninguno, si salvamos el hecho de que los hay muy engreidillos—bromeó.

—Vale, vale, tomo nota, aunque no creo que sea mi caso.

—Ya te confirmo yo que no. Y mira que a Axel le han sobrado motivos, porque siempre se lo rifaron en la oficina. Pero chica, él estaba con Lis, su novia, y no tenía ojos para otra—le contó sin darse cuenta de que quizás, dadas las circunstancias, su relato resultase un poco imprudente—. Oye, ¿qué es de Lis? —me preguntó.

—Ya no estamos juntos—le contesté aclarándome la voz.

—Ay, chico, lo siento. Si es que más bocachancla no puedo ser—me indicó mientras se ponía colorada.

o—Pues yo creo que en ese rincón cabría una mesa bien hermosa con un par de monitores—añadió Camila, quien trató de darle un giro a la conversación.

—Ya no estamos juntos—le contesté aclarándome la voz.

—Ay, chico, lo siento. Si es que más bocachancla no puedo ser—me indicó mientras se ponía colorada.

—Pues yo creo que en ese rincón cabría una mesa bien hermosa con un par de monitores—añadió Camila, quien trató de darle un giro a la conversación.

## Capítulo 6



Viernes por la noche y tras haber pasado por las oficinas tenía mucho más claro qué iba a ser de mi vida. Al menos en lo profesional.

En la parte personal, todo hay que decirlo, me sentía muy solo. Aún no había avisado a nadie y me dio por telefonar a mi hermana Lucía, quien flipó al ver mi número y descolgó dando saltos. Como si la viera.

—¿Se puede saber cuándo te han soltado? —me preguntó alucinada.

—Ayer, fue ayer. Y ahora es cuando me echas la bronca. Dale...

—¿Ayer? No me acuerdo de toda tu generación al completo porque es la misma que la mía, pero sí te digo que hay que ser tarambana, ¿cómo se te ocurre no decirme nada? Habría ido a buscarte.

—No, no, tú no habrías tenido tiempo. Estás demasiado ocupada para eso como buena funcionaria que eres—me burlé.

—Ya tardabas en empezar con eso. Me muero por verte, Axel, me muero. Te tengo una sorpresa—me contó.

—¿Una sorpresa? Pero, ¿buena o mala? Porque mira que no estoy para muchos sustos.

—Qué bobo eres, ¡claro que es buena!

—No me digas que te has casado con el papanatas de Alberto porque me da. Y eres capaz de haberlo hecho.

—Y dale con Alberto, que no. Y era un buen tío, ¿eh?

Como todos sabéis, en la cárcel no hay móviles, y tan solo hablé con ella de higos a brevas por un teléfono que debías hacer cola para usar. A mí no me gustaba hacerlo y nuestras conversaciones fueron pocas y de lo más escuetas, por lo que me parecía alucinante poder charlar con mi hermana sin límite de tiempo.

—Porque tú lo digas. No te llegaba ni a la suela del zapato ese tío. Y tampoco estabas tú locamente enamorada de

él, a mí no me engañas.

—Eso es verdad verdadera. No lo niego. Mañana estoy allí y te lo cuento todo.

—¿En mi casa, enana? No sé si me apetece verte—me burlé una vez más.

—En tu casa, y no tendrás lugar para esconderte porque pienso darte cates hasta en el DNI, ¿tú te crees que es normal que hayas tardado tanto en llamarme?

La dejé casi con la palabra en la boca y colgué. Lucía contaba con dos añitos menos que yo y, desde su nacimiento, mi hobby favorito fue chincharla, aunque la quería con todo mi alma. Pero yo era así y no podía evitarlo.

No me quedaría en casa, no solo y jodido como estaba. Lo de Lis y Mario actuaba para mí como una especie de patada en el estómago capaz de ponérmelo bocarriba cada vez que lo recordaba.

Salí con mi moto con la intención de volver tarde. Necesitaba quitarme cosas de la cabeza y me dirigí hacia el garito de la noche anterior. No es que tuviera intención de repetir con Alejandra, que no quería líos. Tampoco estaba y me sentí bien por ello.

Ya iba hacia la barra cuando me dieron con el dedo en el hombro y me volví con rapidez. No me gustaba demasiado que alguien me tocara sin conocerme. Nunca me gustó y mucho menos desde mi paso por la cárcel, en la que hube de tener siete ojos.

—Tranquilo, fierá—escuché al volverme y era Camila.

—Anda, ¿eres tú? —le pregunté por eso de soltar lo primero que se te pasa por la boca, sin pensar demasiado.

—Eso parece, motero—me respondió.

—No te imaginaba aquí...

—Pues ya ves, estoy esperando a una amiga, ¿tomas una copa mientras? Y después te largas, no te hagas ilusiones, que es noche de chicas—me advirtió y me eché a reír.

—Vale, y yo no pinto nada ahí en medio, ¿no?

—Pues va a ser que no. Date por dichoso con que te invite a esa copa, ¿qué tomas?

—Una birra sin alcohol.

—Ok, que sean dos... Qué barato me vas a salir.

—No, por favor, te invito yo.

—Ah, vale, no pienso discutir con un motero por eso—se mofó.

—Y dale con lo de moteros, ¿qué te habremos hecho? —le pregunté entre risas mientras sonaba un buen rock que pareció gustarle tanto como a mí.

Cogimos las birras y nos sentamos en unos sofás muy cómodos que invitaban a ello. A Camila se le iban las manos y los pies con la música y, en un momento dado, sin que lo esperase, me tomó por las muñecas y me levantó para que bailase con ella.

—Te aseguro que estoy desentrenado—le comenté.

—Y yo te aseguro que estoy deseando comprobarlo, más que nada para reírme de un motero arrítmico.

—Me estás tocando la moral y cuando eso me pasa, te advierto de que me vengo arriba—le comenté.

—Y yo te advierto que te tocaría algo más que la moral si no fuera como vamos a ser compañeros de trabajo y no me gusta mezclar.

El verde de sus ojos se fusionó con los míos. Parecía muy viva, con muchas ganas de mí y no niego que me puso tantas revoluciones como se ponía mi moto.

—Prefiero pensar que no has dicho lo que has dicho—le indiqué bailando con ella.

—El problema es que ya lo has escuchado—me dijo dándose la vuelta y bailando de espaldas a mí, con ese impresionante trasero que le hacían los pantalones de cuero que también llevaba esa noche.

—Ven aquí—le indiqué cogiéndola por el brazo y acercándome a ella.

—Qué ímpetu, lástima que por ahí venga mi amiga.

—Es una trola, no va a llegar justo ahora—le comenté esperando que lo fuese.

—Mala suerte chaval, es la que acaba de entrar por la puerta—me señaló.

—No me jodas...

—No he tenido tiempo de hacerlo, aparte de que te he dicho por qué no debería ocurrir—me aclaró alejándose y

yendo a saludar a su amiga.

—Pero si es motera, ¿con ella no te metes?

—No, no, eso lo dejo solo para los tíos—sonrió—. Ah, y decirte que yo también lo soy—señaló a un lugar de la barra donde le estaban custodiando su casco.

—No me lo puedo creer, ¿tú motera?

—Un poco—me hizo ver señalando con sus dedos mientras se moría de la risa.

—Vaya tela, es increíble—negué.

—Lo más increíble es que pareces estar en babia, ¿de verdad no te habías dado cuenta? —me preguntó mientras la perdía de vista en dirección a su amiga.

No, no me la había dado. Tampoco me lie nunca con una motera por mucho que me pusiesen. No se dio el caso y luego conocí a Lis, quien ocupó mi corazón a lo largo y a lo ancho.

Camila se lo estaba pasando en grande. Se veía que le entusiasmaba divertirse y bailar, así como burlarse de mí. Estaba en su salsa. Su amiga también era una chica atractiva, si bien era ella quien llamaba de verdad la atención de la mayoría del local, pues estaba fichada por esos ojos que no se apartaban de su imponente cuerpazo.

a

Camila disfrutaba jugando en general y conmigo en particular. Me presentó a su amiga y, a partir de ese momento no perdió contacto visual conmigo, por mucho que se sentaran aparte. Eso sí, bastaba con que alguna chica se me acercase para que ella se levantara y se viniera hacia mí, haciendo que la otra se largase.

—Creo que eres un poquillo mala y demasiado juguetona—le hice ver, tomándola por las muñecas, la última vez que me lo hizo.

—Nunca se es demasiado juguetona.

—¿Sales mañana? ¿Sola? —le pregunté.

—Salgo, el problema es que no sola—me contestó con rapidez.

—¿De nuevo con tu amiga? —me interesé.

—Con un amigo, es que ya tengo plan, se siente. Y ahora, suéltame un poquito, anda, motero—me dijo.

Me estaba poniendo a mil y más en un momento en el que yo necesitaba evasión. No miento si digo que tampoco

me parecía buena idea tener algo con alguien del trabajo, siempre guardé las distancias en ese sentido, pero viendo el cuerpo pecaminoso de Camila habría que ser de piedra para no sucumbir a la tentación.

La dejé ir y ella me dejó a mí con una sonrisa puesta. Un rato después, me fui a casa, porque me resultaba demasiado tentador observar su baile con su amiga, y también porque Lucía llegaba al día siguiente y no me apetecía que me encontrase como un mojón despeinado.

a

,

me parecía buena idea tener algo con alguien del trabajo, siempre guardé las distancias en ese sentido, pero viendo el cuerpo pecaminoso de Camila habría que ser de piedra para no sucumbir a la tentación.

La dejé ir y ella me dejó a mí con una sonrisa puesta. Un rato después, me fui a casa, porque me resultaba demasiado tentador observar su baile con su amiga, y también porque Lucía llegaba al día siguiente y no me apetecía que me encontrase como un mojón despeinado.

## Capítulo 7



Lucía llamó a mi puerta sobre las doce de la mañana y no lo hizo sola. Tampoco me dio el berrinche de venir con Alberto, quien ciertamente pasó a ser su ex, sino con otra chica que portaba un bebé.

—¡Axel! —chilló tirándose sobre mí y provocando la risa del bebé, que rondaba el añito.

—¡Lucía! Pero qué guapa estás, qué bien te ha sentado mi ausencia, ¿y ellos? —le pregunté.

—Mira, ella es Candela y el pequeñito es Axel, nuestro hijo—me contestó y me dejó helado.

—¿Cómo vuestro hijo? ¿Qué parte es la que me he perdido? —la interrogué descubriendo en el bebé facciones de mi hermana.

—Candela y yo somos pareja desde hace un par de años—me contó.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? Cielos, qué sorpresa...

—No te hagas el tonto que tú siempre supiste que a mí me iba todo.

—Una ligera sospecha sin confirmar, pero ¿y lo del crío? Entonces, ¿es mi sobrino?

—Tú me dirás si lo es o no lo es, solo tienes que mirarle la carita—me indicó.

—Ya lo veo, ya, se parece a ti y a mamá, veo en él rasgos de ella también.

—¿A que te lo dije, Candela? Es normal que mi hermano lo vea igualmente. Se parece a ella en algunas cosas. Papá también lo ve así—me comentó sabiendo que prefería no hablar de Esteban, mi padre.

—Corramos un tupido velo sobre él, ¿vale?

—Es cierto que al principio no te creyó, Axel. Pero ahora...

—No quiero hablar de él, apenas doy crédito a que seas mamá y no me lo contases.

—Pues lo es y de pleno derecho. Tu hermana es su madre biológica, aunque las dos lo seamos legalmente—me explicó Candela, una chica que me cayó de maravilla desde el principio.

El día estaba espléndido y decidimos comer en el jardín de mi unifamiliar. La ocasión lo merecía porque yo no hacía más que negar.

—Me hablabas muy poco y con voz de ultratumba, hermano. No encontré el momento de contarte nada—se excusó mientras Candela se hacía cargo del peque—. Sabes que te adoro, si hasta le pusimos tu nombre.

—Ya lo he escuchado y me parece una pasada. Estoy muy contento por ti—la abracé.

—Me sentía incapaz de contarte que estaba viviendo los años más mágicos de mi vida mientras tú estabas injustamente metido en ese lugar, no quiero ni recordarlo.

—Va, va—le pedí mientras retiraba las lágrimas que salían de sus ojos—. Lo importante es que ahora estamos aquí juntos, que tienes novia e hijo, ¡y que hemos perdido de vista a Alberto! —le chillé causando su risa.

—Esa parte es la que más ilusión te hace, ¿no? —me preguntó entre risas.

—Sabes que no, estoy muy contento por ti, enana.

—Son mi vida, Axel, ellos dos la son, ¿y qué hay de la tuya? Cuéntame, ¿has hablado con Lis? No sé nada de ella. No volvió a atender mis llamadas. Pensé que sería lógico porque necesitaría cambiar de ambiente, pasar página...

—Página sí que ha pasado, pero sin cambiar de ambiente—subrayé.

—¿Y cómo es eso?

—Está con Mario, Lucía, ¡con Mario!

—¿Lis con Mario? No me lo puedo creer, ¿con tu Mario?

—Evidentemente ya no lo veo así, prefiero no pensar en ninguno de los dos. Soy yo quien debe pasar página.

—No sé qué decir. Supongo que estarían muy afectados por lo tuyo... Sabes que él se dejó la piel cuando tu juicio. El abogado dijo que te hubiese caído al menos un año más de no haber declarado con el énfasis que lo hizo. Y al ser un poli, gozaba de más credibilidad.

—No puedo olvidarme de nada de lo que hizo, pero tampoco de lo que está haciendo ahora, ¡se tira a Lis!

—Ven aquí, que te achucho un poco. Tú estás falto de cariño, hermano—suspiró.

Pasamos unas horas formidables y en familia. Candela, que era compañera de trabajo de mi hermana, resultó ser una chica estupenda que le iba como anillo al dedo. Y ambas enloquecían de amor con su retoño, un niño guapísimo y despierto que me ganó desde el minuto cero.

Yo no lo sabía, pero era tío. Los niños siempre me gustaron y en mi mente estaba el ser padre con Lis, años atrás. Evidentemente, eso ya no sucedería ni tampoco me plantearía yo lo de la paternidad más, porque había llovido mucho y la vida me llevó por derroteros muy distintos.

No obstante, mi sobrino me cayó como agua de mayo en un momento en el que necesitaba alegrías a más no poder, porque llevaba unos años en que parecía que me habían puesto la soga al cuello y apretaban con ansia.

—Pero bueno, si resulta que va a ser el mejor tío del mundo—bromeaba Candela viendo cómo lo subía en mis hombros y cómo ese pequeño querubín rubio se partía de la risa con las tonterías que yo hacía y le decía.

—Si ya te dije que lo sería, mi amor, por eso le propuse como padrino—le escuché decir a Lucía y puse las antenas.

—Repite eso que has dicho, por favor—le pedí mientras el crio, que era muy risueño, se quejaba porque parase de forma súbita.

—Que Candela y yo queremos que seas su padrino—me repitió.

—¿Padrino yo de esta monería? Esta mañana no sabía que era tío y ahora resulta que lo soy y que Axel será mi ahijado. Lo flipo mucho.

—Eso sí, como tú comprenderás no puedo dejar a papá fuera del bautizo. Hemos esperado hasta tu salida, pero no voy a hacer más concesiones. Y esto son lentejas: o las tomas o las dejas—me aclaró.

—Está bien, está bien, todo sea por el chiquitín. Oye, ¿tú sabes que me tendrás como padrino? Yo te pienso enseñar mil cosas, hasta a...

—Si vas a comentar lo de enseñarle a montar en moto, te advierto que eres hombre muerto. Y en eso te enfrentas a dos madres.

—Vale, vale, qué carácter—reí.

!

)

a

## Capítulo 8



A media tarde, Lucía observó que le faltaban algunas cositas para el crío que debía comprar en el supermercado, por lo que me ofrecí a acompañarla.

—Así compro más provisiones también, que no creas que ando boyante—le comenté.

—Ya lo he visto ya, y con lo que yo trago. Al saber lo que habrás estado haciendo tú ayer para no salir a comprar.

—De todo, hice un poco de todo, ¿te subes en mi moto y vamos en un periquete?

—¿Qué parte de que ahora me he convertido en una madre responsable es la que no entiendes, Axel? Ni loca.

—Iría con cuidado, a ti siempre te fascinaron las motos...

—Y me fascinan, pero ahora para verlas en las carreras de la tele. Punto en boca. He pasado muy buenos ratos contigo y con Ma...

—Puedes decir su nombre—la interrumpí al ver que se quedaba parada en seco.

—Es que todavía no me lo puedo creer. Venga, sube en mi coche.

—¿De copiloto y contigo? Oye, que yo ya he pagado mi condena. No es justo.

—Menos mal que tienes arte y te lo echas todo a la espalda. No sabes cuánto te he echado de menos.

—Pues anda que yo a ti... Eso sí, tú no has perdido el tiempo, enana.

—El tiempo está para disfrutarlo, Axel, no para perderlo. Estoy segura de que ahora lo sabes mejor que nunca.

—En eso tienes razón, cielo—le dije mientras le daba un abrazo—. Y ahora, iré rezando todo lo que me acuerde, porque sigo sin fiarme de ti.

—Qué bobo eres, si ahora voy con más cuidado que nunca—me advirtió.

—Y no lo pongo en duda. También antes ibas pisando huevos, no es ese el problema. El problema, enana, es que el carné de conducir te tocó en una rifa y...

—¿Y a que te toco ahora la cara a ti? Ni de coña te voy a permitir que sigas diciendo tonterías solo porque me presentase diez veces al práctico.

—Solo por eso, sí—reí.

—El teórico lo saqué a la primera y sin un solo fallo, ¿te lo recuerdo?

—No hace falta. Ya sé que siempre fuiste un cerebritito—asentí.

—Y tú eres un tontajo, ¿a que derrapo?

—No, por favor, que eres capaz y capataz de liarla muy gorda.

Siempre me encantó sacarla de sus casillas con ese tema. Justo íbamos ya a arrancar cuando Candela apareció con Axel en brazos.

—Que está llorando porque no os ve...

—Pues veníos con nosotros, amor—le indicó mi hermana.

—Sí, sí, poneos un casco cada uno y listo. Esto no está catalogado como deporte de riesgo, aunque le falte el canto de un duro.

Me la jugué y al final me llevé un buen cate por parte de mi hermana. El asunto fue que las carcajadas del peque se escuchaban en toda la calle a consecuencia del gesto de su madre y de la cara que se me quedó a mí.

—Míralo, si es que quiere que te dé otro—decía Lucía.

—Pues nada, nada, barra libre—le comenté y ella repitió la escena para regocijo del renacuajo, a quien se le veía hasta la campanilla.

—Y ahora te echa los bracitos, le caes sensacional—me decía Candela, quien también parecía encantada de lo bien que le caía a su hijo.

—Si ya te lo dije, que mi hermano tiene todas las hechuras de un motero así duro, pero en el fondo es un amor—le decía mi hermana.

Llegamos al supermercado y ellas comenzaron a coger cosas para el peque.

—Necesito tampones—le comentó en un momento dado mi hermana a Candela.

—Pasamos de ir a por tampones. El peque y yo nos vamos a la sección de los helados, que me pirran, ¿cuál os cojo? Bueno, para ti de pistacho—le indiqué a Lucía, porque era su preferido.

—Y para mí de turrón—me encargó Candela.

—Socio, recuérdalo para siempre—señalé su cabecita—. Cuando hagas una trastada, todo pasará más rápido si después las obsequias con una buena tarrina de helado. A las mujeres les pueden ese tipo de detalles y...

Se lo iba diciendo mientras avanzaba con él montado en el carrito y entonces vi que comenzaba a reírse. No era por lo que yo le dijese, sino porque se encontró con una preciosa niña rubita más o menos de su edad que iba subida en otro carrito.

—Estos dos se han gustado—le escuché pronunciar a su madre, pues yo estaba girado y no la había visto. Ella tampoco me reconoció.

—¿Lis? —le pregunté al reconocer su voz, volviéndome.

Los dos nos quedamos parados en medio del pasillo sin saber cómo reaccionar.

—¿Eres tú, Axel? —me preguntó emocionada.

—¿Tanto he cambiado como para que no me reconozcas? —le contesté dolorido, porque verla me produjo mucho dolor.

—No, claro que no. Si has cambiado en algo, habrá sido para mejor, estás formidable—me indicó.

—Ten cuidado, no deberías decirlo demasiado alto. Igual Mario lo oye y le sienta como un tiro—le dije pensando que un tiro le daría yo a él de buena gana.

—¿Ya lo sabes? Lo siento, lo siento mucho. Ignoraba que estuvieses en la calle y también que te lo hubiesen contado—me comentó tragándose las lágrimas.

—No hace falta que hagas ningún papel, Lis. No ha hecho falta que nadie me contase nada porque yo lo vi con mis propios ojos. Salí y os encontré. Me alegré mucho de que sucediera la primera noche porque así no me llamaba a engaño. Es que ya sabes que nunca me gustaron, me refiero a los engaños—le solté con retintín.

e

—Lo siento, lo siento mucho. Ya lo sabes y yo no te lo puedo negar. Es cierto que estoy con Mario y esta es nuestra hija, Daniela.

Me dolió como si me atravesase con un punzón porque yo habría dado lo que no tenía por haber sido padre con ella.

—Nada que sentir, una niña preciosa—disimulé mirándola y pensando que sí lo era, porque tenía muchos más de sus rasgos que de los de Mario, aunque él tampoco fuese para nada feo.

—Gracias. A Mario le entusiasmará saber que estás fuera—me comentó sin demasiado tino, porque me cayó fatal

—Yo creo que Mario está ahora lo suficientemente distraído como para importarle un bledo dónde me encuentre yo. Es más, puede que incluso le conviniese más que siguiera en la trena.

—No seas injusto con él. Lo pasó muy mal cuando ingresaste en prisión...

—Ya y por eso buscó consuelo en ti, ¿no? Como si la víctima fuese él.

—La víctima fuiste tú, pero eso no nos restó dolor a los demás. Y menos cuando no sabíamos hasta qué punto de mal estabas, porque nos cerraste el grifo de información, no pudimos ni ir a visitarte a la cárcel.

—Se lo pedí a todos excepto a ti—le recordé.

—Pero yo sabía que no lo habrías soportado que, en cuanto fuese una vez, no lo habrías permitido más. Y, si te digo la verdad, yo tampoco tenía fuerzas para verte allí, como un pájaro al que le han cortado las alas, con lo grandes que las tuviste siempre.

—Suerte que estás hablando de las alas o tu amorcito podría ponerse picajoso—le contesté con desdén porque no soportaba hablar con ella, me escocía demasiado.

—Entiendo lo que debe estar pasando en estos momentos por tu cabeza, Axel, lo entiendo.

Al pronunciar mi nombre, el crío también miró porque igualmente era el suyo, y ella se percató.

—No tienes ni idea, Lis.

—Supongo que no podré convencerte de nada, ¿es tu hijo, Axel? Creo que se llama como tú.

—Sí, claro, ¿cómo va a ser mío, Lis? ¿Acaso crees que lo hice por correspondencia? Es mi sobrino, el hijo de mi hermana.

—Lucía tiene un hijo, no lo sabía—murmuró.

—No, porque tampoco te interesó seguir en contacto con ella. Si algo ha quedado claro es que quisiste romper con todo lo que representó nuestro mundo.

—No digas eso, Axel. Y podría ser tu hijo, claro. Los vis a vis existen.

—Yo solo habría accedido a hacerlos con una persona y creo que tienes una ligera idea de quién es. Buenas tardes, Lis—arranqué con el carrito y mi sobrino puso un puchero, dado que quería seguir jugando con su ,amiguita.

Por Dios que tuve la impresión de que la historia se repetía, puesto que yo también me quedé prendado de Lis la primera vez que la vi, como a él pareció sucederle con Daniela.

Seguí andando y busqué a mi hermana, quien supo por mi rictus que algo me había sucedido, y no bueno.

—Te espero en el coche—le dije entregándole el carrito con el crío—. El aire aquí está demasiado viciado.

—Por favor, no me digas que es Lis, ¿ella vive cerca? —me preguntó al verla de lejos.

—Y yo qué demonios sé. Igual se han venido cerca para tocarme las narices, sí. No habría ciudad para ellos.

—No te lo tomes así, han construido muchas urbanizaciones en esta zona últimamente, puede que haya sido por eso.

—Hombre, ya lo supongo, no creo que tengan demasiado interés en que seamos vecinos. Ya sería la leche el tema —le respondí contrariado porque no había un momento en el que pudiera estar en paz desde mi salida.

—No, porque tampoco te interesó seguir en contacto con ella. Si algo ha quedado claro es que quisiste romper con todo lo que representó nuestro mundo.

—No digas eso, Axel. Y podría ser tu hijo, claro. Los vis a vis existen.

—Yo solo habría accedido a hacerlos con una persona y creo que tienes una ligera idea de quién es. Buenas tardes, Lis—arranqué con el carrito y mi sobrino puso un puchero, dado que quería seguir jugando con su amiguita.

Por Dios que tuve la impresión de que la historia se repetía, puesto que yo también me quedé prendado de Lis la primera vez que la vi, como a él pareció sucederle con Daniela.

Seguí andando y busqué a mi hermana, quien supo por mi rictus que algo me había sucedido, y no bueno.

—Te espero en el coche—le dije entregándole el carrito con el crío—. El aire aquí está demasiado viciado.

—Por favor, no me digas que es Lis, ¿ella vive cerca? —me preguntó al verla de lejos.

—Y yo qué demonios sé. Igual se han venido cerca para tocarme las narices, sí. No habría ciudad para ellos.

—No te lo tomes así, han construido muchas urbanizaciones en esta zona últimamente, puede que haya sido por eso.

—Hombre, ya lo supongo, no creo que tengan demasiado interés en que seamos vecinos. Ya sería la leche el tema —le respondí contrariado porque no había un momento en el que pudiera estar en paz desde mi salida.

## Capítulo 9



El lunes me reincorporé a mi puesto de trabajo con la esperanza de que la vida se abriese camino, como se suele decir.

Mi encuentro con Lis fue de lo más desafortunado y, aunque es obvio que alguna vez debía producirse, me rayó una barbaridad.

Por esa razón, más que nunca traté de hacer borrón y cuenta nueva, algo que se me debió notar en el semblante, pues Almudena me dijo que tenía una pinta bárbara nada más llegar.

—¿No te lo parece a ti, Camila? —le preguntó mientras la otra jugaba a hacerse la tonta.

—Puede ser que haya mejorado un poquito—le soltó aclarándose la voz y echándome una miradita de esas picantes que, de buena mañana, como que te ponen en órbita.

—Muy bien, pues ahora que ya me habéis hecho la valoración, necesito saber dónde me ubico antes de que me califiquéis oficialmente de estorbo y convenzáis a Félix para que no me readmita.

—Eso será difícil, chaval—me indicó él dándome una palmadita en la espalda y acercándose a saludarme.

Qué gusto me daba volver a ese lugar de trabajo en el que tan buena acogida me dieron siempre.

—Ten cuidado con lo que dices, que se trata de dos mujeres y, compinchadas, pueden hacer magia.

—En realidad, Félix, lo que quiere decir es que somos dos brujas—se echó a reír Camila que, pese a llevar poquito tiempo trabajando allí, resultó tener gran confianza con el jefe y con el resto del personal, dado ese carisma suyo.

—¿Dos brujas? Pues que no se entere mi mujer, no sea que quiera unirse al cotarro.

—Cómo eres Félix, si en el fondo la adoras—le recordó Almudena.

—Sí, pero muy en el fondo, aparte de que no tenemos aparcamiento para escobas en esta empresa.

—No, aunque he visto una buena moto al llegar, ¿es la tuya, Camila? —le pregunté.

—Obvio. Una buena motera no puede ir montada en una cafetera. Eso sí, me la tocas y mueres. Duele mucho que te jodan la moto, eso ya deberías saberlo—me advirtió sin demasiado tino porque ella no sabría lo de mi accidente y lo que pasó con la mía.

—Ya, ya, aunque duelen más otras cosas, no creas.

—No, desde luego que no lo creo. Y ahora, mira qué suerte vas a tener que por ahí viene tu mesa. Félix, ¿por qué la suya es más grande que la mía? —le preguntó—. Y estoy hablando de la mesa, que he parecido un chulillo de barrio—rio.

—Ya lo sé, Camila, porque tú pito no tienes, aunque sí más huevos que muchos tíos.

Félix era un tío campechano de los que soltaban por la boca todo lo que se le pasaba por la mente. Y esa vez no constituyó ninguna excepción.

—¿Esta? Esta sirve para todo, jefe. Lo mismo le mete mano a un roto que a un descosido—añadió Almudena.

—Bueno, discrepo. En lo de meter mano soy algo más selectiva—dijo dedicándome otra de sus miraditas.

—Tú ya me has entendido, niña, no me refería a los hombres, sino a que tú eres muy versátil con todo lo demás—puntualizó nuestra compi.

—No y con los hombres también soy versátil, con la diferencia de que no me vale cualquiera ni mucho menos—me miró mordisqueándose el labio y a mi hermano el de abajo le dio por venirse arriba.

—Si te escuchara mi mujer... Ella argumenta que el origen de sus males tiene que ver con que se quedó con el primero que pasaba por allí, es decir, conmigo—rio Félix.

—Qué barbaridad, vaya burrada que acabas de soltar por la boca—le comentó Almudena.

—¿Yo? Si es ella quien lo piensa, niña.

—Paparruchas. En el fondo sabes que os queréis, si no ¿de qué haríais ese crucero juntos este verano?

—Porque de alguna manera hay que matar el tiempo, ya lo verás cuando lleves un puñado de años casada.

—Ni de coña, sabes que te has decantado por ese crucero porque a Pili le encanta. Ella misma me lo comentó un día que pasó por aquí.

—No, Félix, si al final serás un romántico—le sonrió Camila.

—¿Alguien tiene intención de trabajar hoy o vais a seguir opinando sobre mi matrimonio? Si ya sabéis que es un caso perdido.

?

—Un caso perdido eres tú, jefe—añadió Almudena.

—Pero con más razón que un santo. Venga, vamos a ayudar a meter la dichosa mesa en el despacho, ¿la has elegido tú, Axel? Qué barbaridad, como todo lo tengas así de grande—rio Camila.

A Félix, nada más escucharlo, le dio un ataque de risa bárbaro, no podía parar de ninguna de las maneras.

—Vais a acabar conmigo, os digo que vais a acabar—decía entre golpes de tos.

—Ya, jefe, y los puros que te fumas de dos en dos no tienen nada que ver en esto, ¿no? Ay, madre—negó ella con la cabeza.

—Mírala, Axel, la última que ha llegado y la que más me echa la bronca, ¿tú te crees que esto es normal? —me preguntó Félix en cuanto estuvo algo más recompuesto.

—No, muy normal no es—le di la razón al ver que su trasero no era de este mundo, ya que al ayudar a colocar la mesa, Camila lo sacó un poquillo hacia fuera y a Almudena le dio otro ataque de risa porque me pilló mirándosele descaradamente.

—Qué bien nos lo vamos a pasar los tres juntitos en este despacho—añadió como si se tratase de una animación de feria, aunque lo cierto es que ella no podía calibrar las ganas que tenía yo de volver al tajo. Y más en tan buena y variada compañía.

—No, Félix, si al final serás un romántico—le sonrió Camila.

—¿Alguien tiene intención de trabajar hoy o vais a seguir opinando sobre mi matrimonio? Si ya sabéis que es un caso perdido.

—Un caso perdido eres tú, jefe—añadió Almudena.

—Pero con más razón que un santo. Venga, vamos a ayudar a meter la dichosa mesa en el despacho, ¿la has elegido tú, Axel? Qué barbaridad, como todo lo tengas así de grande—rio Camila.

A Félix, nada más escucharlo, le dio un ataque de risa bárbaro, no podía parar de ninguna de las maneras.

—Vais a acabar conmigo, os digo que vais a acabar—decía entre golpes de tos.

—Ya, jefe, y los puros que te fumas de dos en dos no tienen nada que ver en esto, ¿no? Ay, madre—negó ella con la cabeza.

—Mírala, Axel, la última que ha llegado y la que más me echa la bronca, ¿tú te crees que esto es normal? —me preguntó Félix en cuanto estuvo algo más recompuesto.

—No, muy normal no es—le di la razón al ver que su trasero no era de este mundo, ya que al ayudar a colocar la mesa, Camila lo sacó un poquillo hacia fuera y a Almudena le dio otro ataque de risa porque me pilló mirándoselo descaradamente.

—Qué bien nos lo vamos a pasar los tres juntitos en este despacho—añadió como si se tratase de una animación de feria, aunque lo cierto es que ella no podía calibrar las ganas que tenía yo de volver al tajo. Y más en tan buena y variada compañía.

## Capítulo 10



La semana fue transcurriendo y lo cierto es que volví a la rutina como si nada hubiese pasado de por medio, como si mi última tasación la hubiese realizado días atrás y no años.

Mi trabajo me gustaba y, además, me daba la posibilidad de hablar con la gente mientras visitaba las casas y eso siempre se me dio bien. Me notaba algo más retraído al principio, ya que sentía como si hubiese perdido la capacidad de entablar conversación con extraños, si bien el paso de los días me dio la posibilidad de volver a ser quien siempre fui y quien nunca debí dejar de ser.

—Hoy tienes que visitar el ático de la familia Armada—me indicó Félix junto con una sonrisita.

—¿Y a qué viene ese gesto, si se puede saber? —le pregunté porque yo no podía tener más confianza con él.

—A que Gladys Armada siempre fue una inspiración para mí.

—Ni idea de quién es—le indiqué.

—Si es que eres muy joven. La madre de Gladys fue una actriz muy famosa de aquí de España. Una especie de Sofía Loren, con la diferencia de que dejó el mundo del cine para dedicarse a su familia cuando se casó. Y su hija ha heredado su belleza.

—O sea, que es una jovencita cañón.

—Tú sabes, más bien una cincuentona cañón, que su madre pasa ya de los ochenta. Qué suerte tienes, estoy por ir contigo.

—No me seas sátiro, Félix, que tú tienes un crucerito de amor con tu mujer—le recordé entre risas.

—Sí, pero admirar la belleza no es ningún pecado, que yo sepa.

—No, admirarla no. De todos modos, esa señora es ya para mí una pureta total.

—Sí, sí, después me lo cuentas.

Llegué al ático en cuestión, uno de los más caros de la ciudad, y me abrió una chica de servicio, indicándome que Gladys me atendería con gusto.

De pronto, vi aparecer por el hall a una maciza en ropa deportiva que, bien visto, no parecía tener más de cuarenta. Qué bien se conservaba.

—Hola, soy Gladys Armada. Perdona las pintas, creí que vendrías un poco más tarde—me indicó.

—Si quiere, puedo venir después, no hay problema—me ofrecí.

—No, no, nada de eso. Lo único que tienes que hacer es tutearme, ¿tan mayor me ves?

—No es cuestión de eso, tan solo es que estoy trabajando—le sonreí.

—Ya lo veo, ya. Ven, por favor, pasa por aquí. Necesito reponer algo de líquido después del ejercicio, ¿te apetece un té?

—Lo cierto es que voy con un poco de prisa, Gladys.

—Pues es una lástima que un chico como tú no se tome unos minutos para disfrutar de los placeres de la vida—me contestó en un tonito que vaya, bastante calentito.

Su cuerpo era impresionante, una especie de Jennifer López de la vida. No podía ponerme más y eso que me sacaba un buen puñado de años, aunque nadie le echaría la edad que tenía a esa diosa que se contoneaba delante de mí, insistiendo.

Finalmente, tuve que ceder y tomarme ese té con ella en la terraza. Quería tener una idea de lo que costaba el ático porque su pretensión era quedárselo el día que faltase su madre. Ella me contó que se había dedicado a los negocios y que contaba con un buen capital con el que hacer frente a la mitad de su precio para saldar cuentas con su hermano.

Y no solo me contó eso, sino lo mucho que le gustaba exprimir la vida, hablándome de sus viajes y de que le fascinaba hacerlos en buena compañía, tirándome la caña a saco.

A mí la camisa no me llegaba al cuerpo porque cada vez era más explícita y me estaba poniendo en un aprieto. Mi consideraba muy profesional y jamás me había metido en la cama de ninguna cliente, pero la tentación existía y yo la tenía delante.

Traté de tomarme el té lo más rápido posible, aunque ella se encargó de servirme otro de inmediato. No voy a

decir que fuese la primera vez que alguien me lanzase fichas durante una visita, incluso una vez me pasó con un tipo, también muy adinerado, pero nadie se tomó tantas licencias como Gladys, a quien casi me tuve que quitar de encima para poder llevar a cabo la visita de la casa antes de salir zumbando.

A mi vuelta, encontré a Almudena muy risueña y no supe cómo interpretarlo.

l.

—¿Se puede saber a qué viene esa risita? —le pregunté.

—Nada, hombre, no viene a nada. Bueno sí, ya tú sabes, mi *amol*—bromeó poniendo acento latino.

—¿Sabías que me tiraría fichas? Me refiero a Gladys Armada.

—Y a quién si no, nadie sabe hacerlo como ella. Cada vez que hemos enviado a un tasador, poco más y ha de pedir socorro—me explicó—. Y yo me lo he pasado pipa pensando en que te estaría haciendo sudar la gota gorda. Eso si no has aprovechado para darle al molinillo con ella—rio.

Camila entró en ese momento en el despacho con tres cafés, uno para cada uno, y de inmediato se integró en la conversación.

—Mucho estáis cuchicheando vosotros, ¿se puede saber qué os pasa? —nos preguntó cotilla.

—Aquí, al místico, que le hemos puesto un caramelito en la boca, pero me parece a mí por la carilla que trae que no lo ha chupado—le espetó Almudena.

—Dilo de un modo menos fino, anda, que todavía puedes—la alenté.

—Sí, sí, espera que pienso.

o—¿Te ha puesto en una situación embarazosa una cliente? —me preguntó traviesa.

l—De embarazosa prefiero no calificarla, la verdad, que no me gusta demasiado el término.

—Lo ha puesto más caliente que el palo de un churrero, Camila. Y mira que debiera estar faltito, pero parece que no ha entrado al trapo.

—Almudena, que yo soy un profesional—resoplé.

e

—Y también eres un tío. Y ella está muy buena. La jodida parece conservarse en manteca, yo no he visto una cosa igual. Le tengo un asco...

—¿De quién habláis? Quiero todos los detalles—nos pidió Camila.

—Que te cuente aquí el míster—le decía la otra divertida.

—No hay nada que contar y no pienso sucumbir a vuestro cotilleo, ¿qué pasa? ¿Es que acaso me habéis traído a este despacho para aprovecharos de mí? —les pregunté sin doble sentido.

—Mira, que yo contigo nunca he buscado nada, me has parecido que estabas a otro nivel. Vaya, que jugabas en otra liga, pero que si nos quieres hacer un favor a Camila y a mí.... —se echó a reír Almudena.

—No, no, yo paso totalmente—añadió ella haciéndose la interesante.

—Que te cuente aquí el mister—le decía la otra divertida.

—No hay nada que contar y no pienso sucumbir a vuestro cotilleo, ¿qué pasa? ¿Es que acaso me habéis traído a este despacho para aprovecharos de mí? —les pregunté sin doble sentido.

—Mira, que yo contigo nunca he buscado nada, me has parecido que estabas a otro nivel. Vaya, que jugabas en otra liga, pero que si nos quieres hacer un favor a Camila y a mí.... —se echó a reír Almudena.

—No, no, yo paso totalmente—añadió ella haciéndose la interesante.

## Capítulo 11



Una cosa es lo que se largue por el piquito y otra lo que sintamos por dentro. A la salida, al mediodía, Camila me siguió.

—Es chula tu moto también, más que el motero que la lleva—me picó.

—Si yo pensé que tú con el motero no querías nada, lo has dejado bien clarito antes.

—No, claro, ni lo quiero. Yo paso de líos en el trabajo.

—Y si tanto pasas, ¿por qué me miras así? —le pregunté arqueando una ceja.

—¿Cómo te estoy mirando? ¿Lo ves? Los moteros sois unos engreídos...

—Tendrás morro, pero si tú también eres motera.

—Correcto, soy mujer, el problema lo tenéis los hombres.

—Cierto, desde el principio, porque las mujeres nos volvéis locos—me burlé.

—Pobre mártir, ¿yo te vuelvo loco? —me preguntó provocadora poniéndose delante de mí.

Entre lo calentito que, ciertamente, había salido de mi visita, y lo mucho que ponía Camila, me tendría que dar una ducha de agua fría en cuanto llegase a casa, puesto que me sentía arder.

Quería besarla, aunque ella parecía jugar conmigo. Y luego estaba el hecho de que comiésemos de la misma olla y las posibles implicaciones que eso pudiese traer. Ahora bien, en cuanto me daba por mirar el cuero de sus pantalones se me olvidaba todo. Y entonces tenía que hacer un ejercicio de contención para no lanzarme encima de ella.

—¿A que no me alcanzas? —me retó separándose de golpe de mí y saliendo en busca de su moto.

—¿Es un desafío?

—Es una certeza...

Su pericia era total. Un buen motero reconoce a otro al momento y yo no la había visto hasta entonces encima de su moto, a la que se subió de un salto. La suya era también una buena máquina, con una potencia impresionante, y ambos hicimos rugir los motores al mismo tiempo.

Ni cuenta nos dimos de que Félix entró también en el garaje y el hombre se puso a dar voces.

—Qué barbaridad, qué ruido más bonito—decía subiéndose en su coche, porque cada vez montaba menos en moto, ya que había cogido unos kilitos, aparte de que los años no perdonan.

Le perdimos de vista saliendo de allí y la incorporación que hizo ella a la calle fue para flipar. Yo negaba y trataba de seguirla, eso sí, con siete ojos, con los que siempre tendría desde mi accidente.

No tardamos en llegar a un polígono donde había un amplio descampado en el que la gente iba con sus motos, ya que allí no había ningún tráfico y podías hacer lo que te viniese en gana.

—Ey, ¿qué pasa? —me preguntó en un momento dado cuando vio que me paré a mirarla—, ¿es que nunca has visto una motera por derecho?

—No como tú, no tan loca—le dije porque hacía virguerías sobre la moto y su dominio de ella era total.

—¿Loca me estás llamando? Ahora vas a ver lo que son locuras, sígueme—me pidió.

No podía negarse que sabía hacer verdaderas acrobacias sobre dos ruedas. Sí que era maga, pero de la conducción. De veras que no conocí a una motera con semejante destreza. Camila parecía haber nacido sobre una moto.

Cuando se desahogó todo lo que quiso y un poco más, me dijo de ir a comer algo y la seguí. Entonces, lejos de volver a la ciudad, enfiló la carretera en busca de la sierra, cogiendo curvas.

Disfruté muchísimo del trayecto. Cuánto había echado de menos coger esas curvas durante mis años en prisión. Mi pericia sobre la moto también era grande y ese tiempo a la sombra no hizo que mi tipo de conducción se resintiera en lo más mínimo.

Notar el viento en la cara, inclinar la moto en la curva contramanillando, nada podía asemejarse a eso, ni siquiera compararse.

Tiempo atrás, llevaba a Lis cogida fuerte a mi pecho, emocionada con ese tipo de conducción, si bien las condiciones habían cambiado y de repente llevaba a una motera con su propio bicharraco entre las piernas, a quien

dominaba como a pocas personas les vi dominar una moto.

La sensación de libertad es inigualable. Verme fuera de prisión, de nuevo sobre mi moto era la mayor recompensa a tanto sufrimiento como el que padecí dentro. Sentía que volvía a respirar aire puro, que volvía a agradecer estar vivo, que volvía a una existencia tan gratificante que no la hubiese cambiado por nada. Tan solo faltaba una ficha en mi juego para que todo hubiese sido perfecto, pero esa ficha me la habían robado y yo tenía que hacer un gran esfuerzo para apartar de mi mente al ladrón de esa ficha que sentía que me faltaba.

Mientras, Camila se estaba haciendo notar en mi vida. Era todo un personaje y, aunque nada tenía que ver con Lis mi interés por ella iba creciendo, por mucho que me diese una de cal y otra de arena.

dominaba como a pocas personas les vi dominar una moto.

La sensación de libertad es inigualable. Verme fuera de prisión, de nuevo sobre mi moto era la mayor recompensa a tanto sufrimiento como el que padecí dentro. Sentía que volvía a respirar aire puro, que volvía a agradecer estar vivo, que volvía a una existencia tan gratificante que no la hubiese cambiado por nada. Tan solo faltaba una ficha en mi juego para que todo hubiese sido perfecto, pero esa ficha me la habían robado y yo tenía que hacer un gran esfuerzo para apartar de mi mente al ladrón de esa ficha que sentía que me faltaba.

Mientras, Camila se estaba haciendo notar en mi vida. Era todo un personaje y, aunque nada tenía que ver con Lis, mi interés por ella iba creciendo, por mucho que me diese una de cal y otra de arena.

## Capítulo 12



Aparcamos nuestras motos en aquel agradable restaurante de carretera con unas vistas inigualables a la sierra.

—¿Tú siempre has conducido así? —le pregunté sin pensarlo.

—¿Y tú siempre has sido tan directo? Aparte de que ni idea de a qué te refieres—rio.

—Lo sabes muy bien, conduces como una loca.

—¡Toma ya! El que seguro que nunca ha traspasado las barreras, ¿de qué vas? También te veo conducir, tengo ojos en la cara.

—Pero yo procuro no pasarme. Hubo un tiempo en el que era más loco, pero eso pasó a la historia.

—¿Tiene que ver con que te metieran en la cárcel? —fue directa al grano—. Perdona, lo escuché antes de tu llegada. La gente lo hablaba.

—No pasa nada, quería contártelo en algún momento—le aseguré aclarándome la voz.

—¿A mí? ¿Y por qué me lo querías contar a mí?

—Porque me caes muy bien, aunque seas una loca en la moto y aunque juegues a volverme loco a mí.

—Ni uno ni lo otro. Todo son invenciones tuyas. Cuéntame, ¿qué sucedió?

—Tuve un accidente en el que murió un chico. Se supone que me drogué, pero te prometo que alguien echó la puta droga en mi vaso, no lo hice. Esa noche fuimos con tipos demasiado peligrosos, no debimos juntarnos con esa gentuza, la mayoría de ellos terminó mal... El problema es que yo terminé peor.

—Oye, que si te pasaste de vueltas, me lo puedes decir, ¿quién no ha hecho una locura alguna vez? Igual te lo ofrecieron y, del shock, pues ni cuenta te diste.

—No, no, eso no es así—negué.

—Que yo no te voy a juzgar...

—¡Que no fue así, Camila! —exclamé porque me puse muy nervioso.

—Lo siento. De veras que solo quería que pudieses sincerarte conmigo, nada más.

—Y yo te lo agradezco, pero no te estoy mintiendo, no tengo ya ninguna necesidad de hacerlo. Al fin y al cabo, he pagado por ello igual que si lo hubiese hecho, no tendría ningún sentido.

—¿Y no pensaste en dejar la moto después de eso?

—No, eso no lo pensé ni un solo día. Soy motero desde la cuna. Cuando mi madre me llevaba en la sillita ya apuntaba a las motos al pasar, según me contaba ella.

—¿Eso te contaba? Debe ser muy maja tu madre.

—Murió hace ya un tiempo—le contesté abatido, porque ese era otro de los temas de mi vida que más dolía.

—Vaya, lo siento. La mía también murió, ya tenemos un punto en común.

—¿También? Pues entonces ya sabes lo que es el dolor, lo lamento.

—Sí, lo sé muy bien. Se consumió en vida...

—Joder, qué putada.

—Y que lo digas, pero hablemos de cosas más alegres, ¿qué te apetece comer? Luego podríamos ir a una concentración que hay no lejos de aquí.

—Es cierto, se me había olvidado, la de todos los años por estas fechas. Por eso me has traído a la sierra, sabes más que los ratones colorados.

—Pues sí, porque igual te daba por decir que no querías o algo así, lo mismo te has vuelto un rarito en prisión.

—Creo que no, puede que me haya vuelto muchas cosas, pero un rarito me da que no.

—Vale, pues mejor, ¿cómo es? —se interesó.

—¿Ser un rarito? No lo sé, ¿tú has tenido algún novio así? —le pregunté entre bromas.

—No, ya sabes a lo que me refiero, a lo otro.

—¿Ingresar en prisión? Pues es otra forma de consumirte en vida, Camila. Prefiero no hablar de ello, si no te importa.

—Claro, solo me interesaba por tus cosas. Bajo esta apariencia de chulilla también tengo un corazón.

—Y me alegra saberlo. Eres una tía genial, ¿y tú? ¿Qué hay de tu idilio con las motos?

—A mí también me gustaron desde niña, desde siempre. Y es verdad que a veces me paso un poco de la raya... Me llevé cada rapapolvo de mi madre de no te menees. Pero ya sabes cómo es esto de la velocidad. Si la llevas en la sangre no puedes luchar contra ella.

—Lo sé, es una adicción, no puedes dejarlo, seguro que nunca lo pensaste, igual que no lo hice yo.

—Hubo un momento en mi vida, pero luego se me pasó, sí, ya sabes cómo es. Menuda droga, peor que el azúcar.

—Pero el azúcar la controlas mejor, ¿no es así? Lo digo porque no tienes un gramo de grasa en ese cuerpo serrano.

—Tú me estás mirando el escote, déjate de gaitas. Y claro que no tengo un gramo de grasa, me cuido demasiado como para eso. Y por lo que veo, tú haces lo mismo.

También me miraba como si quisiera lamerme enterito, como si pretendiese degustarme mientras me hablaba con esa seguridad suya que tanto me ponía. Se trataba de una chica especial, de una con apariencia dura, lo que la asemejaba a mí, y que se me estaba metiendo entre ceja y ceja, puesto que comenzaba a gustarme.

Dejamos la conversación intensa a un lado, dando paso a otra mucho más fluida. Estaba deseando que comenzara con su ironía, la que me sacaba la risa. Ese finde no vería a Lucía ni a mi sobrino y necesitaba evadirme, porque cuando no lo hacía me acordaba más de la cuenta de Lis y eso me pasaba factura.

Almorzamos entre carcajadas, pues Camila tenía unas salidas que no las esperabas y que te hacían reír a mandíbula batiente. Ella no era de la ciudad, llevaba allí poco tiempo, pero se había adaptado a la perfección porque tenía una forma de ser que se lo permitía.

Y luego estaba lo mucho que me atraía, lo mismo que sucedía al contrario. Para mí que pronto nos saltaríamos esa norma de no acostarnos por ser compañeros, pues lo que de verdad saltaban entre nosotros eran unas chispas impresionantes, unas chispas que no hacían más que crecer en un fin de semana que se vislumbraba de lo más emocionante.



## Capítulo 13



Acabamos en la concentración motera esa tarde.

Como digo, al no ser de la zona, nadie la conocía, lo que no impidió que se hiciera notar desde su llegada.

Para empezar, casi ninguna motera tenía una moto de tanta potencia. Y para terminar, su portentoso físico partía cuellos a su paso.

No hubo un motero que dejara de mirarla con ojos de deseo ni que me demostrase su envidia con la misma mirada. Ella se percataba de la expectación que levantaba y se aprovechaba de ello.

A Camila le gustaba destacar y a mí que así fuese, sintiéndome muy orgulloso. Me divertía muchísimo con ella y me quitaba cosas de la cabeza.

A la hora de las exhibiciones, ella estaba allí la primera, haciendo tales acrobacias que los dejó a todos boquiabiertos. En nada se convirtió en la comidilla de la concentración y eso se notaba que le encantaba, porque se hacía notar allá donde iba.

En cuestión de unas horas, se había convertido en la reina de la fiesta y me miraba con un brillo especial. Se notaba que disfrutaba conociendo gente nueva, charlando por aquí y por allá, pero al contrario de lo que hizo la primera noche que salimos juntos, lo cierto es que me daba un lugar y no paraba de acercarse a mí.

Cada vez el rollito entre ambos era más chulo y nos reíamos mucho cuando alguien nos entraba, pues aunque no esté bien que yo lo diga, también tuve mi público.

Yo sí era conocido en la zona y siempre me apreciaron. Además, el hecho de que hubiera pasado por la cárcel me hizo más atractivo para algunas chicas, algo que resultaba de locos, pero era así, como si yo tuviese un aire de “malote” mucho más acentuado.

—No me digas que no vas a correr—me indicó cuando llegó el momento de la carrera de velocidad y fue la única fémina que se apuntó a conducir una moto en ella.

—No, paso, te lo digo en serio. No quiero picarme más, tengo mis límites.

—Eres un rajado, no deberías tenerle tanto miedo a una simple carrera.

—Corre tú, de verdad—le pedí porque no quería sacar los pies del plato. Me había prometido vivir mucho menos al límite y debía ser fiel a mi promesa.

Una chica despampanante y muy ligerita de ropa dio el pistoletazo de salida. Me hubiera gustado que Camila no participase por su propia seguridad, pero conocía la sensación de tratar de contener la adrenalina en las venas y sabía que no era fácil.

Las carnes se me abrieron, como se suele decir, cuando todas las motos rugieron a la vez. Se trataba de un trayecto de ida y vuelta, por lo que al ganador lo veríamos llegar de frente.

Desde el principio, se impusieron Camila y Fopi, el presidente de los moteros que habían organizado la concentración, el cual había ganado mil veces y que, un tanto machista, se resistía a caer ante una mujer.

El resultado estuvo disputadísimo hasta el último momento y la gente chillaba enfervorizada. A falta de un par de segundos, Camila logró rebasarle y entonces se alzó con la victoria, levantando los brazos y dedicándomela.

Todos fueron hacia ella y la cogieron en volandas mientras que yo grababa la escena. Unas horas antes no la conocían y en poco todos focalizaron en esa misteriosa motera para la que no parecía haber límites.

—Has estado increíble, por mucho que yo haya temido por tu seguridad—le indiqué.

—Pues claro que lo he estado, ¿qué creías? Y esto habrá que celebrarlo—me dijo soltándome un pico que sacó mi sonrisa.

Era el primero que me daba, pero tuve la sensación de que la cosa no había hecho más que comenzar y que no sería el último.

Durante el resto de la tarde, tuvo diversos moscones alrededor. También a mí se me acercaron y eso nos dio morbo a ambos, ya que nadie tenía claro de qué palo íbamos.

A una cierta hora, hubo un espectáculo de stripteis en el que participaron tanto chicas como chicos y no sé cómo se las apañó para terminar subida en el escenario con todos ellos, que eran profesionales.

Por Dios que no desmerecía en nada, todo lo contrario. Para mí era la mejor y, aunque no se quedó desnuda del todo, poco le faltó, levantando a todos los moteros cuando la vieron en tanga y cubriéndose los senos con sus brazos.

Un espectáculo similar no lo había visto yo dar jamás a una chica que fuese mi acompañante. Lis se hubiese muerto de la vergüenza antes de hacer una cosa así, pero ya he dicho que se parecían como un huevo a una castaña.

Cada vez que me acordaba de ella, dadas las muchas concentraciones que vivimos juntos, me volvía a fijar en Camila y llegaba a la conclusión de que con ella podría pasar momentos maravillosos.

Desde luego que no podía calcular aún en esos instantes cuánto nos íbamos a enredar, pero sí que no podía haber encontrado a nadie mejor para volver a un ambiente festivo que me quitase más de una pena.

A la hora de marcharnos, ya de madrugada, casi que le hicieron la ola y desde el escenario la ovacionaron una barbaridad, haciéndola subir de nuevo.

Yo aplaudí hasta que me dolieron las manos y me lo pasé bomba. Después Fopi, el presidente del motoclub organizador nos sacó la promesa de ir a visitarles pronto, algo a lo que accedimos de muy buen grado porque nos lo pasamos genial con todos ellos.

Desde allí salimos de nuevo en dirección a la ciudad. Ninguno habíamos bebido alcohol, por lo que me sentí muy tranquilo y le saqué el jugo a cada minuto de nuestro trayecto de vuelta.

Una vez allí, me planté delante de ella y, risueño, le pregunté qué plan teníamos.

—Sigue mi matrícula—me indicó levantando su trasero del asiento y provocándome a tope.

—Igual se me nubla el sentido y soy incapaz—bromeé.

—Por la cuenta que te trae, que no se te nubla nada. Más bien lo que tienes que hacer es venirte arriba, motero, muy arriba—me indicó con tal lujuria en el tono de su voz que supe que había llegado el momento—. Bueno, ahora que lo pienso, en realidad te voy a seguir yo porque vamos a tu casa. Pero que no sirva de precedente.

Se me dibujó la sonrisa en la cara y no solo por pensar lo que estaba por venir, sino lo mucho que le gustaba disponerlo todo. Menuda mandona estaba hecha y cómo me ponía que lo fuese.

Un espectáculo similar no lo había visto yo dar jamás a una chica que fuese mi acompañante. Lis se hubiese muerto de la vergüenza antes de hacer una cosa así, pero ya he dicho que se parecían como un huevo a una castaña.

Cada vez que me acordaba de ella, dadas las muchas concentraciones que vivimos juntos, me volvía a fijar en Camila y llegaba a la conclusión de que con ella podría pasar momentos maravillosos.

Desde luego que no podía calcular aún en esos instantes cuánto nos íbamos a enredar, pero sí que no podía haber encontrado a nadie mejor para volver a un ambiente festivo que me quitase más de una pena.

A la hora de marcharnos, ya de madrugada, casi que le hicieron la ola y desde el escenario la ovacionaron una barbaridad, haciéndola subir de nuevo.

Yo aplaudí hasta que me dolieron las manos y me lo pasé bomba. Después Fopi, el presidente del motoclub organizador nos sacó la promesa de ir a visitarles pronto, algo a lo que accedimos de muy buen grado porque nos lo pasamos genial con todos ellos.

Desde allí salimos de nuevo en dirección a la ciudad. Ninguno habíamos bebido alcohol, por lo que me sentí muy tranquilo y le saqué el jugo a cada minuto de nuestro trayecto de vuelta.

Una vez allí, me planté delante de ella y, risueño, le pregunté qué plan teníamos.

—Sigue mi matrícula—me indicó levantando su trasero del asiento y provocándome a tope.

—Igual se me nubla el sentido y soy incapaz—bromeé.

—Por la cuenta que te trae, que no se te nubla nada. Más bien lo que tienes que hacer es venirte arriba, motero, muy arriba—me indicó con tal lujuria en el tono de su voz que supe que había llegado el momento—. Bueno, ahora que lo pienso, en realidad te voy a seguir yo porque vamos a tu casa. Pero que no sirva de precedente.

Se me dibujó la sonrisa en la cara y no solo por pensar lo que estaba por venir, sino lo mucho que le gustaba disponerle todo. Menuda mandona estaba hecha y cómo me ponía que lo fuese.

## Capítulo 14



Llegamos a mi casa y preferí no hacer ninguna pregunta. Esas razones que esgrimió para no liarse conmigo días atrás no habían sido más que una forma de darme coba, ya que en ese punto y hora no pareció importarle un bledo que compartiéramos despacho.

Camila era para echarle de comer aparte, y en el sexo no sería diferente. Antes de que me quisiera dar cuenta, ya me había asaltado, casi literalmente, y estaba sobre mí quitándose la camiseta que llevaba debajo de la chupa.

Sus turgentes senos no se hicieron esperar, saliendo de su sujetador y apuntándome, por lo que comencé a acariciarlos, a besarlos y a lamerlos mientras ella, que iba a tiro hecho, me abrió la cremallera de los pantalones y aprisionó mi pene con sus manos.

La deseaba muchísimo y mi dureza no engañaba, algo que sacó la más libidinosa de sus sonrisas, que terminó en un sugerente mordisquito por parte de sus dientes superiores a su labio inferior que me hizo llamear.

Yo también me deshice a la carrera de sus pantalones, dejando a mi vista ese tanga suyo que ya había contemplado cuando se subió al escenario y que tanto me moló. Nada me gustaba más que tenerla por fin entre mis brazos y en mi cama, pues allí fue donde caímos.

Del mucho ímpetu que derrochamos, hasta dejamos caer con el movimiento de nuestros brazos una de las lamparillas de noche.

—Al carajo—soltó ella alto y claro en ese momento, haciéndome carcajear—. Total, está aquí—me indicó volviendo a tomar mi pene, uno con el que se compenetró genial desde el primer instante.

Yo necesitaba saborearla. Me refiero al ecuador de su cuerpo, pues el sabor de sus senos ya lo tenía en el paladar. Ella, sugerencia pura, era cualquier cosa menos fácil de manejar y en el sexo también le gustaba llevar la delantera. Eso sí, con bueno fue a topar, porque a mí igualmente me fascinaba, de modo que la lucha de titanes se hizo patente sobre el colchón.

Camila disfrutaba, reía y de pronto se ponía de lo más seria y se metía mucho en su papel. Me costó la misma vida dejarla tumbada sobre el colchón y solo la destreza de mi lengua la llegó a convencer de que se trataba de la mejo

de las ideas.

—Sí que lo tienes ensayado—murmuró ronroneante y eso hizo que me armara más aún por las partes bajas, puesto que su disfrute era mi disfrute.

—No creerías que era un pipiolo—le susurré.

—En absoluto, tenía muy claro que darías la talla. MMMM...

Yo luchaba porque ella estallase de placer y así fue. En cuestión de pocos segundos se puso al rojo vivo y la forma en la que la emprendió contra las sábanas, las cuales rasgó con sus uñas, me dejó claro lo que estaba por venirle.

El mismo énfasis que le ponía a todo lo dejó suelto a la hora de correrse. Y si yo no hubiese tenido aguante, me habría arrastrado con ella, porque su sensualidad era de infarto y tener ese cuerpo a mil delante de uno representaba todo un espectáculo.

Camila hacía mucho ejercicio y eso se le notaba tela. Igual que me sucedía a mí, estaba durísima por todos los lados que la tocases, por lo cual su trasero constituía una verdadera tentación, una tentación irrefrenable que me llevaba a pellizcarlo mientras mi lengua me seguía diciendo que su sabor me colocaría al borde de la locura.

Aún no había terminado de correrse cuando, aliándome con su intensa lubricación, inserté mis dedos en ella sacándole un profundo gemido de placer que se coló directo en mi cerebro, en ese que no paraba de idear formas de llevarla al éxtasis.

Camila notaba mis muchas ganas de hacerla mía, de seguir experimentando con ella los secretos de un sexo que, al unir su cuerpo y el mío, no podría dar un resultado más irresistible.

Mis impulsos me resultaron incontrolables y, una vez que la penetré con mis dedos, no hacía más que suspirar por hacerlo con mi erecto pene, ese que ella iba engordando más y más, gracias a un masaje que me llevaba al deleite total.

Camila exponía su cuerpo para mí. Un cuerpo terso y joven, trabajado y con ganas, muchas ganas de sexo. Su lubricación se intensificó a tope y yo no pude soportar la tentación de terminar con esos prolegómenos que nos llevaron a arder entre las brasas y que estaban abocados a que la ensartase, para lo cual la coloqué sobre mí, como ella quiso, y la dejé caer sobre esa barra ardiente en la que se convirtió mi pene.

A horcajadas sobre mí, y envolviéndome con su húmeda vagina, comenzó a moverse provocándome al máximo, haciendo que la lamiese, besase y mordiese por todo su cuerpo.

Camila ardía en llamas entre mis manos y conmigo dentro, y esas mismas llamas me quemaban hasta hacer de mi cuerpo una hoguera, empapándome y jadeando para mí, con esos labios abiertos, unos labios que no podía dejar

de besar, de saborear, de envolver igualmente con los míos hasta que el placer y ella fueran uno, hasta que el deseo lo inundase todo en una cama que fue la muda testigo de un encuentro sexual en el que nuestras gargantas se manifestaron lo que entre nosotros estaba sucediendo.

Su cadera se movía de una forma sobrenatural y me hipnotizaba, sin dejar de moverse de un modo tan arrebatadoramente sexy que hubiese hecho caer rendido a sus pies al más frío de los hombres.

Cuando noté que contenerme sería imposible si no hacía algo al respecto, la tomé por esa misma cintura y salí de su vasija más sagrada, de esa que chorreaba unas gotas de elixir que no dudé en beber, colocándola a cuatro patas y degustándola de nuevo.

A continuación, la penetré mientras tiraba de su oscura melena, de esa a la que ella le sacaba el máximo de los partidos mientras la movía a placer y para mí, ondeando al viento y demostrándome que con ese sugerente movimiento podría conseguir lo que se propusiera en la vida.

Exhaló cuando entré en ella de esa forma mientras que mis gemidos de placer fueron en busca de los suyos, los cuales salieron de inmediato para fundirse con ellos. Los movimientos juguetones de mi mano con su pelo parecían ponerla hirviendo, por lo que tiré más, llevando su boca a la mía, tratando de beber de medio lado de unos labios que estaban hechos para provocar deseo, el mismo deseo que encarnaba Camila.

Mis embestidas fueron de menos a más, ensartándola una y otra vez, explorando los confines de esa vagina que cada vez ardía más y en la que mi pene deseaba recrearse mientras comencé a darle unas sensuales palmadas en los cachetes de su orondo trasero.

—Pegas como una niña de colegio—me provocó, haciendo que yo mismo me mordiese el labio. Noté cómo los latidos de mi corazón se acrecentaban, subiendo de revoluciones.

—¿De verdad lo crees? —le pregunté mientras que le daba más fuerte.

—De verdad de la buena, creía que un hombre como tú sabría hacerlo mejor.

En ese instante fui yo el que exhalé. Obvio que por nada del mundo le hubiese hecho daño, pero mi motera provocadora reclamaba más caña y yo había de racionarla para dársela a su gusto.

Dándole más fuerte, noté cómo se llevaba su mano al sexo y ella misma comenzaba a estimular su clítoris, el cual ya tenía de lo más hinchado debido a la mucha actividad a la que lo sometimos.

Sus sensuales gemidos, salidos directos de su garganta, hasta me secaban la boca. Había que estar muerto para que no fuese así y yo no solo me sentía vivo de nuevo, sino que con Camila esa sensación iría a más.

Aquella sexy chica impredecible, gimoteaba al contacto de mis manos con su nalga para tratar de despistarme. Y

entonces, si me daba por bajar el ritmo, se volvía a burlar.

í

—¿Quién te ha dicho que te relajes? ¿Quieres darme en condiciones o tengo que buscarme a otro?

Era escucharla decir eso y aumentar de revoluciones. Sus cachetes aparecían colorados y eso la excitaba cada vez más. Cuando le pareció que tenía suficiente, me hizo salir de ella y se tumbó bocarriba.

—Estás increíble—murmuré mientras me acercaba y entonces me separó de ella con sus piernas, haciendo fuerza.

—Quédate ahí y mira—me decía mientras se excitaba ella misma, jugando de un modo travieso con su clítoris con una mano mientras que con la otra masajeaba sus senos.

—Me vas a hacer enloquecer, te lo juro—le susurré.

—Ya lo he hecho, aunque tú no lo sepas—afirmó con seguridad total, con esa seguridad tan suya que me resultaba cien por cien morbosa.

Y sí, algo de razón tenía porque yo notaba que mi cordura se iba al garete en aquella cama en la que derrochamos una química que iba más allá del sexo.

Tardó lo que le apeteció en dejar que me acercara y entonces se lo hice tomando su mentón entre mis dedos, como queriendo adueñarme de un cuerpo que era suyo, pero que deseaba que fuese mío.

Tras varios estallidos por su parte, el mío llegó coincidiendo con uno de los suyos, tras lo cual quise acurrucarla en mi pecho.

—Nada de eso—me dijo burlona mientras comenzaba a vestirse.

—No me jodas que te vas ya—le comenté.

—¿Es que necesitas que me quede cantándote una nana? Axel, que no soy tu madre—se rio.

—No, pero un poquito de apalancamiento no estaría mal—le indiqué para que se volviese a tumbar.

—Yo es que no soy demasiado convencional, seguro que ya lo has ido viendo—me soltó mientras también soltó su lengua a pasear, haciéndome una burla.

e

De un salto, la atrapé al vuelo. Me refiero a su lengua, pero a ella también. Deseaba que se quedase, hacía demasiado tiempo que no dormía así con una chica, con una chica que me atrajese de verdad, que me hiciera ver que podía desconectar del todo mientras la tuviese en mis brazos.

—Eso ya lo veo, pero ¿no te apetece?

—Será mejor que me vaya, de veras, no quiero hacerte un lío.

—Si no es lío: tú eres libre, yo soy libre, ¿qué problema hay?

—Ninguno, y por eso de que yo soy libre como bien dices, me largo—me dijo cogiendo su chupa de cuero.

—Vale, te acompaño a casa.

a

—¿Me acompañas a casa? ¿Te has pensado que eres mi escolta? —me preguntó.

—Venga ya, déjame, qué te cuesta.

a—No, no. Tranquilo, que yo no soy una muñequita ni me pasará nada por ir sola. No ha nacido el tío que se atreve a acercarse si yo no quiero, relax.

Tuve que suspirar cuando se fue. Ella era una mujer fuerte y dura, una mujer capaz de todo, de resaltar por encima de todas las demás. Pero me había dejado con ganas de más y eso me jodía. En las decisiones de Camila no se podía interferir, eso lo iba teniendo claro.

)

Al menos, debía agradecer al universo que me hubiese regalado unas impresionantes horas de sexo, unas que se grabaron en mi disco duro y que reproduje minuto a minuto cuando se hubo ido.

Camila tenía algo que enganchaba. Y yo estaba en un momento providencial en mi vida, en un momento que necesitaba engancharme a alguien después de una serie de sucesos que, unos detrás de otros, me marcaron sin remedio.

—Eso ya lo veo, pero ¿no te apetece?

—Será mejor que me vaya, de veras, no quiero hacerte un lío.

—Si no es lío: tú eres libre, yo soy libre, ¿qué problema hay?

—Ninguno, y por eso de que yo soy libre como bien dices, me largo—me dijo cogiendo su chupa de cuero.

—Vale, te acompaño a casa.

—¿Me acompañas a casa? ¿Te has pensado que eres mi escolta? —me preguntó.

—Venga ya, déjame, qué te cuesta.

—No, no. Tranquilo, que yo no soy una muñequita ni me pasará nada por ir sola. No ha nacido el tío que se atreva a acercarse si yo no quiero, relax.

Tuve que suspirar cuando se fue. Ella era una mujer fuerte y dura, una mujer capaz de todo, de resaltar por encima de todas las demás. Pero me había dejado con ganas de más y eso me jodía. En las decisiones de Camila no se podía interferir, eso lo iba teniendo claro.

Al menos, debía agradecer al universo que me hubiese regalado unas impresionantes horas de sexo, unas que se grabaron en mi disco duro y que reproduje minuto a minuto cuando se hubo ido.

Camila tenía algo que enganchaba. Y yo estaba en un momento providencial en mi vida, en un momento que necesitaba engancharme a alguien después de una serie de sucesos que, unos detrás de otros, me marcaron sin remedio.

## Capítulo 15



El domingo la llamé por la tarde. No la veía desde la mañana anterior y desde luego que no me parecía la típica chica que me fuese a enviar un mensaje de buenas noches.

Camila era muy libre e iba a su ritmo, haciendo todo aquello que se le antojaba. De pronto, me la imaginé con cualquier grupo de moteros, rodeada de babosos, y sucumbí a la tentación de telefonearla.

No solo no me atendió, sino que me cortó la llamada. Y me sentí fatal. En cierto modo, me sentí ninguneado y esc que nada podía exigirle, porque lo único que habíamos compartido era un asalto sexual que yo diría que quedó en tablas, puesto que los dos lo dimos todo sobre el colchón.

Me había quedado en casa porque no sabía muy bien qué hacer. Todavía me costaba pensar que había perdido a mi grupo de siempre, ya que Mario y Lis seguían en él y no me apetecía acercarme para nada.

A la hora de la cena, llamaron al portero automático y abrí sin más, con la ilusión de que Camila se hubiese dignado por fin a hacerme una visita.

Abrí la puerta con la sonrisa puesta para ella. La misma que se me desdibujó de la cara al ver ante mí a Mario.

—Me cago en todo, tío, lárgate de aquí—le indiqué la dirección de la verja de entrada.

—Axel, sé que no quieres verme, pero yo tenía que venir a explicarme, amigo.

—¿Tú me llamas amigo? Ni una rata cuartelera se atrevería a tanto después de cómo te has comportado.

—Lo siento, Axel, te juro que lo siento—me dijo tratando de entrar en mi casa.

—Mario, te juro que si das un paso más, me busco la ruina. Esta vez sí que me cargaré a un tío a conciencia, ¡¡¡Que te largues!!! —le chillé.

—No, no me iré hasta que no escuches lo que he venido a decirte.

—Maldita sea, ¿es que aparte de ser un sucio traidor estás sordo como una tapia? Qué asco me das, Mario.

—Estás ofuscado y lo entiendo. Pero cuando termine de decirte lo que he venido...

—Entonces ya será tarde porque tendrás la cara como un mapa—le aseguré cogiéndole por la pechera.

Los latidos de mi corazón me iban tan fuerte que la sensación era de locura, de auténtica locura. Yo no podía entender cómo reunió el valor para venir a verme después de lo que me hizo.

Antes que después, acabamos en el césped de mi jardín, ese que el jardinero de la urbanización tuvo a bien cuidarme en mi ausencia, como un gesto espontáneo, regándolo y demás, sin dejarlo morir. A quien habría dejado irse yo para el otro mundo, y de buen grado, habría sido a Mario, por fuerte que suene.

La furia en mí era incontenible y le di un puñetazo tal en la nariz que mi camiseta se manchó de sangre. Impasible no hizo por defenderse y eso me mató.

, Yo hubiese querido que me diera con todas sus ganas para así poder hacer lo mismo. Mario siempre fue cañero y no le dolieron prendas en repartir cuando llegó el caso, aunque estaba muy claro que no quiso levantarme la mano

Podía ser que pensase que ya me había hecho bastante daño, que ya hurgó bastante en la herida y no quiso hacer más sangre.

—Pégame, joder, ¿es que acaso no te vas a defender? ¿Te has vuelto un imbécil? —le pregunté con el puño en alto.

—Me volví un imbécil el día que te hice daño, pero te juro que no pude evitarlo, Axel, te lo juro. Tú sabes cómo es Lis—murmuró.

—Espera, ¿le estás echando la culpa a ella? Porque entonces te juro que acabo contigo—le amenacé.

—No, no es eso lo que quiero decir, sino que llegó un momento.... Axel, tú no me dejabas visitarte y encima me encomendaste que la cuidase. Yo la vi sufrir día tras día, meterse en su mundo interior... Llegó un momento en el que casi no podía salir de él. Y entonces... entonces opté por tratar de hacerla reír. Pero el problema fue que, con sus primeras risas, yo me fui enamorando de la única mujer que me estaba vetada, de la mujer de mi hermano, porque eso fuiste tú para mí.

—¡Y una mierda lo fui! Si lo hubieras sido, jamás me habrías hecho eso, ¡en la puta vida! —le chillé.

—No estuvo en mi ánimo, te juro que jamás lo estuvo. Sucedió así, ojalá pudieras comprenderme y perdonarme, porque no hay ninguna otra cosa que desee más en el mundo.

—Eres un puto hipócrita y un miserable que encima no para de tentar a la suerte. Si te he chillado que te vayas es porque no quiero ver tu asquerosa cara más y porque no respondo de mis actos.

—Axel, yo te quiero. Te quiero de corazón.

—Que te jodan, Mario, ¡que te jodan! Por respeto a Lis no te parto toda la cara, ¡lárgate antes de que tengas que lamentarlo!

—A ti te podría haber sucedido lo mismo, Axel. No sabes cuántas veces me planteé acallar a mi corazón, pero me chillaba que la quería, ¡me lo chillaba!

—Tú sí que vas a chillar si no te largas ahora mismo, cerdo, que eres un cerdo, si fueras un amigo de verdad nunca me lo hubieras hecho, ¡yo mismo no lo habría hecho!

—Tú no puedes saberlo porque estabas allí dentro. Si me hubieses dejado que te visitase una sola vez igual, teniéndote delante, habría desistido. Pero no, tu cabezonería te hizo desaparecer de nuestras vidas y, aun así, querías encontrártelo todo intacto a tu salida.

—Encima la culpa es mía, ¿tú te oyes? Vas a lograr que haga algo de lo que me arrepentiré toda mi vida.

—No he querido decir eso, Axel, pero nada de lo que ocurrió fue fácil para ninguno. Fuera también debíamos seguir viviendo sin ti y todos los que te queríamos nos quedamos tocados.

—Una verdadera pena, no como yo, que estaba pasando las mejores vacaciones de mi vida. Eres un hijo de puta Mario y siempre lo serás—vocalicé antes de sacarlo a empujones de mi jardín.

—Eres un puto hipócrita y un miserable que encima no para de tentar a la suerte. Si te he chillado que te vayas es porque no quiero ver tu asquerosa cara más y porque no respondo de mis actos.

—Axel, yo te quiero. Te quiero de corazón.

—Que te jodan, Mario, ¡que te jodan! Por respeto a Lis no te parto toda la cara, ¡lárgate antes de que tengas que lamentarlo!

—A ti te podría haber sucedido lo mismo, Axel. No sabes cuántas veces me planteé acallar a mi corazón, pero me chillaba que la quería, ¡me lo chillaba!

—Tú sí que vas a chillar si no te largas ahora mismo, cerdo, que eres un cerdo, si fueras un amigo de verdad nunca me lo hubieras hecho, ¡yo mismo no lo habría hecho!

—Tú no puedes saberlo porque estabas allí dentro. Si me hubieses dejado que te visitase una sola vez igual, teniéndote delante, habría desistido. Pero no, tu cabezonería te hizo desaparecer de nuestras vidas y, aun así, querías encontrártelo todo intacto a tu salida.

—Encima la culpa es mía, ¿tú te oyes? Vas a lograr que haga algo de lo que me arrepentiré toda mi vida.

—No he querido decir eso, Axel, pero nada de lo que ocurrió fue fácil para ninguno. Fuera también debíamos seguir viviendo sin ti y todos los que te queríamos nos quedamos tocados.

—Una verdadera pena, no como yo, que estaba pasando las mejores vacaciones de mi vida. Eres un hijo de puta Mario y siempre lo serás—vocalicé antes de sacarlo a empujones de mi jardín.

## Capítulo 16



Entré en casa llorando. Su visita me jodió más de lo que pudo imaginar.

Yo habría hecho cualquier cosa en mi vida por el Mario de antes, por el que siempre estuvo a mi lado y por el que se la jugaba por mí igual que yo por él. Pero a ese tipo que venía a esgrimir sus argumentos de por qué se quedó con Lis, a ese yo no solo lo odiaba, sino que no lo conocía.

Tomé una botella de whisky y ni siquiera vertí parte de su contenido en un vaso, sino que bebí a morro de ella hasta descontrolarme. Pasado un rato, y sin estar ya en mis cabales debido a la ingente cantidad de alcohol que me metí entre pecho y espalda, llamé de nuevo a Camila.

Ni siquiera sé por qué lo hice, cuando en realidad me avergonzaba que me encontrase en ese estado. Además, que yo no debía mezclarla en mis problemas, pero la echaba de menos y quería verla.

En principio, y yendo a lo suyo como iba, me la imaginé de farra cuando no descolgó el teléfono, si bien en esa ocasión no cortó la llamada como en la anterior.

Ya no esperaba nada de la noche cuando unos minutos después me devolvió la llamada.

—¿Se puede saber qué te pica a ti ahora, motero? —me preguntó con sorna—. No, mejor no me lo digas, que ya me hago cargo—rio.

—Camila, yo...—murmuré acongojado.

—¿Te pasa algo, Axel? ¿Dónde estás? —se interesó.

—¿Y tú? ¿Dónde estás tú?

—Soy yo la que hace las preguntas porque creo que no estás en condiciones. En un rato estoy ahí, espérame.

—No te preocupes, si no tengo adonde ir. Y fíjate que he podido ir directo de nuevo a la cárcel esta noche, pero al final no. Igual habría sido lo mejor, quién sabe—le comenté.

—Tú has bebido, Axel, y no poco. Ni se te ocurra moverte de ahí, te lo digo muy en serio. Podrías joderla mucho y alguien salir perjudicado.

—Pues sí, y no sería la primera vez. Iván se llamaba el chico, ¿sabes? Me refiero al que maté.

—Cállate ya, por favor—me pidió.

—Es que no pasa un solo día sin que los recuerde a él y a su madre—le confesé entre lágrimas.

—Te digo que llego lo antes posible, no me hagas volar porque a tanto no llego.

—Será porque no quieras, Camila, porque estoy seguro de que lograrás todo lo que te propongas.

—Eso espero y ahora te digo que no te muevas.

Me di una ducha mientras ella llegaba. Mi estado era bochornoso y sería lo mínimo que pudiese hacer por quien me iba a ayudar. Bastante vergüenza me daba que me viera así, ¿por qué la llamé? No debí hacerlo, yo siempre fui más fuerte que eso.

Guardé la botella y adecenté el salón. Nunca me gustó airear mis miserias y no me sentía bien de hacerlo entonces.

Camila llegó un rato después con gesto preocupado. Nada más abrirle, me abracé a ella.

—Tú tienes mucho daño dentro, y no solo por lo de ese chico, ¿verdad? A ti te han jodido la vida, Axel, más todavía que por pasar por la cárcel. Puedes confiar en mí. No soy convencional, pero sí una tumba.

—Está bien. Tienes derecho a que te cuente, aunque tú no me cuentes nada de ti. No eres permeable, no puedo entrar en ti.

—Eso sería penetrable y, perdona que te diga, pero tú ya me has penetrado—hizo el chiste y me sacó la risa.

—Siéntate, por favor. Quiero que sepas por qué estoy así. Empiezas a ser importante en mi vida y no me gustan los secretos.

—Ni a mí ciertas conversaciones profundas. Si estás enamorado de otra, no hace falta que me lo cuentes. Yo no te he pedido nada ni te lo voy a pedir, ¿vale? —me acarició el pelo.

—No es eso. Antes era amor por Lis, cuando ahora es rabia e indignación. Ella era mi novia...

Comencé a contarle y me quedé nuevo. Camila me tranquilizaba y eso era lo que yo más necesitaba en esos momentos. Me escuchó con calma y luego me dio su parecer.

—Ha sido valiente tu amigo viniendo hasta aquí. Otro habría dejado correr un tupido pelo, pero se nota que él te quiere en su familia.

—¿Que me quiere en su familia? En su familia me quieren mi hermana y Candela, que me harán padrino de su hijo, ellas sí. Pero Mario... Mario se debe ir al infierno. Perdona si hablo así, pero no controlo demasiado con este tema y menos con el alcohol corriendo por mis venas.

—Tú lo que tienes es un buen polvazo ahora mismo, eso es lo que tienes—me decía ella tratando de serenarme.

—¿Tú crees? Hoy pienso que no sirvo ni para eso. Vaya pinta que tengo—observé.

—Tú estás bueno hasta saliendo de picar carbón en una mina—me dijo echando mano a mi entrepierna y animándome.

¡—No quiero defraudarte, no me siento bien—le indiqué.

—Correré el riesgo. Tú mira lo que puedes hacer por mí y ya veremos, ¿o es que aguantarte no tiene ninguna recompensa? —bromeó.

Me quedé mirando fijamente a sus labios mientras se reía y la besé, la besé tanto que ella trataba de seguir riéndose y, al final, cedió a mis besos y me besó igualmente.

—Capullo, ni reírme me dejas—me dijo al apartarse.

—Y mira que me gusta tu risa—le confesé.

—Oye, todo te lo consiento menos que te enamores de mí, ¿vale? —me aseguró con los brazos en jarra.

—Vale, vale, es que me has cogido de un sensible...

—Yo sí que te voy a coger una cosa—señaló de nuevo a mi entrepierna y supe que la función estaría servida.

Y lo estuvo. Di gracias al universo porque lo estuvo. Y se prolongó durante un considerable número de horas.

;



## Capítulo 17



Me fui enganchando a ella, a Camila, sin darme apenas cuenta.

Cierto que no parecía buscar una relación y que a veces su actitud me desconcertaba, porque era una mujer a la que le gustaba volar alto, si bien eso la hacía aún más atractiva a mis ojos.

Yo no conocía lo que era un enganche, sino un enamoramiento, y me costaba aclararme sobre si una cosa se parecía a la otra o eran muy distintas.

A menudo, llegaba al trabajo y me quedaba mirándola en silencio, cosa que Almudena observaba desde su mesa. Y esa mañana me habló.

—Tú estás muy pillado de esa chica, ¿verdad? —me preguntó.

—¿Tanto se me nota? A ver si ahora voy a pasar de ser el delincuente de la oficina al pardillo—le comenté haciéndole una mueca graciosa.

—No, es que yo os tengo todo el día al lado. Y no te voy a negar que a veces pienso.... Déjalo, bastante has pasado tú. Disfruta todo lo que puedas—me aconsejó.

—No, no, que tú algo de bruja piruja sí que tienes. No te cortes, suéltalo—le pedí.

—Vale, pues que a veces pienso que ella no da la talla igual que tú, que va más a su aire.

—Ya, que me he convertido en una diversión para ella, ¿puede ser?

—Quizás sea eso, en una diversión de cama.

—Anda, ¿te lo ha contado ella? Que nos acostamos, digo.

—No, qué va, no me ha hecho falta. Solo con miraros se nota que habéis compartido catre, que yo ya tengo lo mío vivido también.

—Supongo, y eso que nunca nos cuentas nada.

—¿Y qué voy a contar? Si ahora el culebrón de las oficinas lo estáis protagonizando vosotros. Camila tiene un rollo muy guay, aunque a veces me deje a cuadros—me comentó.

—¿A qué te refieres? Vale que no es predecible, pero...

—No, desde luego que no lo es. Supongo que solo es diferente, si bien la realidad es que no termino de pillarle el punto y eso me desconcierta en ocasiones.

—Anda, pues entonces ponte en la cola porque ya somos dos. Nunca sé por dónde me va a salir. Forma parte de su halo misterioso, ese que lleva de serie.

—Pero que a mí me cae muy bien, no creas que estoy rajando de ella. Es una tía para envidiarla. De hecho, yo sufro en silencio envidiándole el culo—rio.

—Pero si el tuyo tampoco está nada mal—bromeé.

—¿Eso quiere decir que me lo has mirado alguna vez y ni cuenta me he dado? Qué lástima de mí, que debo ser más tonta que Abundio—rio ella cuando Camila entró por el despacho.

—A los buenos días, ¿qué estáis murmurando? Porque he entrado y se ha hecho el silencio. Y no es que sea yo una reina a la que se le deba pleitesía, al menos no una con corona—dijo con gracia mientras nos puso un par de cafés en la mano.

—No sé yo, que tú vales mucho, nena. Y seguro que allá donde vayas destacas—le dijo Almudena.

—Eso fijo, te lo confirmo. Tendrías que ver la que formó en la concentración motera. Y hasta ganó la carrera—le conté.

—Ay, por favor, qué cosas... Mi vida es muy sosa al lado de las vuestras. Yo esas carreras ilegales solo las he visto en las pelis—decía ella.

—Anda que no tienes tú fantasía ni nada. Que no son ilegales, mujer—le indicó.

—Ay, yo qué sé. Creía que todas lo eran. A mí es que el tema de los moteros me pone muchísimo, ahí con su pinta de malotes. Por favor, vamos a encender el aire acondicionado o me moriré sudando a chorros—nos advirtió mientras buscaba el mando.

)  
—Pues lo cierto es que en la concentración quien aumentó la temperatura fue tu compañera—me dio por largar—

que se subió como una estríper más al escenario y la lio parda.

—¿Qué me estás contando? —se quedó ella un tanto flipada.

—Eso digo yo, ¿qué estáis contando? —preguntó Félix al aparecer por nuestro despacho, en el que disfrutaba apalancándose y enterándose de todo.

—Nada, jefe, no le hagas ni caso a Axel, que lo magnifica todo mucho—resopló Camila.

—Pues yo he escuchado algo de que te has convertido en estríper. Estaré mayor, pero no sordo.

—Pamplinas, solo un ratito en una concentración motera, una tontería. Y ya.

—Cielo santo, en mis tiempos no eran así. Más que nada era una reunión de barbudos que terminaban a piñazo limpio cuando el alcohol corría demasiado. Y punto. Cómo ha cambiado el cuento.

—Ahora son un poco más divertidas, sí.

—Quién pillara vuestra edad, chicos, disfrutadla. Andando iba yo a estar casado si volviera a ella.

—Ya pagó tu Pili, Félix, ¿qué harías tú sin ella? —intervino Almudena.

—Podría redactarte una lista de cosas para que la copiaras, pero sería tan larga que me terminarías denunciando por explotación laboral—rio.

—Venga ya, jefe...

El ambiente de trabajo era el mejor. Y encontrarme cada día allí con Camila, un regalo.

Al salir, había días que tenía suerte y que lograba que se viniera conmigo y otros que no. Seguía siendo muy reservada y yo su casa ni la conocía, aunque rezaba porque solo se tratase de tiempo y terminara abriéndose a mí por completo.

Por lo demás, me iba adaptando a una vida que resultaba muy distinta a la que un día llevé, pero que también contaba con un buen puñado de cosas buenas. Ante mí tenía la oportunidad de volver a vivir de un modo digno y hasta acariciaba la idea de volver a ser feliz.

1 Nada estaba saliendo como un día proyecté, pero teniendo en cuenta el brusco giro que sufrió mi existencia con mi encarcelamiento, lo cierto es que no podía quejarme.

,



## Capítulo 18



Ese fin de semana recibí más de una sorpresa. Resultó que el viernes por la noche Camila tenía planes y por eso no salimos, pero quienes sí se plantaron allí el sábado por la mañana fueron mi hermana y Candela con el pequeñajo, dándome una inmensa alegría.

—Pero bueno, si no me habíais dicho que veníais, menos mal que me pilláis aquí—les comenté.

—Y si no hubiésemos entrado igual, ¿o es que no has echado en falta un juego de llaves que tenías en la entrada?  
—me preguntó Lucía.

—Pues ni idea, voy por la vida como pollo sin cabeza—le contesté cogiendo al pequeñín en brazos, quien se quería venir conmigo—, ¿te lo llevaste?

—Pues sí, pero no fue aposta, que conste. Cuando me quise dar cuenta lo tenía en el bolso. No doy pie con bola con tu sobrino, que se está convirtiendo en un travieso de mucho cuidado. Míralo, tirándote de los pelos...

—Y con fuerza. Qué alegría veros, aunque también os cuento que igual me podíais haber pillado un tanto entretenido—les adelanté.

—Candela, siéntate, que viene algo jugoso—le indicó Lucía a su pareja, quien estaba colgando el bolso con las cosas del niño.

—Tampoco sé si tanto, pero me estoy viendo con una chica—les comenté.

—¿Dónde? ¿Cuándo? Y no te pregunto por qué por motivos obvios—me hizo ver mi hermana, quien era todo oídos.

—Es una compañera del trabajo y motera, dos en uno.

—Y dos sonrisas a la vez te salen al hablar de ella. Por favor, queremos conocerla. Debes traerla al bautizo de Axel que por cierto será el finde que viene.

—¿El finde que viene ya?

—Tú verás, te hemos esperado un año para que pudieses ser el padrino. Si te parece, lo dejamos de ir un poco más y ya lo celebramos junto con la Primera Comuni3n—rió.

—No, no, genial. Tendré que comprarme un traje nuevo. La ocasi3n lo merece.

—La ocasi3n y la percha, que la tienes tú que te sales. No creo que quepas en una chaqueta de las de antes, es que ahora has ensanchado tela. Mira, Candela, toca, mi hermano es puro músculo.

—No le hagas ni caso, que está un poco loca.

—Lo está, doy fe, pero yo no estoy ciega y Lucía tiene raz3n: estás que lo petas. No me extraña que esa chica se esté volviendo loca por ti—observó Candela.

—Oye, que la hermana que debe gustarte soy yo—le cogió la cara Lucía para que la mirase y ella, en un gesto de lo más divertido, le dio un pico.

—Ya te digo que le gustas, niña, más que comer con las manos. Y en cuanto a lo que has dicho tú, Candela, no tengo tan claro que Camila se esté volviendo loca por mí.

—Un poco loca sí que estará si no lo hace, hermanito. Estás como un queso y eres un tío que sabe querer a las mujeres. Venga, ¡nos vamos de compras! —exclamó Lucía.

Me hacía tremenda ilusi3n comprar ese traje para el bautizo de mi sobrino. Axel representaba para mí un premio después de unos años tan tristes y grises.

Nos fuimos a la calle y yo me hice cargo de él. Mi hermana y Candela paseaban de la mano con la alegría propia de dos crías que acaban de conocer el amor. Y, en el fondo, yo las envidiaba por ello, porque deseaba volver a experimentar eso que un día yo mismo viví con Lis.

Las compras fueron muy divertidas porque nos metimos en un centro comercial muy moderno y grande que había cerca de mi casa, con tiendas de esas muy pijas dotadas hasta de sofás para los acompañantes, de modo que ambas me obligaron a desfilas con diversos trajes de chaqueta mientras mi sobrino, que todavía no caminaba, gateaba por la alfombra.

Las dos daban grititos y yo me tapaba hasta la cara de la vergüenza que me provocaba la situaci3n, porque una señora mayor se nos acercó con su marido y se quedó perpleja.

—Francisco, ¿tú por qué no pudiste tener esa planta de joven? —le preguntó.

—Pues anda que tú eras también Ava Gardner—replicó él encabritado, saliendo como un rayo de la tienda.

—Qué hombre, si es que no se le puede decir nada. Menuda suerte va a tener la muchacha que luzca a tu lado cuando lleves ese traje, chaval.

—No sé yo, señora—le contesté dudando de que acudiese acompañado a ese bautizo.

—Pues ya te digo yo que debería haber alguna. Qué mal repartido está el mundo, ¿y estas dos? —me preguntó.

—Señora, mejor lo dejamos.

Anécdotas así hacía, por razones que ya sabéis, años que no me ocurrían. Y yo las saboreaba entre risas. El bautizo de mi sobrino me hacía gran ilusión y ver a mi hermana así de enamorada constituía otro más de los muchos regalos con los que la vida me obsequiaba en unos días en los que yo trataba de sacar el máximo partido de todo.

Finalmente, y a petición de las chicas, me decanté por un moderno traje en azul claro, muy primaveral, combinado con camisa blanca. También me compré el resto de los complementos, pues quería apadrinar a mi sobrino yendo como un pincel.

Después, salimos con todas las bolsas y las dejamos en su coche, yendo a buscar un conjunto para el crío, en blanco roto y con un ceremonioso fajín en el mismo tono de mi traje, para que fuésemos en cierto modo conjuntados.

—Renacuajo, no sé qué has hecho con mi vida, pero me tienes tonto—le comenté tras pelearme con mi hermana porque no pensaba consentir que pagase ella un conjunto que, por supuesto, le regalé yo.

Tras terminar con todas las compras, puesto que ellas ya tenían vestido para tan importante ocasión, nos quedamos comiendo en la calle.

No podía disfrutar más de esos momentos en familia y lo único que echaba de menos era una pareja a mi lado con la que poder compartir aquella felicidad, pero confiaba en que quizás Camila pudiera convertirse en esa mujer con la que no solo echase buenos ratos de motos y cama, sino muchos más.

r

—Pues anda que tú eras también Ava Gardner—replicó él encabritado, saliendo como un rayo de la tienda.

—Qué hombre, si es que no se le puede decir nada. Menuda suerte va a tener la muchacha que luzca a tu lado cuando lleves ese traje, chaval.

—No sé yo, señora—le contesté dudando de que acudiese acompañado a ese bautizo.

—Pues ya te digo yo que debería haber alguna. Qué mal repartido está el mundo, ¿y estas dos? —me preguntó.

—Señora, mejor lo dejamos.

Anécdotas así hacía, por razones que ya sabéis, años que no me ocurrían. Y yo las saboreaba entre risas. El bautizo de mi sobrino me hacía gran ilusión y ver a mi hermana así de enamorada constituía otro más de los muchos regalos con los que la vida me obsequiaba en unos días en los que yo trataba de sacar el máximo partido de todo.

Finalmente, y a petición de las chicas, me decanté por un moderno traje en azul claro, muy primaveral, combinado con camisa blanca. También me compré el resto de los complementos, pues quería apadrinar a mi sobrino yendo como un pincel.

Después, salimos con todas las bolsas y las dejamos en su coche, yendo a buscar un conjunto para el crío, en blanco roto y con un ceremonioso fajín en el mismo tono de mi traje, para que fuésemos en cierto modo conjuntados.

—Renacuajo, no sé qué has hecho con mi vida, pero me tienes tonto—le comenté tras pelearme con mi hermana porque no pensaba consentir que pagase ella un conjunto que, por supuesto, le regalé yo.

Tras terminar con todas las compras, puesto que ellas ya tenían vestido para tan importante ocasión, nos quedamos comiendo en la calle.

No podía disfrutar más de esos momentos en familia y lo único que echaba de menos era una pareja a mi lado con la que poder compartir aquella felicidad, pero confiaba en que quizás Camila pudiera convertirse en esa mujer con la que no solo echase buenos ratos de motos y cama, sino muchos más.

## Capítulo 19



Volvíamos a casa, ya por la tarde y habiendo echado el día fuera, cuando vimos a alguien llamando al portero electrónico de mi casa.

—¡Joder, es Lis! —exclamé, bajándome del coche incluso antes de que Lucía terminase de aparcar.

Yo empezaba a creer en eso de que da igual que esté siendo un buen día, porque siempre puede llegar alguien que te lo joda.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Me he enterado hoy, de casualidad. No sabía que Mario hubiese venido... Me dijo que lo de la nariz se lo hizo en una detención y yo le creí. Siento que te pusiera así en el palo, todos estamos muy mal, Axel—me confesó con ojos a punto de explotar por las lágrimas.

—No, perdona. Yo no estoy muy mal. Lo he estado, sí, pero ya no es el caso. Y ahora, vosotros, quienes os lo habéis estado pasando genial en mi ausencia, venís a haceros las víctimas, ¿no os da vergüenza? ¿Se puede saber qué has venido? —insistí.

—A contarte que me siento fatal por todo lo sucedido. Yo soy la culpable, yo lo soy.

—Sí, algo así vino a decir tu maridito, más o menos. Después se retractó, pero vaya, que vino a soltarme que si no hubiera sido por ti no me habría traicionado como lo hizo—tiré con bala porque estaba muy dolido.

—Mario no es mi marido, es mi pareja—puntualizó.

—Para el caso, da lo mismo. Y por mí, como si os casáis en la Catedral de Notre Dame en París. Si lo que has venido es a buscar mis bendiciones, ya las tienes. Me importa una mierda lo que hagáis o dejéis de hacer.

—Ojalá pudiera creerte, Axel—me dijo mirándome a los ojos porque ella me conocía muy bien.

—Paso de ti, Lis. No me vas a confundir, no cuando no dudaste a la hora de liarle con él.

—Tú no estabas en mi cabeza para decirme lo que dudé o dejé de dudar... Me costó mucho dar el paso, ¿sabes? Pero fui débil y no pude resistir la idea de pasarme años sin ti. Ponte también en mi lugar.

—Ya, es muy fácil, a toro pasado, pedirme que me ponga en tu lugar. Como si tú o alguien más se hubiera puesto en el mío. Da asco, ya todo esto huele a podrido. Y ahora, por favor, quítate de en medio, que quiero entrar en mi casa sin más intromisiones.

Ya tenía a Lucía a mi lado y ella saludó a Lis.

—Hola, Lis. Deberías hacerle caso, Axel lo ha pasado muy mal y no se merece que le remováis más.

—Lo siento, yo lo siento mucho—le dijo echándose en sus brazos.

—No, por favor, ya está bien—le indiqué contrariado porque no podía permitirme el lujo de que me tocara la fibra sensible, no cuando era yo quien se había quedado compuesto y sin novia.

Hice ademán de entrar en casa y ella me cogió por el brazo.

—Te pido por favor que me escuches, por favor—me pidió.

Lucía me hizo un gesto de que debía hacerlo y yo odié mi perra suerte en un día que iba fenomenal hasta que Lis apareció.

Candela la cogió por la cintura para dejarnos a solas y así nos quedamos.

a

—Yo nunca pude olvidarte, Axel, nunca—me confesó en ese instante y me dejó fatal.

—Ya, por eso te metiste en su cama, porque no me olvidabas—sonreí diabólicamente porque me estaba removiendo demasiado.

)

—Son cosas que pasan, si pudiera dar marcha atrás...

—Ya claro. Lo que pasa es que te has enredado un poquito más de la cuenta con él. Tampoco tanto, ¿eh? Solo has tenido un hijo y tal...

—Entiendo tu sarcasmo y hay cosas que ya no puedo evitar, pero te estoy siendo sincera, te lo prometo.

—¿Y Mario sabe que has venido a contarme eso? Porque me gustaría ver la cara que se le queda.

—No, Mario no lo sabe y, te soy sincera, no debe saberlo. Te lo pido como un favor personal.

—Ya, porque encima debo hacerte un favor. Pues mira, yo te voy a pedir otro: que no vuelvas a dirigirme la palabra nunca más, te suceda lo que te suceda y te pase lo que te pase por la cabeza, ¿te queda claro?

—Muy claro—me respondió girando sobre sus talones y, con el dorso de su mano, secándose unas lágrimas que yo debía impedir que me conmoviesen, pues no estaba para escenas.

Antes de que se perdiera del todo de mi vista, no pude evitar echar una ojeada, como en esas muchas ocasiones en las que vigilé sus pasos para comprobar que estaba a salvo, que ni el aire la rozaba, porque yo a Lis la había querido con toda mi alma, la amé hasta rozar la locura con la yema de mis dedos por ella.

Entré en la casa y, mientras Candela bañaba al niño, Lucía me habló.

—Tienes que entender que en la vida no todo es blanco o negro, Axel, también existen otros tonos intermedios. aNadie pudo librarte de tu sufrimiento, pero eso no significa que ella no sufriese.

—No quiero hablar de esto. Y, en cualquier caso, debo olvidarme de que Lis existe, de que una vez la quise más que a mi vida.

—¿Por qué no llamas a Camila? Por lo que nos has contado de ella, sabrá encontrar la forma de que os divirtáis, y eso es lo que necesitas.

—¿No te importa? Igual quedo como un maleducado si me voy y os dejo aquí, pero lo cierto es que necesito quitarme cosas de la cabeza.

—¿Es que acaso no hay confianza, tonto? Somos nosotras las que hemos asaltado tu casa, no se diga más. Venga, o la llamas tú o la llamo yo. Y, por cierto, ni una foto suya me has enseñado. Ya estás abriendo el móvil...

—Si supieras que ni una nos hemos hecho...

—Pues la de su perfil. Venga, dale.

La abrí y se la enseñé. Ciertamente, era un monumento con piernas, con sus emblemáticos pantalones de cuero y , apoyada en su moto.

—Por el amor del cielo. Candela, ven, que lo vas a flipar con la chica de Axel. Eso sí, cuidado con la cara que pones, no sea que me dé un ataque de celos—bromeó porque el buen rollo entre ellas era increíble.

Candela se acercó y lo flipó mucho con su foto.

—Hijo de la gran fruta, ¿se puede saber qué haces sentado todavía en ese sillón? Ya estás moviendo el culo para

salir con ella o te echo a palos—me dijo, porque era todavía más lanzada que mi hermana.

—“De la calle vendrán y de tu casa te echarán”, ¿no es así como se dice?

Las dos insistieron y les hice caso. Marqué el número de Camila y no hubo suerte. Me mataba el hecho de que solo estuviera cuando ella así lo decidiese y de no poder hacer nada al respecto. De todos modos, debía llegar a su corazón poco a poco, porque la conocí muy libre y no haría más que cagarla si quería correr demasiado.

Aparte, debía reconocer que igual Camila tampoco deseaba implicarse más allá de unos buenos ratos de diversión en la calle y en la cama, con un hombre que venía de vivir todo lo que yo viví. Esa idea me jodía, porque quizás pensaba que yo estaba marcado por un estigma que, en realidad, quería dejar atrás, por muy cierto que fuese que existía.

salir con ella o te echo a palos—me dijo, porque era todavía más lanzada que mi hermana.

—“De la calle vendrán y de tu casa te echarán”, ¿no es así como se dice?

Las dos insistieron y les hice caso. Marqué el número de Camila y no hubo suerte. Me mataba el hecho de que solo estuviera cuando ella así lo decidiese y de no poder hacer nada al respecto. De todos modos, debía llegar a su corazón poco a poco, porque la conocí muy libre y no haría más que cagarla si quería correr demasiado.

Aparte, debía reconocer que igual Camila tampoco deseaba implicarse más allá de unos buenos ratos de diversión en la calle y en la cama, con un hombre que venía de vivir todo lo que yo viví. Esa idea me jodía, porque quizás pensaba que yo estaba marcado por un estigma que, en realidad, quería dejar atrás, por muy cierto que fuese que existía.

## Capítulo 20



No supe de ella en todo el finde y eso debió bajarme hasta las defensas. Cuando estaba con Camila, todo mi mundo giraba en dirección al suyo, y el hecho de no saber de su persona me demostraba desinterés por su parte.

El lunes llegué al trabajo y, en contra de lo que ella esperaba, actué con cierta indiferencia. No soy amigo de las estrategias, pero había de reconocer que mostrarle entusiasmo no me estaba surtiendo efecto, por lo que traté de pasar un poco del tema a ver qué tal.

En realidad, me la encontré muy contenta y enseguida se vino para mí, rodeándome con sus brazos en un gesto muy efusivo que no esperaba, y menos en la puerta del trabajo.

Félix nos vio, porque estaba entrando, y nos dirigió una risita socarrona.

—No, si aquí liga cualquiera menos yo—rio.

—Pero si tú estás casado y bien casado, jefe—le indicó Almudena, que también apareció por allí. No iba a faltar nadie al final.

—Lo de bien casado lo dices tú, pero bueno, algo hay desde que me puse la sogá en el cuello, digo, la alianza en el dedo—hizo como que corregía, muerto de la risa.

Camila me miró y nos quedamos unos segundos rezagados, disfrutando de ese abrazo que me estaba dando mientras yo la tomé por la cintura.

—No debería decírtelo, pero te he echado de menos este finde—me vine abajo al notarla así de radiante conmigo.

—Es verdad, no deberías decirlo, pero puede, y solo puede, que estar contigo me resulte divertido también.

—Aunque más debe pareértelo estar sin mí, no he tenido la posibilidad de verte el pelo en todo el finde, bonita.

—Ya, cosas que pasan—se rio—. Pero, mira, ahora tienes la suerte de poder vérmelo.

—Ya, deja la melena de pelo Pantene quieta o te marearás, que a ti te gusta mucho marear—le dije con segundas.

—No, listillo, no se trata de eso. De hecho, como te pongas tonto, no te diré lo que tengo en la punta de la lengua para ti.

—Si sacas esa lengua para que le vea la punta te llevarás un bocado en ella, advertida quedas.

—Si tienes valor, me muerdes—me susurró provocativa.

Y sí lo tuve, claro, porque ella también tuvo las ganas de sacarme la lengua y terminé dándole un bocado.

—¿Los tortolitos tenéis intención de entrar a trabajar o me lo cargaré yo todo? Tenemos que repartirnos varias tasaciones para esta mañana—nos recordó Almudena, volviéndose desde la puerta.

—Ya vamos, ya—le dije, tras lo que me dirigí de nuevo a Camila—. Y tú me vas a decir qué es eso que estás pensando, ¿o vas a esperar a que nos den las uvas?

—Quería proponerte pasar el finde juntos, pero si te me pones chulillo, paso. Hay más de uno en la oficina que mataría por...—divagó mientras echaba el paso, el mismo que le corté agarrándola de nuevo por la cintura.

—¿Pasar el finde juntos? Joder, suena bien—le respondí pensando en que por fin veía una señal por su parte, una señal que yo estaba necesitando.

—Pues claro que suena bien, como todo lo que viene de mí. Pues nada, ya fliparás en colores, porque lo vas a flipar, como todo lo que haces conmigo—me soltó de lo más chulilla.

Lo que también soltó fue mi sonrisa, que fue a buscar a la suya. Y justo en ese instante me acordé de que ese finde no podía ser porque se bautizaba Axel.

No le dije nada en ese momento y menos porque debíamos trabajar, pero la engatusaría para que almorzase conmigo y allí se lo contaría.

Entramos y Almudena no paraba de dirigirnos esa sonrisita suya de que ya poca duda había del lío entre ambos. Y no sabía ella hasta qué punto era justo eso: un gran lío.

## Capítulo 21

Casi la rapté a la hora del almuerzo, deseoso de contarle mis planes para el finde y de que ella aceptase compartirlos, algo que no veía del todo claro.

—Camila, quería comentarte una cosilla que se me fue por alto antes. Verás...

—No me digas que tienes otros planes para el finde porque no cuela. Que sepas y entiendas que ya lo tengo todo preparado y hasta hechas las reservas.

Me faltó sudar tinta porque nada me apetecía más que perderme unos días con ella, pero obvio que no esos.

—Es que bautizan a mi sobrino y soy el padrino. Verás, podría poner un cartón así con mi figura, pero al final no charlaría demasiado y alguien terminaría por darse cuenta. El primero, el bebé, que es muy cuco—le sonreí.

—Joder, pues sí que he estado acertada—chasqueó la lengua en señal de fastidio.

—Lo siento tela, pero como comprenderás...

—La familia es lo primero, por supuesto. Ni lo dudes, ya encontraré alguien que se venga conmigo, tranquilo—me indicó y, si os digo la verdad, no me tranquilizó nada, sino todo lo contrario.

—Entiendo, aunque también hay una solución intermedia que a mí me haría ilusión, no se a ti...

—No te me vengas tan arriba, que aquí nadie ha hablado de ilusión, solo de un finde, tampoco es para tanto—me vaciló porque así era ella.

—Ok, tomo nota. No obstante, me encantaría que te lo pensases porque quiero invitarte a que vengas conmigo.

—¿Dónde? ¿No dices que tienes un bautizo? —me preguntó antes de que la cerveza casi le saliera por los ojos al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

¿—¿Tan raro te suena?

—Más que un perro verde, Axel, ¡que es el bautizo de tu sobrino!

—Y justo por eso. Te gustará, es una monada. Y mi hermana es una tía muy enrollada, al igual que su pareja. Todos estaríamos encantados, de veras.

—Todos menos yo. Lo siento, pero no me van esas cosas. Axel, tú ya comienzas a conocerme, no soy la típica novia al uso, no lo soy para nada—me recordó.

—Ya, ni tampoco eres mi novia—le indiqué un tanto molesto.

—Oye, no te pongas así, yo no te he prometido nada en ningún momento. Si era eso lo que querías...

—No pasa nada. Yo iré al bautizo y tú donde te apetezca. Total, es más de lo mismo, es lo que haces siempre—le solté con una cierta amargura.

—Lo siento, pero esta conversación se está poniendo muy intensa y no me siento cómoda, me voy a ir—me indicó mientras se levantaba de la mesa.

—Da igual, a mí también se me ha quitado el apetito, no te preocupes por nada.

Aún no habíamos pedido, por lo que salimos del local sin probar bocado, aunque a mí me dolía el estómago y no lo eché de menos.

Llegué a casa, cogí mis cosas y me fui a correr. Necesitaba despejarme. El tiro me había salido por la culata y era incapaz de discernir si Camila se comportaba como una egoísta o yo como un impaciente.

Era la primera vez que me pasaba con una pareja. Me refiero al hecho de parecer no ir al compás, de encontrarnos en momentos tan distintos. Con Lis todo resultó más sencillo y echaba de menos esa complicidad, aunque había de reconocer que cuando pasaba horas al lado de Camila saltaban fuegos artificiales.

Para colmo, al estar de bajón se me vinieron a la mente las palabras de mi ex, diciéndome que jamás me pudo olvidar. Y tuve hasta que parar de correr porque la punzada que sentí en el estómago fue considerable. De seguir así, con tanto vaivén emocional, me saldría una úlcera.

Para más inri, echaba de nuevo el paso cuando la vi. Sí, vi a Lis con Daniela de lejos, entrando en una de las unifamiliares. No me había equivocado en que se fueron a vivir a pocas calles de la mía, vaya jodienda.

Ellos sabrían el motivo, pero a mí me jorobaba. La ciudad era muy grande y lo mínimo hubiera sido poner mucha más tierra de por medio para el día en que yo saliese, aunque ahí tenía una prueba más de que solo fueron a lo suyo.

En fin, que me fue imposible quedarme mirando la escena, mientras sacaba a la chiquitina del carro. Lis me pareció de todo menos feliz, eso también he de decirlo y yo ignoraba si el motivo que había tras esa pena que divisé en sus ojos tenía o no que ver conmigo.

Estaba en la flor de la vida y se había convertido en madre, lo cual para ella también supuso siempre un sueño, que en su caso había logrado. Escuché que la llamaron desde dentro e identifiqué la voz del desgraciado de Mario por lo que entró y la perdí de vista.

Me quedé pensativo y cabizbajo, porque no podía evitar que me afectase. Desde que vino a hablar conmigo detecté esa tristeza, pero no esperaba que días después aún no se hubiese borrado de su rostro, de su precioso rostro.

Recibí un mensaje de Lucía. Me mandaba un vídeo de mi sobrino dando sus primeros pasos, un motivo de alegría más que, a pesar de serlo, no logró sacarme la sonrisa.

5A pocas semanas de haber salido de la cárcel, me veía sumido en un pozo emocional en el que no debía caer. Lo que más anhelé entre rejas, como es lógico, fue recuperar mi libertad. Y una vez recuperada, sentía que me faltaba la de poder decidir por mí mismo qué era lo que quería para mi vida.

Volví a casa en un mar de dudas y entonces, cuando menos lo esperaba, me encontré allí la moto de Camila y a su escultural figura montada en ella. No sabía cómo lo hacía, pero siempre lograba templarme en el momento en el que más lo precisaba.

A pocas semanas de haber salido de la cárcel, me veía sumido en un pozo emocional en el que no debía caer. Lo que más anhelé entre rejas, como es lógico, fue recuperar mi libertad. Y una vez recuperada, sentía que me faltaba la de poder decidir por mí mismo qué era lo que quería para mi vida.

Volví a casa en un mar de dudas y entonces, cuando menos lo esperaba, me encontré allí la moto de Camila y a su escultural figura montada en ella. No sabía cómo lo hacía, pero siempre lograba templarme en el momento en el que más lo precisaba.

## Capítulo 22



Mi guapísima motera no esperó a que le dijese nada. Ella misma vino hacía mí y comenzó a besarme. Tenerla entre mis brazos me llevaba a un estado que solo ella sabía reconocer.

A duras penas di con la llave y pude abrir la puerta. Al cerrarla detrás de nosotros, comencé a desnudarla con furia... Con la misma furia que ella empleó al despojarme de mi ropa.

En ese estado de euforia, juntos y entre risas fuimos a parar al suelo, donde tiré con mis dientes de su tanga hasta partirlo. Llevaba días echando de menos su cuerpo y lo quería para ayer, deseaba aferrarme a él porque sentía esa necesidad.

El fuego de Camila me traspasó desde el primer segundo y entré en ella ardiente hasta límites insospechados. No habría previos en esa ocasión, ya que nos cogimos con increíbles ganas.

Sus senos no tardaron en estar en mi boca y yo tiraba de sus pezones con mis dientes, provocándola y haciendo que ella terminase igual con los míos. Era juguetona, ingeniosa y versátil en la cama, donde además se mostraba como una diosa y hacía volar mi imaginación hasta olvidarme de todo lo que me rodeaba.

Le abrí mucho las piernas en ese momento en el que la penetré feliz por poder acceder a su estrecho canal, a ese en el que yo encontraba vida en la prisión de su interior. Esa sí que era una prisión placentera y no otras. Y en ella quería quedarme.

Gimiendo ella de placer me fui endureciendo más y más. Llevé sus piernas hasta mis hombros y embestí con fuerza mientras mis manos masajeaban sus senos, cuyos pezones estimulé al máximo segundos antes, dejando que asomasen del más morbosos de los modos.

No en vano, morbo era el segundo nombre de Camila quien, por sus gestos, parecía haberme extrañado tanto en la cama como yo a ella. Me gustaba, me gustaba demasiado e ignoraba si ella era consciente de cuánto.

Camila sacaba mi lado más salvaje, uno que me permitía olvidarme de Lis y de todo lo que fue nuestro mundo. Ella nunca sería una mujer convencional y no aspiraba a llenar la casa de niños a su lado, pero podría alcanzar en su compañía otro tipo de vida igualmente lleno de estímulos, una vida excitante y plagada de sorpresas que me

llevasen a entender que hay muchas formas de vivir y que todas ellas pueden ser fascinantes.

Habría vendido mi alma al diablo con tal de que se comprometiese conmigo, con tal de que me prometiese que lo intentaríamos y que trataría de estar más por mí. Pero con Camila las cosas no funcionaban así y cualquier intento de tensar la cuerda por mi parte podría provocar que esta terminase por romperse.

No debía tratar de dar pasos agigantados, sino más bien conformarme con lo que me había tocado en suerte y que no era poco. Cualquiera querría vivir momentos así de intensos con una mujer como ella, con una que no prometía nada, pero que lo daba todo cuando aparecía.

El sexo con ella me estaba robando la cordura. Camila era flexibilidad pura y las posturas que adoptaba no podían ser más sugerentes. Dentro de ella sentía que el destino me volvía a sonreír, aunque fuese ella quien lo hacía, pidiéndome más y más.

—Estoy seguro de que puedes llevarme a volar mucho más lejos—me provocaba mientras yo se lo daba todo.

—Hasta donde quieras llegar, motera—le contesté yo.

—Sorpréndeme, ¿te atreves? —me preguntó con tal morbo en su mirada que pensé que me atrevería a cualquier cosa con ella. Incluso a muchas más de las que se imaginase y que trascendieran el ámbito de la cama.

No medí palabra, salí de ella y le di la vuelta, pues en ese instante estaba sobre su cuerpo. Su misma lubricación, la que procedía de su vagina, me sirvió para humedecer su cavidad anal.

Yo ya había fantaseado con penetrarla por detrás y, por su mirada picante, supe que a ella le sucedía tres cuartos de lo mismo. El sexo no parecía tener secretos para Camila y eso era algo que yo ya llevaba ganado.

Poco a poco, entre mis dedos y esa lubricación de la que hablo, logré que dilatase y entonces me coloqué detrás de ella, que seguía a cuatro patas en el suelo. En el instante de penetrarla, volvió el rostro de golpe para no dejar de contemplar el mío y cómo lo hacía. Había lujuria en esa mirada que me decía “hazlo” de un modo que provocaba que no pudiese resistirme.

Camila tampoco se resistió a mantenerme la mirada mientras la penetré por detrás, mientras atravesé esa oscura cavidad que se fue abriendo para mí, provocándome placer a raudales.

Me noté extremadamente duro dentro de ella y comencé a moverme como si no hubiese más vida que esa que me daba el follarla, porque de eso iba aquello en una noche en la que descubrí que igual no pretendiese nada más por su parte, pero sí el ansia de ponerme al límite en lo sexual.

Sus gemidos de placer se acrecentaron de un modo que abrumaba, aunque yo no pensaba dejarme descolocar por una situación que deseé como pocas. La tomé por el pelo en el momento de comenzar a moverme al ritmo que me

marcaba su garganta, y ella me dedicaba las más lascivas de las sonrisas.

Con la otra mano, con esa que no alcanzó su pelo, me dediqué a estimular su clítoris, algo que no me resultó en absoluto complicado, ya que se mostraba cien por cien receptiva.

Obvio que no era la primera vez en el sexo anal tampoco para ella y eso me facilitó mucho las cosas, ya que apenas hubo dolor por su parte y sí sobró placer, y eso que mi pene se ensanchó bastante dado lo duro que aquella amotera me puso.

Continué penetrándola hasta que me llegó el alivio, momento en el que me desparramé en ella. Caímos sobre el suelo, ambos bocarriba, y en ese instante sí llegué a sentir una complicidad que esperaba no perder en las siguientes horas.

Con Camila tenía el problema de que me hacía rozar el cielo cuando estaba conmigo para luego hacerme descender a los infiernos cuando se esfumaba.

Nada podía reprocharle tampoco a aquellas alturas. Quizás solo quisiera pasárselo bien sin renunciar a su independencia y eso también era lícito, por mucho que a mí me jodiese.

marcaba su garganta, y ella me dedicaba las más lascivas de las sonrisas.

Con la otra mano, con esa que no alcanzó su pelo, me dediqué a estimular su clítoris, algo que no me resultó en absoluto complicado, ya que se mostraba cien por cien receptiva.

Obvio que no era la primera vez en el sexo anal tampoco para ella y eso me facilitó mucho las cosas, ya que apenas hubo dolor por su parte y sí sobró placer, y eso que mi pene se ensanchó bastante dado lo duro que aquella motera me puso.

Continué penetrándola hasta que me llegó el alivio, momento en el que me desparramé en ella. Caímos sobre el suelo, ambos bocarriba, y en ese instante sí llegué a sentir una complicidad que esperaba no perder en las siguientes horas.

Con Camila tenía el problema de que me hacía rozar el cielo cuando estaba conmigo para luego hacerme descender a los infiernos cuando se esfumaba.

Nada podía reprocharle tampoco a aquellas alturas. Quizás solo quisiera pasárselo bien sin renunciar a su independencia y eso también era lícito, por mucho que a mí me jodiese.

## Capítulo 23



No fue ese el único asalto sexual de esa noche en la que se quedó a cenar conmigo y luego caímos en mi cama.

De nuevo nos entregamos al sexo durante un par de horas, hasta que la vi levantarse.

—¿Tampoco hoy te quedas? —le pregunté.

—No tienes a la suerte, hazme el favor. Ni siquiera contabas con que viniese y ahora se supone que no me dejas ir—rio.

—Sabes que no es eso, solo que me gustaría...

—Que me quedara ya. Te veo mañana—me comentó antes de salir por la puerta.

Me dejó negando. No había nunca conocido a una mujer como ella. Me quedé pensándolo hasta caer dormido.

Por la mañana, me alcanzó en las inmediaciones del trabajo mientras iba sobre mi moto. Ella se me puso al lado en la suya y abrió la visera de su casco.

—Tienes ojeras, motero, ¿no has dormido demasiado? —me preguntó cuando me levanté la mía.

—No, alguien lo ha impedido, ¿cómo estás?

—A tope, ¿no me ves? —me contestó acelerando su moto para llegar antes que yo al aparcamiento. Así era ella.

En cierto modo, la noté más condescendiente desde el día anterior. Quizás fuese yo el que tuviera demasiada prisa y no hubiera nada de malo en que Camila quisiera ir con pies de plomo. Tenía derecho a hacerlo y yo me prometí que no volvería a forzar las cosas.

Fue ella quien me planteó almorzar juntos ese día, dado que el anterior hubimos de abortar misión, así que accedí gustoso, esperando estrechar lazos cada vez más.

—He logrado cambiar nuestro plan para el siguiente finde—me soltó en cuanto estuvimos sentados en la mesa.

—¿No me digas? Pero si yo creí que lo harías de todos modos.

—Debería hacerlo, merluzo, no me provoques.

—No, si aquí la provocadora eres tú y lo sabes—la apunté con el dedo.

—Claro que sí. Mira, Axel, sé que te sentó fatal que no aceptase ir contigo al bautizo de tu sobrino, pero es que yo no soy mucho de esas cosas. Estamos bien, nos lo pasamos genial... Deja que fluya, no trates de imponer nada, te aseguro que será mucho mejor así—me comentó.

—Si no te digo que no, pero entiende tú también que me gustaría...

—Deja la velocidad para las motos, hazme caso, será mucho mejor—me pidió cogiéndome la mano en un gesto muy cariñoso, algo a lo que yo no estaba acostumbrado con ella.

—Supongo que me hizo más pupa de lo que creía—le confesé en ese instante.

—¿Lo de tu ex? Pues supongo que sí, pero yo no soy ella ni lo voy a ser Axel. Yo no persigo los mismos fines ni creo que nos parezcamos en nada.

—Tampoco lo pretendo. No quiero que seas una réplica de Lis ni mucho menos.

—Es que yo jamás lo sería, de nadie.

—Y que lo jures. Nunca conocí a una mujer con una personalidad tan arrolladora como la tuya. Tienes una fuerza bestial y yo estoy... Estoy muy sorprendido.

—Ah, vale, que es eso—se burló un poquillo, suspirando.

—¿Y qué sería si no? —le pregunté intuyendo que me terminaría riendo con su respuesta.

—No sé, Almudena opina que estás encoñado conmigo—me soltó tal cual.

—Ya, ya... Habla mucho Almudena.

—Y yo le he dicho que no, que nos lo pasamos bien y punto—añadió para tirarme de la lengua.

—Sí, sí, claro. Demasiado bien nos lo pasamos tú y yo, ¿siempre fuiste así de lista o es algo que me dedicas solo a mí? —le pregunté.

—No, no, va en general para todos—rio.

—Me alegra saber que no te dedicas a darme morcillas en particular.

—No, no. A mí es que se me da muy bien, solo es eso.

—Genial entonces. Oye, Camila, ¿yo te gusto como para plantearte algo o solo represento una diversión para ti?

—le pregunté porque lo necesitaba.

—Me gustas lo suficiente como para plantearme repetir contigo una y otra vez, ¿vale? Eso te debería hacer pensar. Claro que eso sería si tuvieras cerebro y no serrín en la cabeza, que debe ser lo que tengas—me dijo mientras me apretaba con sus manos por cada lado de la cara y me hacía reír.

—Me gusta cuando ríes y me gusta cuando estamos juntos—le confesé.

—Pues entonces no lo jodas. Este finde tienes que ser el padrino más guapo y quiero fotos.

—¿De verdad quieres fotos? Si yo pensé que pasabas de esas tonterías, como tú dices.

—Algunas veces, y esto no debería decírtelo, hablo demasiado. Pero quédate con lo que hago y no con lo que digo.

—Pues entonces quiero fotos contigo ya. Mi hermana está deseando verlas...

—¿Tú le hablas de mí a tu hermana? Estás muy loquito.

—Yo le hablo de ti a todo el mundo. Y, si no querías que fuera así, no me hubieras buscado.

—Y encima se me pone chulo. Oye, que yo no te busqué, no te pases...

—Sí, sí que me buscaste. Di ahora lo que te dé la gana, pero desde el primer momento te lo noté y....

Y lo que pudimos discutir entre risas. Sentía que dábamos pasos, a su manera, pero los dábamos. Y la cantidad de fotos que nos sacamos en aquel almuerzo fue una prueba más de ello.

Quizás también ponerme a Camila en el camino fuese una prueba, pero del destino, para demostrarme que yo sabía controlarme, porque ella no parecía una mujer que me lo fuese a poner fácil. Quizás tampoco tan difícil y solo fuese cuestión de adaptarme, de ser menos cuadrulado y de subirme al carro de alguien que veía la vida a su manera. No más.

Comencé a ilusionarme con que lo nuestro prosperase. Lo deseaba mucho y siempre fui de la opinión de que atraemos aquello que deseamos.

;

Comencé a ilusionarme con que lo nuestro prosperase. Lo deseaba mucho y siempre fui de la opinión de que atraemos aquello que deseamos.

## Capítulo 24



La semana pasó rápida y más cuando nos íbamos de bautizo el sábado.

Camila hacía bromas con Almudena sobre el aspecto que llevaría el padrino, o sea, yo. Y así se pasaron hasta el viernes, entre risas y con ella burlona, como no podía ser de otra manera.

Lucía y Candela llegaron con el niño el viernes por la noche y se instalaron en casa. El pequeño protagonista vení tratando de dar sus primeros pasos solito, muy motivado y satisfecho por sus progresos. Y no digamos ya el resto de nosotros, que se los aplaudíamos. Camila se iba al cine con una amiga y quedamos en hablar, aunque con la ilusión de que el siguiente finde lo pasaríamos juntos.

Estuve tentado de pedirle que cambiase de planes y se pasase por casa esa noche para conocer a mi familia, pero ella llevaba razón en eso de que yo ya la iba conociendo y entendí que era mucho mejor dejar que fuera dando sus propios pasos y no forzarla. Como si fuera el crío, vaya.

El sábado por la mañana me acordaba de ella mientras que nos estábamos preparando, aunque de quien realmente me acordé fue de nuestra difunta madre, la de la Lucía y la mía, y de lo mucho que hubiese disfrutado viendo bautizarse a un nieto que no conoció.

—Sabes que estaría loca de contenta si pudiera verlo—le dije mientras que ella me pidió que cogiese a Axel para terminar de vestirse. Aquel torbellino rubio ya estaba listo y con intenciones de revolcarse por el suelo como si fuese una croqueta, razón por la que no podíamos dejarle campar a sus anchas.

—Sé que estará loca de contenta desde donde esté, que no es lo mismo, Axel—me indicó.

—También tienes razón, soy un necio. Ella no se perdería esto por nada del mundo.

—Oye, Axel, ya no podemos hacer nada por mamá, ojalá. Pero sí que tenemos un padre—me recordó.

—No, por favor, Lucía. Por ahí no vayas, te lo pido de rodillas. Yo no me llevo con papá, ese es un caso perdido.

—No le has dado ni la oportunidad de explicarse. Me dijo que te ha llamado varias veces y que no le coges el

teléfono.

—Siempre fue muy listo, lo ha cogido a la primera.

—Axel, sé que se equivocó pero, ¿quién no lo hace? Yo ahora soy madre y me da miedo pensar en que pudiera llegar a equivocarme tanto con mi hijo como para que el día de mañana no me hable. Es que me moriría de pena.

—Si es por eso, puedes estar tranquila. Papá no se moriría de pena por nadie y mucho menos por mí.

—No seas tan duro, puede que vuestra relación no fuese la mejor, pero llegar a lo que habéis llegado...

—A eso hemos llegado porque me juzgó desde que era un mico y lo sabes. Nada de lo que yo hacía o decía le complacía y su actitud hacia mí fue despreciativa. Ahí comenzó lo que tú llamas un error y que se terminó convirtiéndose en una inmensa bola de nieve, hermanita.

a—Sé que se arrepiente, Axel, te lo prometo.

—¿Y de qué se arrepiente exactamente? ¿De haberme tildado de poco menos que de asesino cuando el accidente? Porque solo le faltó declarar en mi contra, para mí que si no lo hizo fue porque no se lo propusieron.

—No es así, Axel, él te juzgó muy duramente, pero no te hubiera perjudicado, lo sabes.

—¿Te parece poco que me señalase con el dedo acusador? Me creyó capaz de cualquier cosa y todo porque saqué los pies del tiesto de joven comprándome la moto y haciéndome un par de tatuajes. A él ya le bastó para verme como un maleante. Yo nunca fui como tú para él.

—Porque yo era más lista y no me enfrentaba directamente con él, reconócelo también.

—Eso es muy cierto. Tú siempre supiste nadar y guardar la ropa, hermanita. Pero yo iba de frente y él parecía odiarme por eso.

—Ya está, ya está. Por lo que veo, no vais a llegar a ningún acuerdo sobre este tema. Será mucho mejor que lo dejéis—nos comentó Candela, quien contaba con mucha inteligencia emocional.

Hasta el crío reclamaba nuestra atención y entendí que ya estaba bien de discutir. Era día de celebración y Candela nos tomó varias fotos a Lucía y a mí con él, quien posaba zalamero y hasta parecía imitar mis poses.

—Eres el padrino más macizo del mundo—me dijo mi hermana camino de la iglesia mientras Candela conducía y el peque hacía por repetir todo lo que escuchaba a modo de lorito.

—Mira, si trata de decir “macizo”, yo me parto—comentaba Lucía, quien estaba con el crío que se le caía la baba,

algo más que lógico teniendo en cuenta que nos pasaba a todos.

Llegar a la iglesia, en la que se dieron cita varias personas para festejar el bautizo, supuso encontrarme de frente con mi padre.

Yo preferí no cuestionarme cómo sería el momento en el que nos volviéramos a ver las caras. Me jodía una barbaridad su actitud, que siempre fue muy arrogante conmigo. Si mi madre hubiese vivido, se la hubiera reprochado como siempre hizo. Es más, si ella hubiera llegado a presenciar mi detención y juicio, no le habría permitido tomar la postura que tomó, antes le hubiera costado el divorcio de ella.

Es complicado pensar que en un país en el que existe la presunción de inocencia sea tu propio padre quien te la deniegue, sentenciándote de antemano.

Según me decía Lucía, él mismo terminó tomando conciencia de que se pasó muchísimo conmigo, pero para mí era tarde. Ya me había acostumbrado a vivir sin una palabra de aliento de su parte y tampoco la necesitaba.

Todo lo que me ocurrió fue muy duro, aunque me sirvió para comprobar quién era quién en mi vida. Y ese hombre me habría engendrado, eso no podía yo negarlo, pero de ahí a que fuese mi padre había un trecho que él no cruzó jamás.

Lucía tenía razón, no obstante, en lo que me dijo: que él no parecía el mismo. Aun así, yo no estaba por la labor de aflojar y casi tuve que esquivarle.

¿

—Axel hijo, qué alegría verte—murmuró.

—Qué lástima que no pueda decir lo mismo—le espeté.

Lucía me miró suplicante, porque de no cejar en mi empeño por ponerle en su sitio, cabía la posibilidad de que le jodiésemos el día a ella y a Candela. Y eso no me lo perdonaría en la vida, más siendo como era el padrino del niño y adquiriendo ese día una responsabilidad con él.

a

,

,

algo más que lógico teniendo en cuenta que nos pasaba a todos.

Llegar a la iglesia, en la que se dieron cita varias personas para festejar el bautizo, supuso encontrarme de frente con mi padre.

Yo preferí no cuestionarme cómo sería el momento en el que nos volviéramos a ver las caras. Me jodía una barbaridad su actitud, que siempre fue muy arrogante conmigo. Si mi madre hubiese vivido, se la hubiera reprochado como siempre hizo. Es más, si ella hubiera llegado a presenciar mi detención y juicio, no le habría permitido tomar la postura que tomó, antes le hubiera costado el divorcio de ella.

Es complicado pensar que en un país en el que existe la presunción de inocencia sea tu propio padre quien te la deniegue, sentenciándote de antemano.

Según me decía Lucía, él mismo terminó tomando conciencia de que se pasó muchísimo conmigo, pero para mí era tarde. Ya me había acostumbrado a vivir sin una palabra de aliento de su parte y tampoco la necesitaba.

Todo lo que me ocurrió fue muy duro, aunque me sirvió para comprobar quién era quién en mi vida. Y ese hombre me habría engendrado, eso no podía yo negarlo, pero de ahí a que fuese mi padre había un trecho que él no cruzó jamás.

Lucía tenía razón, no obstante, en lo que me dijo: que él no parecía el mismo. Aun así, yo no estaba por la labor de aflojar y casi tuve que esquivarle.

—Axel hijo, qué alegría verte—murmuró.

—Qué lástima que no pueda decir lo mismo—le espeté.

Lucía me miró suplicante, porque de no cejar en mi empeño por ponerle en su sitio, cabía la posibilidad de que le jodiésemos el día a ella y a Candela. Y eso no me lo perdonaría en la vida, más siendo como era el padrino del niño y adquiriendo ese día una responsabilidad con él.

## Capítulo 25



A excepción de las veces en las que mi padre trató de entablar conversación conmigo, algo a lo que me negué, pero sin llegar a formar ningún escándalo, lo pasamos muy bien.

Yo no podía perdonar al hombre que me acusó de haberme drogado de una manera irresponsable, acabando así con la vida de ese pobre chico.

Obvio que no fui un santo y que cometí errores en el pasado como cualquiera, pero eso no significaba que pudiese llegar a hacer algo así, porque no.

Llegué a casa solo, dado que mi hermana y Candela habían de volver a la suya debido a que tenían un compromiso a la mañana siguiente en el lugar en el que vivían, fuera de la ciudad, celebrando con sus amigos el bautizo del niño allí.

Apenas llevaba una hora en casa cuando escuché el rugido de la moto de Camila en la puerta y el corazón me dio un brinco. Estaba en ropa de casa, pero no dudé en abrir de inmediato y me la encontré allí en la puerta, más chula que un ocho.

—Ey, molaba esa fotito que me mandaste antes con el mico. Las beatas de la iglesia se te han debido rifar, ¿tienes alguna por ahí escondida o prefieres venirte conmigo? —me preguntó sorprendiéndome, porque en principio no habíamos quedado en nada y pensé que no la vería hasta el lunes en el curro.

—¿Crees que el trasero de alguna beata podría competir con el tuyo? —le pregunté contento y con ganas de entrar a vestirme para coger mi moto y largarme con ella.

—Ya sé yo que no. Venga, estás tardando en vestirme.

Quedaba mucho noche por delante y ella tenía ganas de quemarla. Se le notaban las ganas de marcha desde ese momento y fueron a más conforme pasaban las horas.

Llegué a la conclusión de que con esa motera me funcionaba genial la táctica de no presionar en absoluto. Cuanto menos insistía, más aparecía como extrañarme.

Comenzamos la noche en un par de pubs en los que nos movimos al ritmo de unos grupos de música en directo que hacían buen rock. A los dos nos apasionaba y bailamos, cantamos y reímos.

Después de eso, le dio por decirme que debíamos acercarnos a ver a Fopi y a los demás chicos, pues quedamos en pasarnos algún día tras verlos en la concentración.

A mí se alegraron de verme, pero a ella le dieron una bienvenida espectacular, algo que le sentó fenomenal, pues parecía haber nacido para destacar.

En una noche en la que no esperaba nada con ella, me la encontré encantada de que hiciéramos cosas juntos, que incluyeron el típico jueguecillo de beber tequila en el ombligo de la chica, algo a lo que ambos nos prestamos, si bien solo se trató de un sorbo porque yo no pensaba aunar alcohol y moto por nada del mundo.

Cuando por fin nos despedimos de todos ellos, nos fuimos a mi casa y allí terminamos la noche de la manera más cañera posible, tanto que poco nos faltó para ver el amanecer mientras lo hacíamos.

De nuevo quise retenerla para dormir con ella, aunque para eso faltaba más porque se me resistía. Tenía la sensación de que ya quedaba menos y de que, poco a poco, se estaba colando por mí tanto como yo por ella.

—Me voy, no te flipes tú tanto—me advirtió.

—Sí, pero el próximo fin de semana sí que lo pasaremos entero juntos—le recordé.

—Eso ha sonado a amenaza, ¿a que lo cancelo? —rio.

—Tienes tan pocas ganas de cancelarlo como yo, ¿por qué no te quitas nunca la coraza?

—No lo entenderías—negó con la cabeza.

—Ven aquí, dame un último beso—tiré de su brazo.

—Tengo que irme ya, no te me pongas tontorrón.

—Tú me haces ponerme así.

—A mí no me echas la culpa—rio.

—¿Te he dicho ya que me encanta cuando te ríes?

—¿Y yo te he dicho que eres un pasteloso?

—Eres tremenda, te prometo que eres tremenda—negué.

—Y lo estoy, lo mejor es que también lo estoy, no me vayas a decir que no.

—Ni se me ocurriría decir tal cosa, guapa.

Se largó sacándome la lengua y preferí no preguntar si la vería al día siguiente. Con ella todo era una montaña rusa, pero me quedaba con la alegría de que quiso buscarme esa noche en la que pasamos otra serie de momentos maravillosos que ya no nos quitaba nadie.

Contaba las horas para que llegase el siguiente finde. Estar con ella con la seguridad de que no se largaría corriendo en un momento dado era una gozada. Y lo mejor fue que no tuve que proponerlo yo.

Quise dormir unas horas porque lo cierto era que llevaba un ritmo vertiginoso. En la cárcel me había acostumbrado a una rutina de horarios que nada tenía que ver con lo que empecé a vivir fuera de ella.

Dormí durante la mañana y la tarde la pasé haciendo pesas y otros ejercicios. No quería descuidarme porque hay tiempo para todo y porque me había costado lo mío llegar al estado físico que logré en aquellos años que viví aislado del mundo.

Por fin todo comenzaba a salirme bien y tenía la sensación de que iría a mejor. Yo solo quería una vida sin mayores sobresaltos y poder compartir diversión y todo lo demás con una mujer que me llenase. Y Camila, no siendo para nada lo que siempre tuve en mi vida, lo hacía. Y cómo.

—Eres tremenda, te prometo que eres tremenda—negué.

—Y lo estoy, lo mejor es que también lo estoy, no me vayas a decir que no.

—Ni se me ocurriría decir tal cosa, guapa.

Se largó sacándome la lengua y preferí no preguntar si la vería al día siguiente. Con ella todo era una montaña rusa, pero me quedaba con la alegría de que quiso buscarme esa noche en la que pasamos otra serie de momentos maravillosos que ya no nos quitaba nadie.

Contaba las horas para que llegase el siguiente finde. Estar con ella con la seguridad de que no se largaría corriendo en un momento dado era una gozada. Y lo mejor fue que no tuve que proponerlo yo.

Quise dormir unas horas porque lo cierto era que llevaba un ritmo vertiginoso. En la cárcel me había acostumbrado a una rutina de horarios que nada tenía que ver con lo que empecé a vivir fuera de ella.

Dormí durante la mañana y la tarde la pasé haciendo pesas y otros ejercicios. No quería descuidarme porque hay tiempo para todo y porque me había costado lo mío llegar al estado físico que logré en aquellos años que viví aislado del mundo.

Por fin todo comenzaba a salirme bien y tenía la sensación de que iría a mejor. Yo solo quería una vida sin mayores sobresaltos y poder compartir diversión y todo lo demás con una mujer que me llenase. Y Camila, no siendo para nada lo que siempre tuve en mi vida, lo hacía. Y cómo.

## Capítulo 26



Y por fin llegó el finde siguiente, después de una semana en la que me estuve viendo de manera intermitente con Camila.

El viernes por la tarde, yo había salido a correr de nuevo. Quedamos a partir de las ocho con la intención de irnos con nuestras motos a la sierra a ocupar ese lugar que Camila reservó para ambos.

Se trataba de todo un detalle por su parte al que yo no tardaría en corresponder con otro. Eso lo tenía bastante claro mientras corría en dirección al parque, cuando también vi a Lis haciéndolo.

Al contrario de lo que podáis imaginar, ella no lo hacía en ropa de deporte como yo, sino vestida de casa y con la sillita de Daniela, en lo que me resultó la escena más inusual del mundo.

Estuve por acercarme para ver qué le sucedía, pero opté por no hacerlo. Supuse que estaría en algún apuro, pero me pudo el orgullo y no me metí para nada en sus asuntos. Ella ni siquiera me vio. Me extrañó que su mirada era rara, como la de un zombi, muy falta de vida.

Me quedé bastante rayado con la escena y, de hecho, no me la quité de la cabeza según corría, hasta el punto que de vuelta a casa me pasé por delante de la suya por si la volvía a ver aparecer, ya que me dio la impresión de que corría sin rumbo fijo.

Mi intuición no me engañó, y cuando me acerqué a la casa, Lis estaba allí de vuelta con Daniela, aunque parecía no atreverse a entrar en ella. O también pudiese ser que no pudiera.

Me agaché para observar la escena y terminé por quedarme loco cuando ella le suplicaba a Mario que la dejase entrar y el otro, desde la ventana, comenzó a chillarle.

—Putá, tú te has ido antes, pues ahora atente a las consecuencias—le dijo y la sangre se me encendió como pocas veces en la vida. ¿De verdad la había insultado de esa forma?

—Yo no quería irme, pero temí que volvieses a levantarme la mano, Mario—le contestó con tristeza.

—Te la levanto cuando te lo mereces. No sé cuántas veces te lo tengo que explicar, pero como por lo visto tienes las neuronas muy justitas, de vez en cuando tengo que recordártelo de otra manera.

No pude soportarlo ni un segundo más y salté su verja, algo que el otro no esperaba. Ni ella tampoco.

A Mario se le salieron las bolas de los ojos y yo no dudé en retarlo para que saliera de la casa. En mi situación, me la estaba jugando porque además él era un poli, pero me importaba un comino. No consentiría que nadie le hiciera daño a Lis, eso jamás en la vida.

—Hijo de puta, sal de ahí ahora mismo, ¿tú le pegas? ¿Le pegas a Lis? Sal y mídete conmigo si eres hombre.

—¿Has ido a buscarle, puta? ¿Has sido tú? —le preguntó él desde el mirador del salón, por el cual no le saqué de la pechera porque había rejas, que si no...

—Ella no ha hecho nada y lástima que no lo hiciera. Lo he visto todo, criminal, ¡sal de ahí!

—Esto no te incumbe, Axel. Sabes que soy poli y, si me da por llamar a comisaría, haré que revisen tu orden de libertad.

—¿Y crees que eso me importa? ¡Que salgas!

—Tú lo has querido—me dijo con gran parsimonia.

No reconocía al que siempre fue mi amigo y tampoco era el mismo tipo que vino a buscarme días atrás para pedirme perdón, ¿todo fue un papel? Parecía que sí.

—Axel, no lo hagas, vete, ¡que te vas a buscar la ruina! —me advirtió Lis.

—No, no te preocupes. La ruina me la buscaría si no interviniese, si le dejase hacer—le dije apartándola.

Llegamos a los puños de inmediato y nos dimos con todas nuestras fuerzas. Nunca imaginé que pudiera descargar tanta ira contra Mario, aunque en realidad él no parecía sentir menos hacia mí.

No sé a qué vecino le daría por llamar a la policía, porque él no llegó a hacerlo, pero un par de agentes llegaron enseguida para desesperación de Lis, quien no paraba de gritar y apoyaba a la pequeña Daniela contra su pecho para que no presenciara la dantesca escena.

—Jose, David, menos mal que llegáis, ¡ha venido a mi casa a agredirme! Es un antiguo conocido y no es la primera vez que lo hace, ya me dio días atrás, ¡detenedle! —les pidió a sus compañeros, los cuales sacaron las esposas.

—No, por favor, ¡no lo hagáis! —chilló Lis.

—Apártate, por favor, Lis—le pidieron porque la conocían a través de Mario—. Vamos a detener a este tipo.

—No, él no ha hecho nada, solo quería defenderme—les soltó en ese instante.

?

! —¿De qué está hablando, Mario? —le miraron con preocupación.

—Esta furcia se lo está inventando todo porque fue su novia. Él llevaba años preso y, al soltarle, resulta que a ella se le ha vuelto el coño loco, ¿podéis creerlo? —les preguntó en el más despreciativo de los relatos.

—Mario, tú no puedes hablar así de tu pareja, ¿qué haces? Vamos a llevarte también a comisaría, allí lo aclarareis todo.

—¡Y una mierda! No hay nada que aclarar, ¿estáis chalados o qué? Os acabo de contar lo que pasa aquí y no me vais a llevar a ninguna parte.

—Mario, tío, tienes que tranquilizarte—le pidieron.

—¡Y un carajo me voy a tranquilizar! —les gritó justo en el instante en el que sacó su arma reglamentaria y apuntó a Lis.

Sin pensarlo, y en un acto reflejo, di un salto desde el lado y le tumbé, haciendo que el arma saliera disparada hacia ellos, que la cogieron.

—Axel, mi Axel—murmuró ella mientras sus ojos se hicieron un río de lágrimas.

—¡No tenéis nada en mi contra, hijos de puta! ¡Vosotros me habéis obligado a esto! —chilló él mientras sus compañeros le reducían—. Ha sido él, ¡me odia porque Lis era su novia!

—Declararé contra él, me maltrata—les aseguró ella muerta de miedo, pero firme—. Y también tengo otra cosa que declarar, él nos ha hecho demasiado daño a todos: Axel fue a la cárcel por tener un accidente en el que un chico resultó muerto. Le habían drogado y fue Mario—sentenció.

Todo mi mundo, como lo conocí hasta ese momento, comenzó a dar vueltas como una peonza. Ni siquiera pude reaccionar y, viendo el cariz que tomaron los acontecimientos, él ya estaba en el coche patrulla, puesto que sus compañeros actuaron con rapidez antes de que yo pudiera tomar cartas en el asunto.



## Capítulo 27



Un rato después estaba con Lis en comisaría. El propio comisario Torres salió a tomarle declaración, dado que el denunciado era uno de los suyos y el asunto bastante turbio al haber llegado hasta a sacar la pistola.

Fue en su propia declaración donde escuché todos los detalles.

—Al principio de nuestra relación todo fue maravilloso—le contó—. Mi novio estaba en prisión y yo lo había pasado muy mal. Mario comenzó a frecuentar mi casa y yo me dejé querer. Me sentía muy sola y angustiada, creo que usted podrá entenderlo. Y resultó que el mejor amigo de mi novio se convirtió primero en mi paño de lágrimas y luego en la persona que hacía porque yo entrara y saliera, porque me comenzara a distraer, por quitarme cosas de la cabeza. Yo no podía con mi vida. Y, aunque en el fondo de mi corazón nunca pude olvidar a Axel—y creo que Mario lo sabía—, un buen día me encontré en una relación con él.

—Prosiga, ¿en qué momento comenzaron los problemas?

—Pues unos meses después de que comenzásemos a salir. Yo no conocía la verdadera cara de Mario, de lo contrario jamás habría aceptado salir con él. Fue entonces cuando empezó con ciertas salidas de tonos que yo no podía encajar y que no me cuadraban en el Mario que yo creía conocer, en uno que resultó ser más falso que Judas y que pronto llegó a ponerme incluso la mano encima. Yo estaba fuera de mí porque nunca lo hubiese imaginado. Verá, él siempre se mostró como el amigo ideal y solícito. Si hasta llegué a creerme que hizo todo lo posible por ayudar a Axel tras su detención... Cuando lo cierto es que él mismo fue quien, aprovechando la pelea que se formó la noche en la que Axel tuvo el accidente, le drogó.

—¿Tenía usted algún conocimiento de tal circunstancia? —me preguntó el comisario.

—Jamás en la vida pude sospecharlo—le fui sincero porque yo no iba a renunciar a mis principios, no echándole más mierda encima de una manera gratuita, por mucho que le odiase en esos instantes.

—¿Y cómo tuvo usted conocimiento de eso que está declarando? —se dirigió entonces a Lis.

—Al poco de nacer mi bebé, mi hija Daniela—le contó. Un agente se había quedado con ella fuera del despacho

mientras el comisario la interrogaba y también a mí, no llegando a llevarme al calabozo como a Mario.

Para mí que ese hombre sí que tenía mucha psicología y que supo ver en Mario ciertas actitudes que no le casaron en un poli íntegro en aquel tiempo. Vaya, que debía tener la mosca detrás de la oreja porque no parecía demasiado sorprendido.

—¿Y cómo exactamente?

—Fue en un entorno un poco íntimo, me da algo de apuro contarle, aunque sé que debo hacerlo.

—Sí, hágalo, se lo ruego—le pidió y ella me miró.

—Pues verás, sucedió en una noche en la que él quiso, ya me entiende... Estábamos en nuestro dormitorio y digamos que me andaba buscando. Las cosas ya no iban bien entre nosotros por lo que le he contado, porque Mario mostraba en casa una cara irascible y violenta que nada tenía que ver con la imagen que la gente tenía de él

, —Eso ya me lo figuro, siga.

—Al no encontrarme receptiva, comenzó a dar puñetazos y a culparme por no desearle. Entonces se rio de una manera malvada y me dijo que el origen de todos nuestros males estaba en Axel y que se alegraba mucho de haber quitado a ese hijo de puta de la circulación. Lo siento, fueron sus palabras literales.

—No tiene que sentirlo, debe contarle así.

—Yo me quedé sin reacción y entonces siguió riendo de esa forma tan perturbadora, revelándome que fue él quien se encargó de drogarle porque deseaba que se matase en la carretera.

—¿Y le reveló la razón?

Yo estaba aturdido, en la vida hubiera sospechado del que fue mi hermano y del que hizo el papelón del siglo tratando de ayudarme tras mi detención.

—Mario me confesó llevar años odiando a Axel porque estaba enamorado de mí. De hecho, cuando el accidente sucedió él salía con una chica llamada Olga, quien puede corroborar mi versión, porque la dejó diciéndole que yo era el amor de su vida. Él quiso ocupar el lugar de Axel y no le dolieron prendas a la hora de enviarle a la cárcel para poder hacerlo. Y después de contarme todo esto, me amenazó de muerte si lo revelaba alguna vez. Y otra cosa que avala mi versión...

—Dígame.

—Mi hermana Alba vino a buscarme esa noche a petición de Mario, quien la llamó, así se aseguró de que yo no

iría con Axel en su moto. Mi hermana no me contó lo de esa llamada hasta años después porque no le dio importancia, pero cuando me sinceré con ella, contándole todo lo que sabía porque era mi confidente y jamás me hubiese delatado, ese detalle salió a la luz y me puso los vellos de punta.

)

—De ser eso cierto, va a ser difícil de demostrar a estas alturas porque sería la palabra de Lis contra la de Mario, lo siento mucho—me indicó el comisario.

—No se preocupe, esta noche Mario va a expiar todos sus pecados, los que puedan demostrarse y los que no—concluí.

Lo decía con conocimiento de causa porque lo mío quizás no pudiera demostrarse, pero los malos tratos hacia Lis sí. De hecho, ella tenía más de un informe médico sospechoso y esa misma tarde él la había intentado agredir, dejándole más de una marca al sujetarla con fuerza antes de que pudiese salir corriendo. Además, sus compañeros escucharon cómo se refería a ella y le vieron sacar el arma, y nadie le salvaría de una condena por violencia de género, la misma que acabaría con su carrera profesional, cuando nada le llenó más que convertirse en poli en su juventud.

A Mario lo pondrían a disposición judicial el lunes y a ella le informaron de que podía pedir una orden de alejamiento a la que se acogió desde ese mismo momento.

r

n

iría con Axel en su moto. Mi hermana no me contó lo de esa llamada hasta años después porque no le dio importancia, pero cuando me sinceré con ella, contándole todo lo que sabía porque era mi confidente y jamás me hubiese delatado, ese detalle salió a la luz y me puso los vellos de punta.

—De ser eso cierto, va a ser difícil de demostrar a estas alturas porque sería la palabra de Lis contra la de Mario, lo siento mucho—me indicó el comisario.

—No se preocupe, esta noche Mario va a expiar todos sus pecados, los que puedan demostrarse y los que no—concluí.

Lo decía con conocimiento de causa porque lo mío quizás no pudiera demostrarse, pero los malos tratos hacia Lis, sí. De hecho, ella tenía más de un informe médico sospechoso y esa misma tarde él la había intentado agredir, dejándole más de una marca al sujetarla con fuerza antes de que pudiese salir corriendo. Además, sus compañeros escucharon cómo se refería a ella y le vieron sacar el arma, y nadie le salvaría de una condena por violencia de género, la misma que acabaría con su carrera profesional, cuando nada le llenó más que convertirse en poli en su juventud.

A Mario lo pondrían a disposición judicial el lunes y a ella le informaron de que podía pedir una orden de alejamiento a la que se acogió desde ese mismo momento.

## Capítulo 28



Salía de comisaría con ella y con Daniela cuando me acordé de Camila. Miré mi móvil, el cual había silenciado al entrar, y me encontré una llamada perdida de ella.

Camila no era ninguna mosca cojonera y no insistió más. Una sola llamada, una hora después de esa en la que quedó conmigo, le bastó para dejarlo estar, por mucho que le jodiese.

Se la devolví y me encontré con el teléfono apagado. Lo lamenté cantidad por ella, pero no pude hacer otra cosa.

Lis parecía aterrorizada tras haber puesto punto final a su convivencia con ese maldito que nos la jugó a ambos, convirtiéndonos en un par de desgraciados...

—Si lo hubiese imaginado aquella noche, la primera vez que os vi al salir de la cárcel, no sé qué habría hecho—le confesé—. En la puerta del bar, me pareció que erais una pareja normal...

—En la calle se comportaba de un modo muy cariñoso, el calvario llegaba en casa. Tengo miedo de volver a entrar en ella, Axel.

—Esta noche os venís conmigo—le aseguré, porque no tenía duda de ello.

Así lo hicimos, tras pasar por la suya para coger las cosas de Daniela.

Lis temblaba como un flan cuando acostó a la peque y se vino para la cocina.

—Te fallé en todo, Axel, lo siento. Debí denunciarlo cuando me reveló su crimen...

—¿Y de qué hubiera servido? Es cierto que eso ya no puede demostrarse. El muy cabrón de él se encargó de callarlo durante el tiempo suficiente.

—Eso es muy cierto, ya había pasado mucho tiempo y sucedieron muchas cosas.

—Siento por todo lo que has tenido que pasar, Lis, lo siento de corazón—le confesé.

Abandoné la actitud hostil con ella al entender que había sido otra víctima de la situación, y que quizás sufrió tanto o más que yo. Por mí, que Mario se pudriese en la cárcel después de haberse atrevido a ponerle la mano encima a la que fue la mujer de mi vida, a esa Lis que tenía delante de mis narices y que siempre fue mi Lis. Sin más...

—¿Y tú me lo dices? Ojalá él nunca hubiera estado en nuestras vidas. Y lo peor es que se trata del padre de mi hija, de Daniela, aunque si te digo la verdad no es un buen padre.

—Ya me lo figuro, ese hijo de perra no ha dado la talla en nada y os ha hecho sufrir—le dije poniéndole una taza de caldo en la mano.

—No imaginas cuánto... Con el paso del tiempo no podía evitar el ir comparándole contigo en todo... Cuando me quedé embarazada de mi hija, yo ya no le quería, pero él me la jugó. Me hizo ver que fue un descuido por su parte en la cama, uno de tantos, porque le pasaba de vez en cuando. Ya sabes que las pastillas anticonceptivas me caen fatal y él me decía que se apartaría a tiempo. Sé que no era un método fiable, pero se ponía muy nervioso cuando le decía de usar otro. Siento contarte esto a ti, pero quiero que entiendas que no busqué un embarazo con él porque ya solo quería huir, le tenía miedo... Eso sí, quiero a Daniela con toda mi alma y, pese a no buscarla, mi hija es mi mayor tesoro, Axel.

—Y es normal. Siempre quisiste ser madre...

—Siempre, tú lo sabes mejor que nadie—murmuró y se le escapó alguna lágrima.

—Ya, ya, estate tranquila—se la borré con mis dedos y a punto estuve de besarla.

Mis sentimientos por ella, en cuestión de horas, estaban volviendo a parecerse a los que siempre tuve, pero la situación resultaba muy confusa y no quería meter la pata.

Lis estaba como en shock con todo lo sucedido y eso sería lo último que necesitase, por lo que me limité a convertirme en su apoyo en una noche en la que ambos terminamos sentados en el sofá contándonos todo lo que había sido nuestra vida en aquellos años de ausencia.

Diría que el relato nos dolió a los dos al mismo nivel, pero que fue necesario para sanar ciertas heridas que debían comenzar a cicatrizar.

—Yo nunca, nunca, pude olvidarte, Axel. Por eso vine a decírtelo el otro día, porque necesitaba echarlo fuera.

—Y yo no quise escucharte, es que no podía.

—No soportaba que Mario hubiese venido a verte para seguir con el engaño. Cuando supo de tu salida, quiso que

las cosas quedaran medianamente en paz entre ambos para que nunca sospechases nada y para que tampoco te diese por pensar el tipo de hombre que era conmigo. Él sabía que no lo soportarías y quiso hacer contigo lo que ya había hecho antes: engañarte. Yo hubiera querido revelarte toda la verdad ese día, pero no pude, el miedo me paralizó.

—Y nada puedo reprocharte: has sido muy valiente declarando todo lo que has declarado esta noche. Nunca entendí por qué el destino me jugó esa mala pasada y hoy, por fin, lo entiendo todo. Mario movió los hilos para buscarme la ruina y apartarme de ti.

—Pero nunca lo consiguió del todo—me confesó ella entrecerrando los ojos y deseando por mi parte un beso que no le di por estar todavía demasiado confuso.

La conversación se prolongó durante horas y yo le ofrecí que se quedase en mi cama, en la que un día fue nuestra, cosa que no aceptó.

—Eres tú quien debe quedarse en ella, de verdad—me decía.

e

i—No voy a hacerlo, sabes que no. Hazlo tú.

Optamos por quedarnos los dos en el sofá y, de madrugada, caímos dormidos hasta que al alba escuché el lloriquear de Daniela. Miré a su madre, quien estaba exhausta, y me levanté a por la cría.

—Bonita, mami está muy cansada, de manera que yo te preparé el bibi, ¿te fías de mí? —le preguntaba mientras ella balbuceaba un “mamá” de lo más salado como preguntando por ella.

La niña era preciosa y tan parecida a Lis que me estremecía teniéndola en brazos y pensando que habría podido ser mía. Nunca había odiado a nadie, pero a Mario le odié por haberme traicionado de ese modo para usurpar mi lugar, el muy maldito.

Cuando Lis abrió un ojo, me encontró dándole el bibi a la niña y me sonrió.

—Creía estar soñando pero no, es verdad. Y se te da muy bien, bandido.

i—Tú me dirás, comienzo a tener práctica con los pequeñajos, ¿sabes que soy el padrino de Axel?

—¿De tu sobrino? Qué bueno, serás el mejor padrino del mundo. Ese crío tiene suerte. No me porté bien tampoco con Lucía, siento que no lo hice bien con nadie.

—Lucía no te lo tiene en cuenta. Oye, ¿cómo es que vinisteis a vivir a este barrio? ¿Otra maniobra de ese miserable?

—Sí, creo que le congratulaba sentir que no solo vivía conmigo, sino en el mismo sitio que tú—me confirmó encogiéndose de hombros.

—Pues ahora vivirá una temporadita en un lugar un poco menos confortable, sé de lo que hablo.

—Tenemos que buscar un buen abogado, lo necesito, Axel.

—Yo tengo el mío, te atenderá de mil amores. Lo hizo genial conmigo y se preocupó de mí durante el tiempo que estuve allí dentro. Más de una visita me hizo. Con él te irá genial.

—Ok, pues hablaremos con él...

—Sí, creo que le congratulaba sentir que no solo vivía conmigo, sino en el mismo sitio que tú—me confirmó encogiéndose de hombros.

—Pues ahora vivirá una temporadita en un lugar un poco menos confortable, sé de lo que hablo.

—Tenemos que buscar un buen abogado, lo necesito, Axel.

—Yo tengo el mío, te atenderá de mil amores. Lo hizo genial conmigo y se preocupó de mí durante el tiempo que estuve allí dentro. Más de una visita me hizo. Con él te irá genial.

—Ok, pues hablaremos con él...

## Capítulo 29



A media mañana, Lis se fue para su casa tras llamar a su hermana Alba.

Su confusión mental solo podía medirse con la mía y ella entendió que sería mejor así.

Por la tarde, me pasé a verlas y Alba me acogió con un gran abrazo.

—Gracias por cuidar tan bien de mi hermana, sé que nadie lo hizo nunca como tú—me reconoció y después me dio un par de sonoros besos.

Entré con ellas y el olor que procedía de la cocina me resultó un tanto familiar.

—Por el amor del cielo, ¡qué bien huele! —exclamé.

—Es el bizcocho de limón con nueces de mi hermana. Le he dado la chapa para que haga uno porque así se entretiene y, además, que tiene que comer, que se está quedando en los huesos. Díselo tú también, a ver si a ti te hace más caso.

—Pues no sé yo si me hará alguno, porque nunca me hizo demasiado—me burlé entrando en la cocina, donde Daniela, que comenzó a andar antes que Axel y ya lo hacía con soltura, pese a tener su misma edad casi clavada, se vino hacia mí.

—A esta chiquitina parece haberle caído muy bien—me comentó Lis viniendo también hacia mí y dándome un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás? —le pregunté haciéndole una carantoña.

—Lo mejor que se puede estar dadas las circunstancias, además de que mi hermana me quiere cebar. Dile algo...

—Es que algún que otro kilito te vendría bien coger, Lis. En eso no le puedo quitar la razón a Alba.

—Ni en eso ni en nada o te corto el pelo sin tijeras, que lo sepas—me dijo su hermana yendo hacia el horno y

comprobando que la masa estuviese subiendo.

—Me estoy metiendo en terreno pantanoso—afirmé—. Me voy al jardín a jugar con la peque.

En un momento de mi vida en el que ya había descartado, pese a sobrarme edad para ello, el ser padre, los niños me rodeaban por todas partes. Y yo comprobaba eso de que donde están ellos hay alegría, muchísima alegría.

Las chicas salieron con una gran jarra de limonada casera y a Lis se le mezclaba la pena con el entusiasmo en el rostro. Eso sí, ella tenía una dura batalla que llevar adelante y era consciente de ello.

Pasamos la tarde charlando y, si os soy del todo sincero, sentí como si hubiese retrocedido en el tiempo y en todos los sentidos, puesto que lo cierto es que Camila apenas apareció por mi mente.

Sé que puede sonar un tanto egoísta por mi parte, porque me lo había pasado formidablemente bien con ella mientras necesité distracción y, de pronto, como que ya no la necesitaba.

Toda mi atención se centraba en Lis y en Daniela, así como en que estuviesen bien.

Cerca de la hora de la cena dije de irme y ellas no me lo consintieron.

—¿Y quedarte sin probar el bizcocho que ha hecho mi hermana? A ti se te han muerto muchas neuronas desde que no te veo, chaval—me decía Alba, quien siempre me tuvo gran cariño igual que el resto de la familia de Lis.

Ante semejante proposición, no pude más que quedarme a cenar con ellas y, unas horas después, Alba se quedó dormida con Daniela encima mientras la mecía en el gran columpio con colchoneta que había en el jardín.

—¿Una copa? —me ofreció entonces Lis y no pude rechazarla.

—Ok, no pienso conducir esta noche.

—Sigues sintiendo pasión por montar en moto, ¿verdad?

—Sí, Lis, perdí muchas cosas en el camino, pero no esa.

—Siempre me gustó montar contigo, mucho—me indicó junto con una sonrisa nerviosa y ladeada—. Me daba seguridad, esa no la volví a sentir con nadie—me confesó.

—Podríamos dar una vuelta uno de estos días, si te apetece...

—Sí, tendría que cuadrarlo para que se quedasen con Daniela, pero me encantaría. No quiero que pienses que tengo muchos pajaritos en la cabeza y soy consciente de que ahora he de pensar en muchas cosas, pero...

—Yo no te estoy juzgando, Lis, no lo estoy haciendo. Me encantaría volver a llevarte en mi moto, ¿y esa copa? — le quité hierro al asunto.

La corriente de atracción entre ambos resultaba evidente. Al poner la copa en mi mano, nuestras pieles se rozaron y sentí esa especie de electricidad que me recorría de arriba abajo siempre que ella me tocaba en el pasado. Era como, si de pronto, todos mis sentidos resucitasen, volviendo a la vida de un modo que me hacía pensar más de la cuenta.

No me tomé una ni dos, sino tres copas con ella charlando de todo y de nada, tres copas que resultaron suficientes ; para que su boca y la mía casi se rozaran al despedirnos, un tanto contentos por efecto del alcohol, quedando en vernos al día siguiente.

—Yo no te estoy juzgando, Lis, no lo estoy haciendo. Me encantaría volver a llevarte en mi moto, ¿y esa copa? — le quité hierro al asunto.

La corriente de atracción entre ambos resultaba evidente. Al poner la copa en mi mano, nuestras pieles se rozaron y sentí esa especie de electricidad que me recorría de arriba abajo siempre que ella me tocaba en el pasado. Era como, si de pronto, todos mis sentidos resucitasen, volviendo a la vida de un modo que me hacía pensar más de la cuenta.

No me tomé una ni dos, sino tres copas con ella charlando de todo y de nada, tres copas que resultaron suficientes para que su boca y la mía casi se rozaran al despedirnos, un tanto contentos por efecto del alcohol, quedando en vernos al día siguiente.

## Capítulo 30



El domingo, me pasé por su casa a media mañana.

Dimas, mi abogado, se personó allí para hablar con ella. Ya venía con su declaración leída, puesto que se la enviamos.

Cuando terminó de darle todas las directrices para el día siguiente, en el que ella debería ratificarse en el juzgado, se dirigió a mí.

—¿Y tú qué harás con tu tema, amigo? —me preguntó.

—No voy a meterme en una tortuosa batalla judicial contra él en la que ni siquiera pueda demostrar nada.

—Quizás estés más de suerte de lo que piensas, colega.

—¿Por qué dices eso? Sería la palabra de Lis contra la de él, ya me lo dijo el comisario.

—Sí, pero anoche me pasé por el bar y resulta que el propietario había colocado unas cámaras días antes de la pelea, precisamente porque allí se montaba mucho follón, y eso lo desconocía Mario. Vengo de visualizarlas y, ¡bingo! Tienes tu oportunidad de vengarte de ese malnacido.

No lo esperaba para nada y tuvo que ser Lis la que me animase a hacerlo, pues pese a odiarle no salía de mi ensimismamiento.

—No puedes dejarlo correr, Axel, no debes. Mario ha de pagar por todo lo que te ha hecho. Y, es más, te lo pido como un favor, porque el daño nos lo hizo a los dos.

—Tienes razón. Dimas, iremos a por todas.

—Pues entre unas cositas y otras, os aseguro que a Mario se le va a caer el pelo en la cárcel, eso lo podéis dar por hecho.

—Una verdadera lástima. Lo único que siento es lo que siento—dijo ella mirando a Daniela.

—Pues no lo sientas tanto porque a esta niña le va a sobrar cariño, todos la adoramos. Hasta Axel, ¿verdad? —intervino Alba, que seguía allí, brindándole todo su apoyo a su hermana.

—Por supuesto que sí.

Comenzamos a prepararlo todo y Dimas se fue a la hora del almuerzo, la cual me quedé en casa de Lis. En realidad, me sonaba extraño lo de permanecer en la casa que ella compartió con Mario, pero es que en aquellos días todo era muy raro.

Tras el almuerzo, Alba se prestó a quedarse con la pequeña, animándonos a salir.

—Hermana, se te quedará cara de coliflor hervida si no sales un poco a que te dé el aire. Y nada me gustaría menos que Mario te vea mal mañana, debe verte fuerte y bien. Y si es contenta, mucho mejor. Axel, a ti te lo encargo, no te digo nada—me advirtió.

—No le hagas caso a esta lianta, que seguro que tú tienes un buen puñado de cosas que hacer—me comentó Lis.

—Pues sí que tengo que hacer una cosita, ahora vengo. Oye, ponte el mono y espérame aquí.

—¿El mono de la moto? —me miró con asombro.

—No, si te parece va a ser el mono Amedio. Pues claro que ese, guapa. Vuelvo en un santiamén.

Entré en casa y me puse el mío. Saqué mi moto y pensé en lo mucho que me apetecía coger curvas esa tarde con ella de paquete.

Al llegar de nuevo a su puerta, subido ya en la moto, me encontré con la más dulce de las moteras ataviada con su mono y dedicándome una mirada que se parecía demasiado a las de antaño.

—Venga, sube, que no te haré rabiarse recordándote que es mi niña—le dije risueño.

—No empieces con eso o no me subo, ¿vale?

—Vale, vale...

Se subió y se cogió fuerte a mí. Durante los años que permanecí en la cárcel, soñé noche sí y noche no con llevarlo así detrás de mí, con sus brazos rodeando mi torso y disfrutando del aire libre lo mismo que yo mientras nos bebíamos los kilómetros.

Sin prisa pero sin pausa, fui saliendo de la ciudad. Todavía nos quedaban muchas horas de sol por delante y quería disfrutarlas todas con ella, a bien que entendía que por la noche tendría que devolverla a casa, y antes de que el reloj marcara las doce, que en ese sentido me habría traído más cuenta salir con la Cenicienta.

No estoy loco si digo que a lomos de mi moto nuestros corazones se acompasaron, puesto que los monos no impedían que yo sintiera el latir del suyo y que reconociese sus latidos en los míos, por lo semejantes que resultaban.

Curva a curva, fui disfrutándolas muchísimo con ella hasta llegar a un bar de la sierra con una gran terraza en la que más de una vez contemplamos el atardecer juntos.

Pequeños gestos como aquellos fueron los que me faltaron durante años y de golpe y porrazo volvía a poder saborearlos, ya conociendo el importante significado que tenían y lo mucho que valían.

Ella todavía se mostraba apurada y a mí me costaba mirarla directamente a los ojos, más que nada porque en ellos era consciente de que podía perderme y no sabía si nuestra historia estaba aún por escribirse o no.

Dejé que todo fluyese mientras nos pedimos un zumo tropical que nos sirvieron con una presentación de auténtico lujo, la cual le entusiasmó. Siempre supo Lis disfrutar mucho de cada pequeño detalle, aparte de que fue quien me enseñó a disfrutarlos también.

Antes de la puesta de sol, comenzó a sonar “Valió la pena” de Mark Anthony, en versión salsa, y a ella se le fueron solos los pies.

No dudé en ofrecerle mi mano para que se levantara y comenzara a bailar conmigo, como tantas veces lo hicimos. No pareció que hubiésemos perdido complicidad y yo la manejaba vuelta a vuelta mientras ella las daba y remataba cada figura con un juego de brazos que siempre me pareció el más elegante de la pista.

Tras bailar esa canción y otras varias, y quedarnos tan cerca el uno del otro que llegué a temblar de ganas de besarla, caímos en que era el momento de que el sol se ocultase.

Ella se puso de espaldas a mí y yo la tomé por la cintura, un gesto que le gustó, pues me lo demostró al ladear el rostro para regalarme una bonita sonrisa.

Quién hubiese sospechado tan solo unos días antes que podríamos haber vivido una historia semejante cuando ni siquiera a nosotros se nos pudo pasar por la cabeza.

Mientras abrazaba su cintura de avispa, me deleité con la fragancia floral de su pelo, una que tampoco pude olvidar durante mis años privados de libertad. Es más, solía dormirme con ella y despertarme de la misma forma, por lo que inspiré e hice que entrase en mí pensando en que esa vez la estaba disfrutando directamente, sin necesidad de imaginarla.

a

.

)

!

.



## Capítulo 31



Avisé a Félix de que ese día no iría a trabajar. Era lunes y Camila no me había devuelto mis llamadas, me la imaginaba trepando por las paredes, pero ese día tenía un tremendo toro que lidiar y no podía estar a todas a la vez.

Primero nos pasamos por comisaría para poner en conocimiento del comisario las grabaciones en las que se observaba con claridad cómo, en el momento en el que me doy la vuelta, Mario saca un pequeño envase de plástico de su bolsillo y vierte todo su contenido en mi copa, gesto con suficiente entidad como para que mi denuncia hacia él prosperase.

Por otra parte, esa misma mañana tendría Lis que declarar nuevamente contra él por lo que el fiscal terminó calificando como un delito continuado de violencia doméstica, viendo el tema lo suficientemente claro para ello.

Mario, de hecho, perdió por completo los nervios en su declaración y a punto estuvo de quedarse preso ese día. A lo justo se libró a la espera de juicio, al considerar la juez que no había indicios que llevaran a pensar que él huiría de una ciudad en la que tenía raíces.

Eso sí, en virtud de la orden de alejamiento que le habían impuesto, no podía comunicarse con Lis por ningún medio ni tampoco acercarse a menos de 200 metros de su persona. Y en cuanto a las visitas a la peque, también se estableció que quedarían en suspenso hasta la llegada del juicio, que se celebraría en breve.

Si digo que no vi su mirada desafiante a la salida del juzgado, miento. Lis se mantuvo a mi lado en todo momento y yo seguí a Mario en esa mirada que no me amedrentó en lo más mínimo.

Después, nos fuimos juntos a comer y la tarde la pasé con ella y con Daniela.

A todo esto, mi hermana estaba al tanto de lo sucedido, no dando crédito, y nos seguía los pasos de cerca a través del teléfono, amenazándonos con venir pronto a vernos con Candela y el niño.

Supongo que Lis sabía lo que estaba por venirnos tanto como yo, puesto que comenzaba a cuidarla y mimarla como un día lo hice, con la diferencia de que aún no la había tocado, por mucho que ya fantasease con ello.

La tarde fue mi amena, ya que ella preparó merienda que tomamos en el parque y yo derroché energía con Daniela, quien ya se movía por sí sola con mucha agilidad.

Se trataba de una niña pizpireta y despierta que se estaba encariñando mucho conmigo, lo mismo que yo con ella.

Sucedió al volver a casa y no era descartable. Un sexto sentido me avisó de repente de que algo malo ocurría a nuestro alrededor. Fue justo después de que, por primera vez en aquellos días, la besase.

Mario debía llevar ya rato espiándonos y vio la ocasión perfecta para salir, navaja en mano, y tratar de clavármela. No era la primera vez que me clavaba un puñal por la espalda, por mucho que en la anterior ocasión lo hiciese de modo metafórico y a la chita callando, pero sí quedó claro que venía a pincharme en algún órgano vital, cosa que pude evitar tirándole al suelo de una patada.

Cuando has pasado años en la cárcel, ya no es tan fácil pillarte desprevenido en una de esas. También has visualizado muchas situaciones complicadas y sabes cómo zafarte de ellas, aunque igualmente he de reconocer que la suerte estuvo de mi lado porque yo estaba fuerte, pero Mario no era ningún escuchimizado.

Acerté a pedirle a Lis que se metiera en casa. Jamás me habría perdonado que algo malo le hubiese sucedido en el transcurso de la que se convirtió en una reyerta en toda regla.

Observé el pánico en sus ojos mientras yo le chillaba que lo hiciera por la niña. Y gracias al cielo entonces salió corriendo.

Era mucho el odio que acumulé en esos días contra Mario y eso jugó a mi favor. A puñetazos, pude retenerlo mientras una Lis ya a resguardo llamó a la policía, no tardando en llegar un coche patrulla.

—Hijo de puta, me has jodido la vida—repetía una y otra vez mientras que sus compañeros lo metían en el coche.

—Tuve buen maestro, Mario, tuve buen maestro—le aseguré a quien había sido para mí la peor de las alimañas, un tipo que parecía ser mi hermano y que en realidad era un enemigo en potencia, el peor de los enemigos que un hombre pueda tener.

Lis había salido ya de la casa, dejando a Daniela metida en su parquecito acolchado, y no dudó en venir a abrazarme. Yo no esgrimí ningún puñal en contra de Mario, pero aún hoy no me cabe ninguna duda de que hubiera preferido que le metiese uno por el costado antes que ver esa escena.

Mario fue para nosotros como una especie de célula cancerígena que se metió en nuestras vidas con la intención de salir vencedor y abatirnos, pero tanto Lis como yo le plantamos cara a tiempo y pudimos curarnos de ese mal, de un mal amenazante que estuvo a punto de terminar con nosotros.



## Capítulo 32



Esa noche me negué a separarme de ella. Ni yo quería hacerlo ni Lis tampoco.

—¿Y si nos vamos a mi casa? ¿Y si nos vamos a casa? —le pregunté con la más amplia de mis sonrisas y se me echó a llorar encima.

De nuevo acumulamos una ansiedad muy fuerte en un episodio que haría que Mario ingresase en prisión a la espera de juicio, de varios juicios ya, porque se le comenzaban a acumular.

No en vano, no solo quebrantó la orden de alejamiento que le habían impuesto, sacándolo del servicio activo y haciendo que tuviese que entregar su arma reglamentaria, sino que se hizo con una navaja y vino a atacarnos expresamente.

Recogimos las cosas de Daniela y, tal y como hice la primera noche, me las llevé a casa, con la diferencia de que en aquellos pocos días ya nos habíamos acercado mucho.

Entraba con ellas en la casa cuando escuché un sonido de moto, volviéndome y viendo que se trataba de Camila a quien le dio por venir a visitarme, por muy cabreada que estuviese conmigo.

A Lis no se le fue por alto que una chica nos estaba mirando y que, tras hacerlo, aceleró a tope y se esfumó.

—He tenido algo con ella estas semanas—le conté cuando entramos en la casa.

—Claro, es normal, ¿estás enamorado de ella? —me preguntó con pena.

—¿De Camila? No. Con ella me lo pasé bien, no te lo voy a negar, pero de quien estoy enamorado es de ti—le confesé mientras besaba sus labios, ya a salvo de atacantes.

—¿Vuelves a estarlo? ¿Vuelves a quererme? —me preguntó mientras rompía a llorar y se echaba en mis brazos.

—No vuelvo a quererte, mi niña, es que nunca dejé de hacerlo, nunca logré que te me fueses de la cabeza.

—Yo también te quiero, Axel, no sabes cuánto te quiero—me confesó mientras me devolvía esos besos que tan bien nos supieron y que la zalamera de Daniela aplaudía haciendo gorgoritos.

Juntos, la bañamos, le dimos de cenar y la acostamos. La peque disfrutaba muchísimo y su disfrute era el nuestro. Eso sí, una vez que se hubo dormido, comenzó el placer adulto que tanto ansiábamos ambos.

Nada había cambiado en su figura después de ser madre. Lis, si acaso, parecía más mujer, más empoderada y hasta diría que un punto más picante, si bien es cierto que su dulzura seguía siendo el factor más destacable de aquella que me continuaba volviendo tan loco como la primera vez.

Se dio una ducha y la esperé encima de la cama, de esa cama que tantas noches nos esperó a ambos desocupada y en la que volveríamos a retozar como tantas veces nos vio hacer.

Mi masculinidad, que ya estaba bastante alta, se hizo más patente aún a través de mi bóxer cuando la vi aparecer con aquel conjunto de ropa interior en un tono rosa tan elegante como ella y que contrastaba con el dorado de su pelo.

—Maravillosa—le confesé antes aún de tocarla y con el corazón haciéndome piruetas en el pecho, pues aquello que íbamos a hacer tenía una parte en común con el sexo, pero distaba mucho de ser solo eso.

Ella avanzó hacia mí y mis manos comenzaron a cubrirla de caricias. Cada uno de los centímetros de su piel que iba palpando constituía para mí un obsequio mayor aún que el anterior.

—Estar contigo sí que lo es—me confesó mientras se ahuecaba en mi pecho y, por unos segundos, entrecerraba los ojos.

Si algo no teníamos ninguno de los dos era prisa. Nos esperamos durante años, por lo que podíamos esperarnos un poco más mientras nos embriagábamos con el perfume del otro y disfrutábamos del simple roce de nuestra piel, un roce que nos insuflaba vida a ambos.

Cuando la hube acariciado a mi antojo, haciendo que su piel se erizase, la tumbé sobre la cama y me la comí a besos. No literalmente, pero poco me faltó.

Besé cada uno de los centímetros de su piel y, tras recorrerla de cabeza a pies y viceversa, terminé por bajar por su escote, el cual acaricié camino de sus senos. Ya la tenía totalmente desnuda y en ellos me recreé una barbaridad, dado que me resultaron incluso más exquisitos de cómo los recordaba, pues la maternidad los había redondeado más y hasta diría que le habían aumentado alguna que otra talla.

La forma en la que deleitaba mis oídos con sus gemidos de placer me ponía muchísimo, me sacaba de mis casillas y tenía que gestionarla bien en mi cabeza para que no diera al traste con un primer encuentro que aspiraba a alargar cuanto pudiese.

De sus senos bajé, siguiendo su línea alba, hasta sus perfectamente depilados labios vaginales, los cuales abrí con fascinación con mis dedos, pero degusté con mi lengua y poniendo en ello mis cinco sentidos.

El rosado de su clítoris hacía el juego al resto de su vagina y a él le dediqué las más entregadas de mis caricias bucales. Escuchar cómo sus gemidos iban a más, con la boca entrecerrada y mordiéndose el labio inferior en muchos momentos me hacía enloquecer cuando ella se desparramó para mí.

No resultaba extraño que se llamase Lis porque mi chica era una flor, una flor que se abría para mí en una primavera que me estaba alterando la sangre más aún de lo esperado.

Le sonreí al ver cómo los colores afloraban a sus mejillas y entendí que era hora de pasar a mayores. También me lo indicó esa mano suya que, viniendo hacia mi bóxer, hizo por liberar mi pene.

La penetré con ahínco mientras avanzaba en ella con la sensación de que volvía a casa, de que recuperaba mi vida de que en ningún otro lugar podría tener una acogida más calurosa que esa.

Sobre Lis, mi mirada se fundía con la suya y noté que la adoraba más incluso que antaño, porque en ese instante valoraba lo que fue creer haberla perdido para siempre.

Comencé con una estocada lenta y profunda para seguir con varias más rápidas y rítmicas. También su corazón iba cogiendo ritmo y Lis demostraba una entrega que me hacía vibrar de un modo espectacular, que me llevaba a querer poseer a esa grácil criatura más que a ninguna otra.

Con Lis se paraba el tiempo y ella tenía la capacidad de hacer añicos el resto de recuerdos. Con mi adorada rubia entendía que podían existir muchas vidas, pero que solo una merecía la pena ser vivida.

1

nAmbos funcionábamos con el otro como una enorme bocanada de aire fresco que nos hacía revivir. Lis no tardó en colocarse encima de mí, pues también ella quería obsequiarme con la sensualidad de una cadera cuya cadencia me enamoró más que nunca.

Eso pasaba, que en cada uno de sus movimientos yo caía rendido a los pies de la mujer que siempre amé y a quien tan bien conocía en la cama como fuera de ella, porque yo sabía muy bien cómo lograr que llegara a la cima del placer una vez tras otra.

Mientras me cabalgaba, excité su clítoris y logré llevarla de nuevo a un éxtasis que se desparramó sobre mí como la más estimulante de todas las lluvias, como una que me dio vida.

Quedaban muchas horas por delante, horas en las que el sexo más delicado y romántico se fundiría con ese otro más indómito que nos llevó a dar lo mejor de nosotros mismos.

La forma en la que la dulzura de su rostro iba dando lugar a esas facciones mucho más insinuantes provocaba que me quedase mirándola de una forma que solo podía darse en un hombre enamorado de la mujer que un día se adueñó, y para siempre, de su corazón.

Tuve que volver a hacerle el amor para entender que yo no solo estuve preso unos años, sino que lo estaría de siempre, con la diferencia de que la cárcel de Lis, esa de la que no podría escapar, era una especie de paraíso terrenal en el que moría de pasión.

Cuando por fin quedamos aliviados ambos, tras horas haciendo eso que se nos daba maravillosamente bien, reviví el placer de poder abrazar a la persona amada sin miedo a que coja el pescante y te deje a solas con tu frustración.

Lis no tenía la más mínima intención de irse. Sus ojos me lo decían. Ella había vuelto a mi vida para quedarse y yo... Yo solo podía admirarla como si se tratase de la más preciada creación del universo, dado que eso era ella para mí.

—Te quiero tanto—le reconocí mientras nuevamente la cubría de besos.

—No más que yo a ti, mi amor—me contestó de inmediato porque hay respuestas que salen solas.

—No quiero volver a vivir ni una sola noche sin ti. No tendría ningún sentido, ¿te quedarás aquí?

—¿Y dónde si no? ¿Dónde podría estar mejor? —me preguntó mientras las lágrimas de emoción asomaban a sus ojos.

Solo nos habían hecho falta unos pocos días para reencontrarnos de nuevo, para volver a unir nuestras vidas, porque de eso se trataba: de revivir una unión que jamás debió romperse, ya que nuestra relación nació unida por el más sólido de los pegamentos: el de un amor verdadero que derrochamos del primer día al último que pasamos juntos.

Atrás quedaban unos años tumultuosos en los que nos pudimos perder para los restos de no ser porque hay sentimientos con los que la maldad no puede arrasar por mucho que se empeñe en ello.

1

Si me hubiese quedado una sola noche de vida, si no hubiese tenido la magnífica oportunidad de volver a ver la salida del sol, habría querido pasarla con ella y justo como sucedió.

Por la mañana, nos despertamos a la par con los gorgoritos de Daniela, que actuó como el mejor de los despertadores. Juntos y riéndonos, nos vimos amanecer en la misma posición abrazada de cuando nos dormimos.

Nada me reconfortaba más que cubrirla de abrazos y comprobar al mismo tiempo que tampoco ella quería renunciar a dárme los.

Mientras le preparó el bibi a la niña, yo le preparé el desayuno a ella a la par que el mío. Desde el primer día quería exprimir la sensación de poder hacer esas pequeñas cosas con ella.

Por cierto, que Lis, que había encaminado sus pasos hacia el diseño, no trabajó en los últimos años porque así se lo pidió Mario en cuanto se quedó embarazada. Por lo visto, no fue un buen embarazo, seguramente debido a los muchos disgustos que él le daba, lo cual le sirvió para retenerla en casa y ponerla más a su merced, puesto que no le permitió reincorporarse a su puesto una vez que la niña tuvo unos meses.

Mario trató de cortarle las alas, o los pétalos, porque ya digo que la consideraba una flor. Y esas cosas, nunca, nunca, salen bien.

Mientras le preparó el bibi a la niña, yo le preparé el desayuno a ella a la par que el mío. Desde el primer día quería exprimir la sensación de poder hacer esas pequeñas cosas con ella.

Por cierto, que Lis, que había encaminado sus pasos hacia el diseño, no trabajó en los últimos años porque así se lo pidió Mario en cuanto se quedó embarazada. Por lo visto, no fue un buen embarazo, seguramente debido a los muchos disgustos que él le daba, lo cual le sirvió para retenerla en casa y ponerla más a su merced, puesto que no le permitió reincorporarse a su puesto una vez que la niña tuvo unos meses.

Mario trató de cortarle las alas, o los pétalos, porque ya digo que la consideraba una flor. Y esas cosas, nunca, nunca, salen bien.

## Capítulo 33



La dejé en casa con la cría mientras me iba a trabajar.

Mi deseo era que ella pronto pudiese hacer lo mismo, y no por motivos económicos, que eso me daba igual, sino porque ansiaba verla realizada como siempre lo estuvo.

Félix me salió al paso nada más llegar, preocupado.

—Por el amor de Dios, chaval, ¿estás seguro de que saliste ileso del ataque de ese animal? Todavía se me ponen los vellos de punta cuando lo pienso.

—Todo salió bien. Te debo el día de ayer, no creas que se me olvida. Cuenta conmigo para lo que quieras.

—Pues serás tú el que me ayudes con las maletas el día que me marche de casa, que cada día está más cercano. Te cojo la palabra...

—Y puedes estar bien tranquilo, porque no pienso que ese día vaya a llegar nunca—me comentó Almudena.

—Y que lo digas. Oye, ¿dónde está Camila? —le pregunté al ver que no se encontraba en su sitio.

—¿Y tú me lo preguntas? Yo qué sé... Te ibas de finde con ella, me lo contaste, ¿qué pasó?

—Que la dejé más tirada que una colilla, vuelvo a estar con Lis—le conté.

—¡Madre mía! Ahora sí que se convierte esto en un culebrón. Pues vaya ambiente más bonito que vamos a tener en el despacho. Yo muy pronto me cojo una baja por depresión hasta que amaine el temporal.

—Aguanta el genio que tú estás muy feliz siempre, ¿qué me cuentas de depresiones? —le preguntó Félix.

—Una excusa como otra cualquiera, jefe, aunque la que debe estar deprimida es ella a causa del rompecorazones este, ¿y tú se lo has contado ya? —me preguntó.

—No, aunque poca falta hace. Pasó anoche por mi casa y nos vio.

—¿Con la moto? ¿Y no te atropelló? Mira que esa chica parece de armas tomar, tú sabrás con quién te juegas los cuartos. Ains, así la noté yo ayer por la mañana muy rarita—me comentó.

—Pues aún no conocía lo que me traía entre manos, aunque algo sospecharía.

—Ya te digo yo que sí. Porque la policía no es tonta, ¿tú has escuchado eso? Pues esta chica todavía menos, menuda espabilada. Un tanto rara, pero espabilada.

—¿Y tú la has llamado? Es raro que no esté aquí.

—A ver, tampoco la veo de llorar yo por los rincones. Si ya sabe lo que hay, más bien te querrá acuchillar, aunque yo le aconsejaría que se pusiera a la cola porque tienes contento al personal, según me ha contado Félix.

—Sí, creo que súper contento, no veas.

—Nada, pues la chiquilla no me coge el teléfono. Esa igual se ha ido a quitarse el encabronamiento con un grupo de moteros, ya aparecerá.

—Pues espero que pronto, que hay trabajo para jalar y tirar por alto—nos indicó Félix, a quien las cosas le iban muy bien.

Tuve varias visitas ese día, aunque no por eso dejé de pensar en que no hice bien las cosas con Camila. Fueron surgiendo así y sentí dejarla tirada en el momento en el que parecía dar pasos en mi dirección, después de que al principio fuese demasiado a su aire.

Al mediodía, volví a mi despacho y vi que seguía sin dar señales de vida.

—Deberías darme su dirección porque me estoy empezando a preocupar—le comenté a Almudena—, ¿la puedes mirar en el ordenador?

—No me digas que no sabes dónde vive. Qué niña esta, menudos ovarios que tiene, hace y deshace a su antojo. Díselo a la nueva recepcionista, a Elina, que no hace ni el huevo, a ver si mueve un poco el culo.

—Eso es verdad, ¿qué hace aquí esta chica?

—Es sobrina de Pili, así que también lo es de Félix, y por eso... Que Pili se lo ha pedido, menudo cabreo que tiene el jefe con la parienta a consecuencia de eso.

—Ah, vale, de ahí lo del cachondeito del divorcio.

—Eso mismo. Oye, Axel, que no se te olvide el casco—me indicó.

—¿Cuándo he conducido yo sin él, Almudena?

—Si lo más peligroso no es conducir, sino el piñazo que te puede soltar Camila cuando le abras la puerta. Vaya, que no te lo quites.

—De verdad que cómo eres.

—Realista, que esa niña tiene muchos bríos y si no ha venido a trabajar, a saber de qué leche estará. Tú ándate con cuidado.

—Tampoco será tan fiero el león como lo pintan, Almudena.

—O sí y te da un zarpazo que te escoña vivo.

—Yo no tenía nada serio con ella y lo sabes, no llegó a ser mi novia.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Pero ello no evita que te la estuvieras zumbando y que igual tiene un principio de úlcera de estómago de verte con Lis. Hay gente que no sabe lo que quiere hasta que lo pierde, te lo recuerdo.

Me fui hacia Elina y supe que era de lo más normal que a Félix se le hiciera la sangre agua con aquella huevona que no hacía más que mirarse la manicura y suspirar mientras dejaba correr el tiempo sin dar palo al agua.

—¿Me puedes decir cuál es la dirección de Camila?

—Imposible, no puedo por política de privacidad, no sea que pierda el trabajo—me indicó resoplando.

—Sí, sí, ese que tanto cuidas.

—¿Qué insinúas? A mi tío que vas, que es el jefe, ¿o es que no te has enterado?

—Sí, sí. Yo me he enterado y él, para su desgracia, también. Déjate de tonterías, mujer, y dámelo.

—Que no, que no me da la gana, que tengo que buscarlo y todo, tengo el programa cerrado.

—Pues déjame, que ya lo busco yo.

—Sí, hombre, para que parezca que no trabajo, con las panzadas de currar que me doy yo. Espera, anda, que eres muy pesadito—me dijo mascando chicle ese personaje que era más vago que el fango y que le subía la tensión al jefe con solo pasar por allí.





## Capítulo 34



Elina me dio la dirección de Camila y decidí ir a buscarla. No me sentía bien y sabía que Lis lo entendería, porque mi chica era muy comprensiva y a mi compañera le debía una explicación.

Además, que por respeto a todos los que trabajaban en la empresa, pero en especial a Félix, yo debía procurar que nos llevásemos lo mejor posible, y eso pasaba por tratar de excusarme y explicarle el porqué de mi plantón.

Algo me decía que igual Camila no era tan dura como aparentaba y mi actitud le hubiese jodido. A veces pasa que la persona que menos lo esperas es la más vulnerable y el que no hubiese aparecido a trabajar después de verme con Lis me puso en alerta.

Llegué a un edificio de apartamentos que se correspondía con su dirección y aparqué mi moto. Allí no había garaje ni la suya estaba aparcada, lo que me dio por pensar que tuviese alquilada una plaza en algún otro edificio cercano.

Camila solo llevaba unos meses trabajando en la empresa, pero todos la apreciaban, y yo debía hacer porque las cosas volvieran a la normalidad. Y si para eso tenía que aguantar el chaparrón, pues lo aguantaba y punto.

Llegué a la letra A de la quinta planta y llamé al timbre. Sonreí al pensar que no seguí al pie de la letra las indicaciones de Almudena, pues me había quitado el casco. Según ella, había que tener valor para hacerlo, era muy simpática y graciosa, aparte de que miraba mucho por mí.

Ya me iba, pensando que Camila no estaba en casa tras varias llamadas al timbre, cuando me abrió la puerta un señor muy mayor y un tanto sordete con el que tuvo lo suyo entenderme.

—No, no, yo no he pedido ninguna mesa de camilla me decía poniéndose la mano en el oído como para amplificar el sonido—. Jodidos sonotones, ¿dónde habrán caído? —se decía a sí mismo.

Muy extrañado, y consciente de que iba a resultar muy complicado entenderme con él, piqué la puerta de su vecina de al lado exponiéndole el caso.

—¿Una chica motera? Ya quisiera Luciano que viviese ahí, ese viejo verde está más salido que el pico de una

plancha, tendrías que ver las miraditas que nos echa a todas—me indicó una mujer de mediana edad y con pinta de critica—Que digo que, si vinieran de un tío como tú, viva la Pepa, pero que te haga una radiografía un carcamal de esos, como que no—se quejó.

—¿Y no puede ser que me haya equivocado de piso pero que viva en este edificio? Es una chica muy guapa, morena con ojos verdes, llama la atención.

—Aquí solo hay una chica así, la hija de mi vecina Asun, pero tiene 15 años y está todo el día escuchando reggaeton, loca de la cabeza me tiene. Oye, ¿tú no serás un pervertido? Porque por muy guapo que seas, como vengas buscando a la niña, te parto en el lomo el palo de la fregona.

A lo justo salí de allí y, por lo que me explicó otra vecina bastante más confiable con la que me crucé, en ninguno de los apartamentos vivía ninguna chica con el nombre ni la descripción de Camila.

Desconcertado, lo comenté con Lis al llegar a casa, puesto que no quería que hubiese secretos entre ambos, y me dio su parecer.

—¿Tú no dices que la Elina esa no sirve ni para estar escondida? Pues al saber cómo le tomó la dirección. Has hecho bien en buscarla, eso me dice que no me equivoqué contigo, nunca. Reconozco que me escuece un poquito, porque los celos van por libre, pero esa chica merece una explicación por tu parte.

—Pues lo cierto es que no sé cómo dar con ella, porque el teléfono lo tiene apagado e ignoro dónde encontrarla. Me hubiera gustado poder explicarle, pero...

—Ya aparecerá por las oficinas, no creo que se la haya tragado la tierra, Axel.

—No sé qué decirte, Camila es muy suya e igual le da hasta por dejar el trabajo.

—Chico, pues anda que los trabajos están como para dejarlos. Hablando de eso, hoy he comenzado a echar currículums online y no pierdo la esperanza de que me llamen pronto de algún sitio, ¿tú lo crees?

—¿Y cómo no lo voy a creer si se te van a rifar, amor? Por supuesto que sí. Oye, se me ha ocurrido una idea para mientras, ¿qué te parecería si hiciésemos una escapada con mi hermana y Candela? Estoy seguro de que a ellas le encantaría y, con todo lo que llevamos arrastrado, para mí que nos vendría fenomenal. Y seguro que los pequeños disfrutarían mucho juntos. Vaya par que están hechos.

—Me parece una idea fantástica y me apetece mucho. La preparación de los juicios contra Mario también se me hace muy cuesta arriba y estaría bien desconectar y cargar pilas.

—Pues venga, les hacemos una videollamada y se lo proponemos, ¿y si nos marchamos de puente a la playa?

e—¿Playa has dicho? Muero por eso. No se diga más, ¡vamos a ver qué nos dicen ellas!

Me fascinaba ese ánimo con el que se lo tomaba todo. Tras la agonía que pasó con el gusano de Mario, Lis había vuelto a la vida como el Ave Fénix que resurge de sus cenizas. Y yo disfrutaba lo indecible de verla así.

Mi hermana y Candela asintieron de inmediato y a mí me hizo gran ilusión poder hacer planes con las que eran todas las chicas de mi vida, incluida la pequeña Daniela, y con el renacuajo de Axel, que también me tenía ganada el corazón.

Me sentía pleno. Después de años sin ver a los míos, estaba viviendo un sueño en el que aparecía rodeado de toda la gente a la que adoraba, y eso, sinceramente, no tenía precio.

—¿Playa has dicho? Muero por eso. No se diga más, ¡vamos a ver qué nos dicen ellas!

Me fascinaba ese ánimo con el que se lo tomaba todo. Tras la agonía que pasó con el gusano de Mario, Lis había vuelto a la vida como el Ave Fénix que resurge de sus cenizas. Y yo disfrutaba lo indecible de verla así.

Mi hermana y Candela asintieron de inmediato y a mí me hizo gran ilusión poder hacer planes con las que eran todas las chicas de mi vida, incluida la pequeña Daniela, y con el renacuajo de Axel, que también me tenía ganado el corazón.

Me sentía pleno. Después de años sin ver a los míos, estaba viviendo un sueño en el que aparecía rodeado de toda la gente a la que adoraba, y eso, sinceramente, no tenía precio.

## Capítulo 35



Aprovechando un festivo que caía en jueves, nos fuimos de puente en pocos días. Nos hacía una ilusión bárbara a todos, si bien un solo asunto ensombrecía mi felicidad de aquellos bonitos días: Camila no había vuelto a parecer por el trabajo y su teléfono seguía sin cobertura.

Félix no pudo dar con ella de ninguna de las maneras, por lo que tratamos de hacer algunas averiguaciones por nuestra cuenta en comisarías y hospitales.

Poniéndonos en lo peor, cosa que preferíamos no pensar, ella pilotaba la moto al límite y eso entraña un riesgo que podría traer graves consecuencias. Ojalá que no fuese así. De hecho, en ningún hospital nos dieron noticia alguna en ese sentido.

Empezamos a pensar que se hubiese retirado voluntariamente y, a pesar de eso, la incertidumbre al respecto pesaba. Yo había cargado con muchas culpas en la vida, con culpas que hicieron muy pesada la mochila que portaba, y en realidad deseaba cualquier cosa menos asumir alguna más.

—Amor, tú vales mucho. Y si esa chica estaba enamorándose de ti, ha preferido coger las de Villadiego—me comentaba Lis durante el viaje, el cual hicimos en el coche de siete plazas de mi hermana y de Candela, que compraron uno así de grande porque les encantaba viajar y contar con plazas de más por si alguien se apuntaba.

—Eso es verdad, hermano, a esa chica se le habrá ido la chota contigo. Y no es la primera, ¿te acuerdas de cuando hacías el Bachillerato y María Gallego entró en depresión porque no te fijaste en ella? Si hasta sus padres vinieron a hablar con los nuestros.

—Es verdad, no me acordaba de eso. Qué fuerte, y papá, que siempre fue un convenido, me la quiso meter por los ojos a la fuerza cuando yo no soportaba a esa niña mimada. Y todo porque su familia tenía tela de pasta.

—Eso es verdad, tú nunca fuiste interesado, aparte de que luego conociste a Lis y ya viste el mundo de color de rosa—bromeó mi hermana, que estaba feliz y veía el suyo del mismo color gracias a Candela.

—Yo a mi Lis le eché el lazo desde el primer momento, estuve listo en eso—bromeé.

—No tengo yo muy claro quién le echó el lazo a quién, porque desde el primer día que te vi supe que serías mío, chaval—me decía ella, que se sentía pletórica en unos días en los que estrenábamos sonrisa y vida nueva.

Los dos críos iban sentados en su sillita y no podían mostrarse más contentos y distraídos. Se notaba que les entusiasmaba estar el uno con el otro y todo tenía visos de que los que estaban por venir serían unos días maravillosos en los que nos cargaríamos de energía a tope.

El tiempo se alió con nosotros y el relax fue total. Las temperaturas se mostraron prácticamente veraniegas y los chapuzones fueron constantes.

Para los niños, el descubrimiento del mar supuso toda una aventura y se lo pasaron bomba, además de que Axel se soltó a caminar muchísimo más siguiendo a Daniela, que en eso le daba alguna que otra vuelta.

Nos alojamos en una bonita y amplia casa que alquilamos muy cercana al mar, con la idea de poder seguir disfrutando de largas veladas en el jardín una vez que los críos cayesen rendidos por las noches.

He de decir que me sorprendió la cuerda que tenían, pero a pesar de eso, llegada una hora determinada era como si de pronto les apagarán las pilas. Ambos dormían toda la noche del tirón y eso nos facilitaba muchísimo las cosas.

Una vez llegado ese momento, celebrábamos fiestecillas en el jardín donde la música y las copas suponían un plus de diversión para nosotros, que éramos dos parejas de lo más enamoradas, y que disfrutaban al máximo de una ocasión que había tardado demasiado en llegar, pero que lo hizo por todo lo alto.

La última noche que pasamos allí fue de lo más emocionante y con sorpresa incluida. Supe que algo importante estaba por pasar cuando mi hermana me amenazó con no pocos males si dejaba de grabar en algún momento lo que iba a suceder.

—No me lo puedo creer—Lis se llevó las manos a la boca cuando vio a Lucía hincando rodilla en el suelo para pedirle matrimonio a Candela.

)

Yo presumo de tener buen pulso, aunque en aquella ocasión ya os digo que no fue así porque las manos me comenzaron a temblar al mismo tiempo que vi las lágrimas de emoción en los ojos de las dos.

; Miré a Lis y mi chica movía la cabeza, alucinando también con el bonito y romántico espectáculo en el que ambas nos involucraron, dado que nos hicieron partícipes al ocurrir allí.

Doy fe de que Candela no lo esperaba, por lo que se elevó la emoción a la máxima potencia, y el mentón le tembló tanto como mis manos en el momento en el que por todo “sí”, le cogió la cara a Lucía y la besó con pasión.

—¡Qué bonito, qué bonito! —exclamó Lis comenzando a aplaudir mientras los críos la emulaban, pues todavía no se habían acostado, de modo que también fueron testigos de un momento único que marcó una escapada en

familia que nunca olvidaríamos.

La feliz vuelta a casa estuvo salpicada por las muchas ideas que se les iba ocurriendo a la original parejita para sellar su amor. Lis participaba activamente en ellas y yo soñaba ya despierto con que también ella, en breve, se convirtiese en mi mujer. Estaba seguro de que todo llegaría a su debido tiempo. Tan solo nos quedaban unos pasos que dar para considerar enterrada la llave del pasado y poder comenzar a hacer nuestros propios planes.

Entre unas cosas y otras, me sentía muy recompensado por todo el dolor que pasé años atrás y di gracias al universo por haber recuperado lo más valioso que tuve siempre, sin lo cual mi vida no sería tal.

2

i

5

5

6

)

familia que nunca olvidaríamos.

La feliz vuelta a casa estuvo salpicada por las muchas ideas que se les iba ocurriendo a la original parejita para sellar su amor. Lis participaba activamente en ellas y yo soñaba ya despierto con que también ella, en breve, se convirtiese en mi mujer. Estaba seguro de que todo llegaría a su debido tiempo. Tan solo nos quedaban unos pasos que dar para considerar enterrada la llave del pasado y poder comenzar a hacer nuestros propios planes.

Entre unas cosas y otras, me sentía muy recompensado por todo el dolor que pasé años atrás y di gracias al universo por haber recuperado lo más valioso que tuve siempre, sin lo cual mi vida no sería tal.

## Capítulo 36



Unas cuantas semanas después, llegó el juicio de Mario por el tema de los malos tratos en el ámbito familiar a mi Lis.

La sangre me entraba en ebullición en el cuerpo solo de pensar la sarta de mentiras que su abogado querría hacer valer para tratar de salvarle de la cárcel, cosa que no le sería posible, ya que él se había retratado solo.

Por suerte, había muchas pruebas que apuntaban a que todo lo denunciado por Lis era cierto, aparte del determinante hecho de que hubiese empuñado su pistola incluso delante de sus propios compañeros, los cuales también declararon en su contra.

No por ser todo eso así, estaba ella menos nerviosa y era de entender, ya que ese día se cerraba una etapa de su vida y lo hacía del modo más doloroso posible, de un modo que haría que el padre de su hija, que de por sí ya estaba en prisión, permaneciese allí por una buena temporada.

Un tiempo después, porque ese tipo de temas se dirimen en los tribunales más tarde, también llegaría el juicio por haberme drogado la noche que todos ya conocéis, lo cual también estaba más que probado gracias a la grabación con la que dio Dimas.

En fin, que todo estaba de nuestra parte, lo cual no significa que no fuese de lo más desagradable y más al tratarse del padre de Daniela, aunque también he de decir que él no había vuelto a hacer ni el más mínimo gesto por preocuparse de su hija, así estaban las cosas.

De hecho, el Mario que entró en la sala en la que sería juzgado, poco tenía que ver con ese otro que conocimos.

El gesto se le descompuso a Lis y más cuando él nos retó con la mirada, pese a ir esposado y escoltado por un par de los que ya eran sus excompañeros.

Yo ya me lo esperaba todo de él y ella también, aunque no fuese plato de buen gusto tener que pasar por lo que pasamos en aquel juicio, en el que, efectivamente, vimos y escuchamos de todo.

El abogado de Mario, uno que tenía fama de jugar sucio a más no poder, quiso esgrimir un relato en el cual se le

presentaba como una pobre víctima de una mujer manipuladora que le había llevado a meterse en un pozo emocional a cuenta de sus tejemanejes.

La más irónica de las sonrisas se me dibujó en el rostro, porque cuando uno está tan desesperado como ellos lo estaban, echa mano de argumentos patéticos que solo sirven para ridiculizarle. Y eso fue lo que hizo Mario en un día en el que tenía todas las de perder y ya daba igual hasta qué punto se pusiese en evidencia.

Lis no solo iba con la verdad, sino con un informe forense que le daba toda la razón en cuanto a la veracidad de su relato y que venía a decir en palabras sencillas que, si ella no se había quedado tocada del ala, era porque se trataba de una mujer fuerte y valiente con ganas de vivir y de salir de las garras de ese sinvergüenza.

Conforme el juicio se iba desarrollando, uno a uno se le iban desmontando a su abogado los argumentos y Mario se iba desesperando. Él ya lo veía todo perdido, pues la actitud de la jueza y de la fiscal era implacable, y los nervios comenzaron a jugarle una mala pasada, como suele suceder.

Fue entonces cuando comenzó a perderlos, tratando de intervenir cuando no tenía la palabra y faltando al respeto al tribunal en más de una ocasión, por lo que la jueza le indicó que de seguir en esa actitud le mandaría desalojar de la sala.

Para alguien como él, acostumbrado a hacer y deshacer a su antojo, el bochorno fue total y no digamos ya cuando habló la forense para corroborar su informe y le vino a llamar en palabras técnicas de todo menos bonito.

Yo esperaba que se soliviantase, pero no hasta el punto de lo que sucedió, llamándola “puta” cuando llevaba unos minutos dando su parecer, lo que provocó su inmediato desalojo de la sala, aparte de que le dio la oportunidad a la jueza de comprobar en vivo y en directo cómo se las gastaba.

No contento con haberla liado mucho más que el pollito, salió de esta profiriendo todo tipo de insultos y amenaza tanto contra Lis como contra mí. Y cuando la jueza le llamó al orden, también hubo para ella y para la fiscal.

Jamás llegué a pensar que, con la sangre fría de la que hizo gala para mantenernos engañados a todos durante años, se le pudiera llegar a ir tantísimo la pinza a un Mario que en ese momento ya se había convertido en una persona totalmente desconocida para mí, aunque en realidad todo aquello me demostró que yo nunca le había conocido de verdad.

Lis solo podía negar con la cabeza y preguntarse cómo pudimos llegar a ese punto. Fue un día de reflexión del que como pareja salimos muy reforzados, eso desde luego, y que quedó en nuestras mentes como una jornada para el olvido.

No estuvimos solos. Con nosotros estuvieron mi hermana y Candela, que se acercaron a la ciudad expresamente para vernos. Y a la salida del juicio nos encontramos con mi padre, a quien no esperábamos para nada.

Si de algo no tenía yo ganas ese día era de entablar conversación con él, eso os lo puedo asegurar, si bien no voy a negar que su presencia allí representaba un paso adelante en la dirección de apoyarnos.

—Hijo, imagino que no tendrás ganas de verme—me indicó nada más acercarse.

—Imaginas bien, papá. Me alegro de ello porque así me pondrás las cosas más fáciles—le indiqué.

<sup>1</sup>—Es cierto que yo no hice las cosas nada bien contigo y ahora he de apechugar con las consecuencias, Axel. No obstante, quisiera que supieras que estoy tratando de enmendarme e incluso acudiendo a un psicólogo familiar que me ayude a entender en cuantas cosas me equivoqué.

—Lo que te está diciendo papá es cierto, Axel—me indicó mi hermana Lucía, que estaba como loca porque hiciéramos las paces.

Lis también me había hablado mil veces de lo importante que sería que ambos pudiéramos llevarnos, si no bien, al menos de una manera que nos permitiese tener algo de relación.

—Escúchale, te lo pido por favor—me pidió agarrándome fuerte la mano.

—Hijo, el psicólogo me comenta que sería bueno que pudieras acudir algún día a la terapia conmigo, porque así podría rascar más en nuestra relación, conociendo tus pesares y tus carencias, esas que yo provoqué y que no sé poner encima de la mesa porque ignoro por qué lo hice tan mal.

<sup>1</sup> Los ojos de Lis buscaban los míos, igual que los de Lucía y Candela, ya que la pelota estaba en mi tejado. Yo solo tenía ganas de salir corriendo y olvidarme de esa conversación, pero para entonces ya empezaba a considerarme padre de Daniela, a quien veía como una hija, y entendí que debía ser muy duro caer en la cuenta siendo tan <sup>5</sup> mayor de que fallaste estrepitosamente como padre.

—Llámame e iré—le dije escuetamente antes de seguir caminando y de ver la sonrisa no solo en su mirada, sino también en la de todas las chicas.

Si de algo no tenía yo ganas ese día era de entablar conversación con él, eso os lo puedo asegurar, si bien no voy a negar que su presencia allí representaba un paso adelante en la dirección de apoyarnos.

—Hijo, imagino que no tendrás ganas de verme—me indicó nada más acercarse.

—Imaginas bien, papá. Me alegro de ello porque así me pondrás las cosas más fáciles—le indiqué.

—Es cierto que yo no hice las cosas nada bien contigo y ahora he de apechugar con las consecuencias, Axel. No obstante, quisiera que supieras que estoy tratando de enmendarme e incluso acudiendo a un psicólogo familiar que me ayude a entender en cuantas cosas me equivoqué.

—Lo que te está diciendo papá es cierto, Axel—me indicó mi hermana Lucía, que estaba como loca porque hiciéramos las paces.

Lis también me había hablado mil veces de lo importante que sería que ambos pudiéramos llevarnos, si no bien, al menos de una manera que nos permitiese tener algo de relación.

—Escúchale, te lo pido por favor—me pidió agarrándome fuerte la mano.

—Hijo, el psicólogo me comenta que sería bueno que pudieras acudir algún día a la terapia conmigo, porque así podría rascar más en nuestra relación, conociendo tus pesares y tus carencias, esas que yo provoqué y que no sé poner encima de la mesa porque ignoro por qué lo hice tan mal.

Los ojos de Lis buscaban los míos, igual que los de Lucía y Candela, ya que la pelota estaba en mi tejado. Yo solo tenía ganas de salir corriendo y olvidarme de esa conversación, pero para entonces ya empezaba a considerarme padre de Daniela, a quien veía como una hija, y entendí que debía ser muy duro caer en la cuenta siendo tan mayor de que fallaste estrepitosamente como padre.

—Llárame e iré—le dije escuetamente antes de seguir caminando y de ver la sonrisa no solo en su mirada, sino también en la de todas las chicas.

## Capítulo 37



Al final del verano, tuve que separarme unos días de Lis y de Daniela. Por supuesto que el tema no tuvo mayor trascendencia, de hecho no tuvo ninguna, pero me costaba estar sin ellas.

Resultó que una tía suya muy querida, que no tenía hijos, sufrió un problema en la vista de cierta envergadura, y ella no dudó en ir a visitarla a su ciudad, la cual estaba a unos cuantos cientos de kilómetros de la nuestra, para cuidarla mientras no se pudiera valer.

Yo no pude acompañarla por temas profesionales. Hacía poco que volvimos de un viaje a las Canarias de dos semanas junto a Daniela, en las que constituyeron nuestras vacaciones de verano, y no podía ausentarme más de un trabajo en el que si tuve tantos días libres fue porque Félix era un tío estupendo, ya que en la fecha en la que me reincorporé al curro no me habrían correspondido.

Pues bien, el asunto fue ese, que las eché de menos hasta la saciedad y que contaba los días para su vuelta, los cuales se me hicieron demasiado largos, todo hay que decirlo.

Esa mañana iba al aeropuerto a recogerlas. Para entonces, ya nos habíamos comprado un coche familiar en el que poder desplazar el carrito de Daniela y todos sus enseres con comodidad, así que ya estaba allí como un clavo mucho antes incluso de que el avión aterrizase.

En aquellos días en su ausencia, me había dedicado a currar, a hacer ejercicio, a montar en moto y, básicamente, a echarlas de menos. Eso sí, me tomé alguna que otra cerveza con mi grupo de siempre, al que Lis y yo volvimos una vez Mario estuvo fuera de él, ya que no hace falta decirlo que le cayeron varios años de cárcel y los que estaban por venirle.

—Mi vida, ¡cuánto os he extrañado! —le chillé al verlas mientras me iba para ambas y me las comía a besos.

—Y nosotras a ti, mi amor. Tenía que ir y lo sabes, pero no imaginaba que me fuese a costar tanto estar lejos de casa.

—Si es que como en casa, en ninguna parte—corroboré.

—Ya te digo yo que sí. Y espero encontrármela tal como la dejé—rio—. Que ya sabes que estaba todo...

—Como los chorros del oro y así te lo vas a encontrar.

—Más te vale, chaval.

Como Lis aún no tenía trabajo, pues la cosa estaba un poco difícil, se volcaba mucho en que la casa estuviese genial y yo entendía que para ella era muy importante, razón por la cual procuré que todo se viese lo más perfecto posible a su vuelta. Si hasta estuve un buen rato tratando de colocar los cojines de la cama bien para que se los encontrase a su gusto.

El amor es un estado que te lleva a una especie de enajenación mental transitoria, pues en la vida me habría creído que yo le prestaría atención a una serie de detalles así, cuando a mí me la traía al paio si un cojín de la cama caía bocarriba o bocabajo. Es más, es que si yo estuviera solo no tendría ni cojines en la cama.

Por el camino me fue contando lo mucho que echó de menos nuestra rutina y lo especial que se había vuelto su tía que era muy mayor, en aquellos días en los que se encontraba fatal.

—Cariño, porque tú sabes que yo tengo paciencia y, aun así, como que me han dado ganas más de una vez de venirme de pronto. Ay, pobre, tú sabes que yo no la hubiese dejado tirada, pero es que me sacaba de mis casillas. Y la peque decía “papá” y miraba a la puerta, que lo sepas.

Desde antes de irse, ya me llamaba así y a mí se me alegraba el alma cada vez que lo hacía. Me encontré una hija ya hecha, tan bonita como su madre y yo la sentía mía, muy mía, tanto que la adoraba y que hubiese dado la vida por ella.

Ya antes de llegar a casa, ella cayó en la cuenta de que se había dejado donde su tía su platito y tenedor de plástico, uno con forma de rana que yo le compré en la farmacia.

—En cuanto lleguemos, os dejo allí y me voy a por otros, amor.

—Es que ya sabes que solo quiere comer con ellos, qué perra le ha dado con la ranita dichosa.

—Para mi niña, lo que ella quiera.

—Pues te va a tocar, sí, que no quiero llantos.



## Capítulo 38



Volvía de la farmacia cuando sentí una sensación difícil de describir, dejémoslo ahí.

Mi vida en ese momento era un remanso de paz, con una idílica relación amorosa, una hija maravillosa, un buen trabajo y muchas más cosas bonitas, como mi hermana, mi sobrino, Candela... Y hasta mi padre, con el que acudí a terapia y, para mi sorpresa y poco a poco, nos volvimos a llevar.

No obstante, una sola inquietud me hacía de vez en cuando zozobrar emocionalmente y estaba relacionada con la extraña desaparición meses atrás de Camila, de quien nada volvimos a saber.

Pues bien, ese día, al salir de la farmacia, escuché una moto tras de mí y, al volverme, tuve que dar un salto tremendo para evitar que me pillara.

No tuve ninguna duda: era Camila y pretendió darme un susto, alertándome de su presencia de la más perturbadora de las formas.

Apenas podía salir del shock, pues grité y grité tratando de que parase para saber cómo estaba y de qué iba todo aquello, para tratar de entender por qué me había seguido y por qué quiso asegurarse, susto incluido, de que yo la viera, porque no me creía para nada que nuestro encuentro fuese casual.

Comencé a sudar tinta, dado que todo aquello me parecía muy extraño e inquietante, cuando entré en casa con la idea de que mejor no le diría nada a Lis de momento, ya que podría asustarse y era lo último que yo deseaba.

Para mí que Camila debía tener algún problema mental que hubiese disimulado muy bien. Igual necesitaba cierta medicación que dejó de tomarse, porque nada de lo relacionado con ella tenía el más mínimo de los sentidos.

Una vez en la entrada, escuché cierto alboroto. La niña lloraba y ella trataba de calmarla.

—No llores, mi vida, ahora mismo nos vamos de aquí y te doy de comer, tú tranquila—le decía y se le notaba la angustia en la voz.

Yo no podía entender lo que escuchaba y alcancé el dormitorio a lo justo.

—Lis, cariño, ¿dónde dices que vas?

—Adonde me dé la real gana, asqueroso, que esa ya no es cuestión tuya—me soltó y me quedé majara.

—No entiendo, Lis, no entiendo...

—Yo sí que no lo entiendo. No entiendo cómo se puede ser tan imbécil como para dejarte un tanga de tía al lado de la cama. Que vaya que la colcha estaba revuelta y se notaba que alguien se había tumbado encima, pero eso habría podido hasta colar como cosa tuya, si bien encontrarme esta puta mierda...—se agachó a cogerlo—. Qué puto asco, Axel, creía que eras distinto y sí que lo eres: tú vas de cariñoso por la vida, pero los cuernos los pones que da gusto, ¡que te jodan! —me chilló.

¡ —Lis, te juro que no tengo ni idea de qué es eso—le dije en el colmo del aturdimiento.

—Pues un tanga, tampoco hay que hacer un máster para saberlo. Y de una fulana que ha estado aquí contigo, porque ya te digo yo que no los uso de esos, si parece un tirachinas. Anda a la mierda los dos, ¡ella y tú!

—Mi amor, te juro que yo no he estado aquí con nadie.

—Claro que no. Las camas se deshacen solas y los tangas se teletransportan hasta aquí. Qué maldito hay que ser para no poder aguantar ni unos días sin tirarse a otra y encima para ser tan descuidado, ¿es que te crees que yo soy un bulto sin ojos? No quiero volver a verte en mi puta vida, ¿me oyes? En mi puta vida.

—Lis, ¿dónde vas?

—¡A mi casa! Que todavía lo es... Y si eres capaz, aparece por allí, que te juro que llamo a la policía. Lo único que siento es que esté tan cerca de esta, porque tipos como tú vician el aire del barrio, ¡adiós! ¡Ya vendré a por el resto de mis cosas cuando tú no estés! —me chilló.

—Lis, te prometo que esto debe tener una explicación.

—Y la tiene: que eres de gatillo fácil, así que te vas a olvidar de mí y de mi hija para los restos. Estoy harta, ¿me oyes? Harta de que los hombres me jodáis la vida.

—Lis, no entiendo, están pasando cosas muy raras. En la puerta de la farmacia he visto a Camila y ahora esto.

—¿A Camila la desaparecida? Lía más las cosas, ¿de qué va todo esto? ¿Es que quieres volverme loca?

—No puedes irte, mi amor, no puedes irte—le dije tomándola por las muñecas.

—Trata de retenerme un segundo más y te juro que vas detenido. Yo ya sé cómo poner en su sitio a los hombres que me hacen daño, así que quítate de mi vista antes de que lo lamente.

No pude hacer absolutamente nada por retenerla. Lis cogió en brazos a la niña y salió de casa precipitadamente.

Me sentí morir en el momento en el que la perdía, en el que no tenía argumentos para explicar algo que ella no me perdonaría, porque yo sabía de sobra que la infidelidad no era un término que entrase en su vocabulario.

Maldije mi suerte y, sin entender nada, llegué a la conclusión de que Camila me la había jugado. Quizás estuvo en la ciudad todo ese tiempo, quizás permaneció al acecho hasta dar con la ocasión perfecta.

Mierda, mierda.... Cogí el teléfono porque algo pasó por mi cabeza.

—Oye, Lucía, ¿tú te has vuelto a llevar por error un juego de llaves de mi casa como la otra vez? —le pregunté a mi hermana, quien nos visitaba asiduamente con Candela y el peque, quedándose en nuestra casa.

—No, no tengo la cabeza tan volada. Que vale que con los preparativos de la boda voy a mil, pero me acordaría. Ni de coña, ¿por qué?

No iba yo tan desencaminado. Camila, de alguna forma, se hizo con ese juego de llaves que eché de menos días atrás, pues yo solía dejar uno debajo de una maceta del jardín. Y estaba claro que quiso vengarse de mí / tendiéndome una trampa.

—Trata de retenerme un segundo más y te juro que vas detenido. Yo ya sé cómo poner en su sitio a los hombres que me hacen daño, así que quítate de mi vista antes de que lo lamente.

No pude hacer absolutamente nada por retenerla. Lis cogió en brazos a la niña y salió de casa precipitadamente.

Me sentí morir en el momento en el que la perdía, en el que no tenía argumentos para explicar algo que ella no me perdonaría, porque yo sabía de sobra que la infidelidad no era un término que entrase en su vocabulario.

Maldije mi suerte y, sin entender nada, llegué a la conclusión de que Camila me la había jugado. Quizás estuvo en la ciudad todo ese tiempo, quizás permaneció al acecho hasta dar con la ocasión perfecta.

Mierda, mierda.... Cogí el teléfono porque algo pasó por mi cabeza.

—Oye, Lucía, ¿tú te has vuelto a llevar por error un juego de llaves de mi casa como la otra vez? —le pregunté a mi hermana, quien nos visitaba asiduamente con Candela y el peque, quedándose en nuestra casa.

—No, no tengo la cabeza tan volada. Que vale que con los preparativos de la boda voy a mil, pero me acordaría. Ni de coña, ¿por qué?

No iba yo tan desencaminado. Camila, de alguna forma, se hizo con ese juego de llaves que eché de menos días atrás, pues yo solía dejar uno debajo de una maceta del jardín. Y estaba claro que quiso vengarse de mí tendiéndome una trampa.

## Capítulo 39



Ese fin de semana lo pasé con Lucía y con Candela, quienes a las puertas de su boda prácticamente, no dudaron en dejarlo todo para venir a consolarme.

—Nosotras te creemos, pero hemos tratado de hacer entrar en razón a Lis y no hay manera, ponte en su lugar—me decía Lucía.

—Es que me estoy volviendo loco. Seguimos sin saber dónde está Camila ni qué pasa por su cabeza, ¿y si le da por venir a hacerles daño a ella o a la niña? Me paso las noches en vela, os lo digo de verdad.

—Tienes que dar con esa mujer y hablar con ella. Si confesara la verdad o si pudieras al menos demostrar que no está buena de la azotea, igual así tendrías una posibilidad de que Lis te creyese, es que nosotras no sabemos qué hacer ya—opinó de nuevo Lucía.

—Debes buscar un buen detective privado. La vida se te está desmoronando y no es justo que pases de nuevo por algo así, no otra vez—opinó Candela.

—Tengo que llamar a Dimas. Él cuenta con mogollón de contactos y tiene recursos para todo. De hecho, dio con la grabación que demuestra la culpabilidad de Mario cuando a nadie se nos pasó por la cabeza que existiera.

Lo hice y me prometió ponerse manos a la obra. Él mismo me visitó unos cuantos días después con una dirección en la mano, y todo a través de una foto de Camila, porque el nombre y apellidos que le di de ella tampoco resultaron ser reales, según me confirmó en su visita, la cual hizo que el mundo se abriera bajo mis pies porque quise que la tierra me tragase.

Un rato después me encontré ante el verdadero domicilio de Camila, cuyo nombre real era María, un domicilio en un pueblo cercano que compartía con su madre. Y sí, digo bien, porque ella me había mentido y su madre vivía, aunque estaba muy delicada de salud.

La esperé durante horas hasta que llegó y entonces la abordé.

—María, sé que eres la hermana de Iván, ahora conozco tu identidad—le dije con voz fría y tratando de no perder

los nervios cuando la sorprendí bajando de su moto.

—Maldito cabrón, ¿cómo la has sabido? —me preguntó viniéndose hacia mí y tratando de pegarme.

—María, quieta, por favor, ¿de qué va todo esto? No empeoremos más las cosas, me has jodido la vida. Sé que fuiste tú quien entró en mi casa para hacerle ver a Lis que le fui infiel, cosa que jamás habría hecho.

—Claro que no, porque resulta que eres un tío de moral intachable. Maldito hijo de la gran puta, ¡tú mataste a mi hermano!

1—Y tú me has mentido en todo, María, desde el primer día. No me trago que fuese casualidad nada... Todo estuvo planeado desde nuestro primer encuentro, no me lo niegues.

2—Claro que estuvo planeado, hasta estudié lo mismo que tú para colarme en tu trabajo antes de que te soltaran, maldita rata. Debí llegar más lejos, planeaba volverte loco por mí, con mis idas y venidas, hasta llevarte conmigo de fin de semana y matarte en un lugar apartado... Pero ni a eso me diste opción porque tú no eres un hombre ni tienes palabra.

—¿Planeabas matarme? Joder, joder...

—Sí, a sangre fría, porque para eso tú mataste a mi hermano con tu puta inconsciencia, poniéndote hasta las cejas de todo y culpando a esa gentuza, cuando tú eras el peor de todos ellos. Ninguno de esos tíos te drogó, entré en contacto con ellos y me lo juraron. Ahora conozco a muchos moteros y me resulta fácil sacarles información.

—Maldita sea, María, no fueron ellos porque fue Mario.

—¿Y pretendes que me trague eso? Hace falta mucha desfachatez para venir hasta aquí a acusar a otra persona más de lo que tú y solo tú hiciste: drogarte y pilotar una moto. A mí también me fascinan, ¿sabes? Desde niña, ¿y adivinas quién me enseñó a conducir las? Mi hermano Iván, quien también tenía una, aunque la noche en la que se topó contigo fuese en coche. Iván lo era todo para mí junto con mi madre... Y me los quitaste a los dos.

—Eso no es cierto, sé que tu madre vive.

—¿Y llamas vivir a lo que ella hace desde entonces? Sus nervios se resintieron hasta el punto de írsele la chaveta. Y todo por no coger y matarte con sus propias manos. Por eso tenía que hacerlo yo, porque alguien debía hacer justicia, ¿crees que unos cuantos años en chirona son suficientes para pagar por lo que hiciste? ¡Te odio! —me chilló.

—María, pronto se celebrará un juicio contra Mario. Nadie nos dijo cuando sucedió todo aquello que habían instalado una cámara en el bar. Ahora tenemos una grabación en la que se ve cómo Mario me droga. No fui yo, te lo juro.

—Eso no es cierto, ¡no lo es! Fuiste tú y les echas la culpa a los demás porque no puedes soportarlo, ¡fuiste tú!

—Mi abogado te enviará ahora mismo la grabación y podrás comprobarlo con tus propios ojos.

—Quieres llamar a la policía, eso es lo que quieres hacer, ¡suelta el teléfono! —me chilló y entonces sacó una pistola, encañonándome.

—María, sé que querías a Iván con toda tu alma. Si es así, no sumes más sangre a la que ya se ha vertido. Habla tú misma con mi abogado, te paso el número, pero te ruego que bajes esa pistola—le pedí.

—Dame ese puto número ahora mismo. Y si se trata de una trampa, te juro que te dejo seco. No te imaginas el asco que me dio estar contigo esos meses. He tenido que tragar mucho para poder acercarme a ti y no consentiré que me la vuelvas a jugar.

—No voy a hacerlo. Si estoy con Lis es porque quiero recuperar parte de mi vida, parte de lo que a todos nos robaron.

—¡No te atrevas a comparar tu dolor con el nuestro! —me chilló, apartando la pistola y comenzando a llamar a Dimas.

En un minuto tenía la grabación en su teléfono, la cual visualizó con lágrimas en los ojos.

—¿Lo ves ahora? Nadie cayó en que hubiesen podido poner una cámara en los últimos días. Mi mismo abogado llevó otros casos de altercados en ese bar que no se aclararon porque no la había. Por suerte para mí, por fin la colocaron y ahora tú has podido comprobar la verdad. Amo las motos, forman parte de mi vida, pero jamás me hubiera subido a una sin estar en condiciones de hacerlo, jamás...

—Así que fue ese hijo de la gran puta de tu amigo, ¡debí matarle a él! —me chilló.

—¿De verdad crees que era mi amigo? Lo hizo para que yo me matase en la carretera y quedarse con Lis, a quien ha maltratado desde entonces. Siento haberte plantado aquel día, lamento ese daño y todo el que os haya podido hacer a tu madre y a ti, pero te juro que la muerte de tu hermano fue una desgracia que yo no propicié, ya lo has visto, y por la que pagué un alto precio. Y lo sigo pagando, porque he perdido a Lis, cogiste las llaves de mi casa y lo organizaste todo, ¿verdad?

—Sí, tenía que hacerte daño de un modo u otro. No pude matarte y pensé que igual mejor lo pagarías en vida. Siempre supe lo importante que ella era para ti, ¿y sabes lo peor, Axel? Que hasta llegó a dolerme en un momento dado, porque sentí que yo podría enamorarme de ti de seguir a tu lado. Y antes me hubiese quitado la vida.

—Ya no es cuestión de quitar ninguna vida, sino de comenzar a vivir las nuestras, las que nos arrebataron, ¿le

contarás la verdad a tu madre? Para mí es importante que me perdone, que sepa que no soy ese criminal que piensa.

—Se la contaré, aunque no creas que su mente está para muchos trotes, pero quizás encuentre algo de sosiego. Y también hablaré con Lis.

—¿Lo harás?

¡—Sí. Y espero que algún día puedas entender el porqué de todo lo que hice.

—Lo entiendo ya, María, lo entiendo ya.

y

,

contarás la verdad a tu madre? Para mí es importante que me perdone, que sepa que no soy ese criminal que piensa.

—Se la contaré, aunque no creas que su mente está para muchos trotes, pero quizás encuentre algo de sosiego. Y también hablaré con Lis.

—¿Lo harás?

—Sí. Y espero que algún día puedas entender el porqué de todo lo que hice.

—Lo entiendo ya, María, lo entiendo ya.

## Capítulo 40



María y yo nos miramos antes de picar el timbre de la casa Lis, la que un día compartió con Mario y en la que llevaba viviendo desde su marcha, desde que me abandonó.

Al verme allí, comenzó a chillar como una loca y tuve que hablarle a través de la puerta.

—Lis, ya puedo explicártelo todo. La chica que ves por la mirilla a mi lado es Camila, aunque en realidad se llama María, y es la hermana de Iván.

Se tomó como un minuto para abrir la puerta, tras lo cual nos miró con ojos asombrados.

—Lis, es verdad lo que te está diciendo, soy María y llevo queriéndolos joder la vida desde que mi hermano murió —afirmó ella.

A partir de ese momento, Lis le dejó explicarse y María lo hizo como un libro abierto. Esa chica sufrió lo indecible hasta llegó a urdir un plan para aniquilarme, si bien la fortuna quiso que no prosperase y que yo pudiera contarle.

Lis la escuchaba hablar aterrorizada, pues no es fácil oír cómo una persona te cuenta que había estado dispuesta a matar a otra.

—En el fondo, cuando le vi contigo, pensé que quizás fuese lo mejor porque me faltaban las fuerzas para llevar mi plan hasta las últimas consecuencias, por eso me largué. Pero luego no podía dejar las cosas como estaban, no soportaba que viviera esa felicidad a tu lado mientras yo veía cómo a mi madre se la llevaba la pena—le explicó.

María se pasó largo rato con nosotros, contándonos por todo lo que tuvieron que atravesar su madre y ella. Fue muy duro escuchar un relato cuyo único culpable fue Mario, a quien le terminó cayendo una buena condena encima por sus deleznales actos, que sumada a la anterior, le harían tardar mucho en ver la calle de nuevo.

Cuando María se fue de casa de Lis, lo hizo con la promesa de no volver a hablarnos más. Era su manera de poner punto final a una historia que jamás debió ocurrir, pero que nos marcó a todos y cada uno de nosotros.

No miento si digo que, con todo aclarado por cada una de las partes, fue esa noche cuando realmente volvió a comenzar mi vida, cuando ningún mal nos acechó más y cuando entendí que todo estaba en orden.

Fueron demasiados giros y todos ellos pudieron llevarme directo al ala mental de cualquier hospital, pero yo opté por otra locura, por la locura de vivir exprimiendo la vida gota a gota, pues la vida es tan bonita como efímera y mi sensación era la de haber perdido demasiado tiempo.

Nunca volveríamos a referirnos con el tiempo a todo aquel pasado que enterramos en un día en el que nos despedimos de María para siempre, y en el que Lis y Daniela volvieron conmigo a casa.

Allí, nuestros cuerpos dijeron lo que nuestras bocas no quisieron pronunciar, ya que los reproches no cabían entre nosotros y dieron paso al amor.

Como colofón a esa etapa, Lis tuvo una idea: vendería la casa, ya que no tenía que repartir con Mario puesto que él estaba condenado a pagarle una sustanciosa indemnización, y una vez restada la parte de hipoteca que debían, utilizaría el resto para montar su propio taller de diseño.

Nunca la vi tan ilusionada como en esa etapa de emprendedora en la que brilló con luz propia, pues tuvimos además la fortuna de que el hijo de su vecina de al lado se la compró para poder vivir cerca de su madre, con lo cual el trámite fue muy rápido y sencillo.

Por fin todo cuadraba en nuestras vidas y esa última separación nos sirvió para afirmar que no sabíamos vivir el uno sin el otro. O, al menos, que no queríamos.

Comenzaba una preciosa etapa que celebramos con la boda de Lucía y de Candela, una bonita y veraniega boda en la que Axel y Daniela tuvieron un papel protagonista y de la que salió otra, porque esa misma noche le pedí matrimonio a Lis.

Lo hice en los jardines del hotel donde se celebró el enlace, hincando rodilla ante mi chica cuando ya todos se hubieron marchado. Solo quedábamos ella y yo, mientras Daniela dormía a pierna suelta en su sillita, y la luna llena fue testigo de una pedida donde derroché romanticismo, amor y, sobre todo, pasión... Esa pasión que sentía por la única mujer de mi vida, por esa mujer que movía mi mundo con solo batir las pestañas, con la mujer con la que deseaba seguir viendo anochecer y amanecer, a sabiendas de que nunca más mis días serían sombríos, de que serían los más luminosos porque, a diferencia de lo que sucedía en el interior de la prisión, donde Lis estaba llegaban los rayos del sol.

No miento si digo que, con todo aclarado por cada una de las partes, fue esa noche cuando realmente volvió a comenzar mi vida, cuando ningún mal nos acechó más y cuando entendí que todo estaba en orden.

Fueron demasiados giros y todos ellos pudieron llevarme directo al ala mental de cualquier hospital, pero yo opté por otra locura, por la locura de vivir exprimiendo la vida gota a gota, pues la vida es tan bonita como efímera y mi sensación era la de haber perdido demasiado tiempo.

Nunca volveríamos a referirnos con el tiempo a todo aquel pasado que enterramos en un día en el que nos despedimos de María para siempre, y en el que Lis y Daniela volvieron conmigo a casa.

Allí, nuestros cuerpos dijeron lo que nuestras bocas no quisieron pronunciar, ya que los reproches no cabían entre nosotros y dieron paso al amor.

Como colofón a esa etapa, Lis tuvo una idea: vendería la casa, ya que no tenía que repartir con Mario puesto que él estaba condenado a pagarle una sustanciosa indemnización, y una vez restada la parte de hipoteca que debían, utilizaría el resto para montar su propio taller de diseño.

Nunca la vi tan ilusionada como en esa etapa de emprendedora en la que brilló con luz propia, pues tuvimos además la fortuna de que el hijo de su vecina de al lado se la compró para poder vivir cerca de su madre, con lo cual el trámite fue muy rápido y sencillo.

Por fin todo cuadraba en nuestras vidas y esa última separación nos sirvió para afirmar que no sabíamos vivir el uno sin el otro. O, al menos, que no queríamos.

Comenzaba una preciosa etapa que celebramos con la boda de Lucía y de Candela, una bonita y veraniega boda en la que Axel y Daniela tuvieron un papel protagonista y de la que salió otra, porque esa misma noche le pedí matrimonio a Lis.

Lo hice en los jardines del hotel donde se celebró el enlace, hincando rodilla ante mi chica cuando ya todos se hubieron marchado. Solo quedábamos ella y yo, mientras Daniela dormía a pierna suelta en su sillita, y la luna llena fue testigo de una pedida donde derroché romanticismo, amor y, sobre todo, pasión... Esa pasión que sentía por la única mujer de mi vida, por esa mujer que movía mi mundo con solo batir las pestañas, con la mujer con la que deseaba seguir viendo anochecer y amanecer, a sabiendas de que nunca más mis días serían sombríos, de que serían los más luminosos porque, a diferencia de lo que sucedía en el interior de la prisión, donde Lis estaba llegaban los rayos del sol.

## Capítulo 41



Y sonaron campanas de boda también para nosotros... Unas sonoras y alegres campanas que anunciaban la llegada de uno de los días más importantes de nuestras vidas.

De nuevo estábamos en primavera y habíamos disfrutado de un buen montón de meses durante los cuales preparamos con mimo todos los detalles.

Axel y Daniela nos llevarían los anillos, como ya hicieran en la boda de mi hermana y Candela, solo que con más soltura porque ya tenían más edad y sus avances se notaban día a día.

La casa se había convertido en un total jolgorio desde primera hora de la mañana, pues las chicas se adueñaron de nuestro dormitorio. Me vestía en el salón cuando escuché el ruido de un buen grupo de motos que pararon en nuestra puerta y eran los chicos, nuestros amigos, que venían a compartir conmigo el momento.

La nuestra, no hace falta ni que lo diga, sería una boda motera: una en la que nos saltamos más de una tradición, porque después de pasar por todo lo que pasamos, ni Lis ni yo creíamos en las supersticiones.

Por ese motivo, todos le hicimos la ola cuando la vimos salir del dormitorio, con su precioso y sexy vestido de novia, con un escote de escándalo y lleno de volantes en la parte inferior para poder subir juntos en mi moto, ya que yo sería el encargado de conducirla hasta el altar en mi otra niña, en la de dos ruedas, de la que tampoco me olvidaba.

Al verla, no pude evitar la emoción y me eché a llorar en sus brazos, porque era la novia más bonita del mundo y porque no tenía nombre lo que tuvimos que pasar hasta poder llegar a ese día en el que a ambos nos invadía la alegría.

—“Guapa” —le decía Daniela y Axel la imitaba. Ella los tomó a los dos en brazos y los besó antes de, corriendo, dirigirse hacia mi moto entre los gritos de todos nuestros amigos, que la jaleaban.

La idea de celebrar una boda motera partió de ella, que conste. Por mucho que a mí me gustasen las motos, no se me hubiera ocurrido, si bien sé que ella lo hizo porque sabía que a mí me apasionaban las que se celebraban así y porque Lis supo darle un toque de originalidad.

Nada más montarse, y en cuanto puse mi moto en marcha, nos tomaron una primera fotografía en la que ella subió los brazos apuntando al cielo, divertidísima, enseñando la más sugerente de todas las espaldas.

Mi niña iba bellísima y, como principal complemento, estaba esa euforia que se reflejaba en su cara y que todos refirieron cuando la vieron llegar a la iglesia.

A la hora de entrar en el templo, todos los nuestros, con sus motos, nos hicieron el paseíllo nupcial para regocijo del resto de los invitados, que disfrutaron a tope de una boda tan atípica como romántica.

Yo era un manojo de nervios con la emoción a flor de piel y, pese a que Lucía era mi madrina y el hermano de Luis su padrino, decidimos caminar juntos hacia el altar. No estaba pensado, ese gesto sí que fue espontáneo y todos nos lo aplaudieron.

El sacerdote se rio al vernos y enseguida le explicamos que no se nos ocurrió otra mejor manera de hacerlo, porque así era como queríamos pasar el resto de nuestras vidas: juntos y caminando el uno al lado del otro.

Cuando las cosas se hacen de corazón no hay muchas explicaciones que ofrecer y él nos dio su bendición.

—Nunca he visto a una pareja tan enamorada como vosotros, chicos, y eso que he celebrado muchas bodas. Pero hay algo en vuestra mirada, hay algo...—nos decía negando con la cabeza.

—Hay mucha vida vivida y muchas emociones acumuladas, Don Anselmo—le dije a ese sacerdote que conocía y que era muy abierto de mente, por eso escogimos su parroquia.

La ceremonia estuvo plagada de momentos vibrantes, de momentos en los que tanto compartimos lágrimas como sonrisas, y de un beso final que sacó las carcajadas de Daniela y de Axel, quienes he de contar que se portaron maravillosamente bien y que protagonizaron esas carcajadas finales que nos contagiaron a todos.

Ya digo que íbamos de un gesto espontáneo a otro, de manera que la salida de la iglesia, con lluvia de pétalos incluida, la hice con ella en brazos y besándola mientras Lucía y Candela se ocupaban de los peques, los cuales disfrutaron muchísimo de unos pétalos que debieron pensar que caían del cielo de verdad.

Lo que sí cayó del cielo fue la más mágica de las alegrías y, antes de volver a montar en mi moto en dirección al lugar donde la celebramos, nuestros amigos nos ovacionaron rodeándonos con todas sus motos mientras nos besábamos sin parar y cada cual hacía ráfagas, con lo cual convirtieron ese momento en un espectáculo.

Horas más tarde, me encontraría también con la sorpresa de que mi niña me había dado coba y de que la tarta nupcial era en forma de moto, algo que no esperaba y que me hizo darle un abrazo tremendo, con todas mis fuerzas.

—Eres lo mejor de mi vida, te lo prometo. Daniela y tú sois el eje que la movéis....

5

—Los tres, lo somos los tres—me confesó en ese instante en el que llevó mi mano a su vientre indicándome que la familia crecía, una noticia tan inesperada como maravillosa que me hizo chillar de contento y tomarla en brazos de nuevo, contándoles a todos que, ¡volvíamos a ser padres!

Recuerdo que el mío me miró en ese momento en un gesto de aprobación. En sus ojos pude leer que estaba orgulloso del padre en el que me había convertido y que nada tenía que ver con ese otro que fue él.

No hubo ningún sueño que tuviésemos para ese día que no se cumpliese. Todo lo contrario, en mi boda conocí el dato de que la familia crecía y así fue, pues siete meses más tarde nacería nuestro hijo Hugo, quien se convertiría en el compañero de juegos de Daniela y de Axel, pues mi hermana y Candela terminaron por venirse a vivir a la ciudad, cerca de nosotros, para que así pudiésemos disfrutar de muchos y emocionantes momentos en familia, puesto que al final llegas a la conclusión de que es lo único que te mantiene con vida.

—Eres lo mejor de mi vida, te lo prometo. Daniela y tú sois el eje que la movéis....

—Los tres, lo somos los tres—me confesó en ese instante en el que llevó mi mano a su vientre indicándome que la familia crecía, una noticia tan inesperada como maravillosa que me hizo chillar de contento y tomarla en brazos de nuevo, contándoles a todos que, ¡volvíamos a ser padres!

Recuerdo que el mío me miró en ese momento en un gesto de aprobación. En sus ojos pude leer que estaba orgulloso del padre en el que me había convertido y que nada tenía que ver con ese otro que fue él.

No hubo ningún sueño que tuviésemos para ese día que no se cumpliese. Todo lo contrario, en mi boda conocí el dato de que la familia crecía y así fue, pues siete meses más tarde nacería nuestro hijo Hugo, quien se convertiría en el compañero de juegos de Daniela y de Axel, pues mi hermana y Candela terminaron por venirse a vivir a la ciudad, cerca de nosotros, para que así pudiésemos disfrutar de muchos y emocionantes momentos en familia, puesto que al final llegas a la conclusión de que es lo único que te mantiene con vida.

## Epílogo



*Cinco años después...*

Félix se jubilaba aquel día en el que su mujer, Pili, estaba a su lado. Almudena me miraba porque cuánto nos habríamos reído a lo largo de los años con los dimes y diretes de aquel par que, al final, llegaban a ese momento juntos y felices. Discutiendo, pero felices.

—Elina, el proyector—le tuvo que recordar Almudena porque esa chica seguía allí, pero sin saber lo que era pega palo al agua.

—Ya voy, ya voy. Uff, qué estrés de trabajo—se quejaba ella mientras iba a darle.

Entre todos los compañeros le habíamos preparado a Félix un emotivo vídeo que quisimos reproducir en ese instante y en el que se recogían muchos momentos vividos a lo largo de toda su vida profesional.

—No, si todavía me haréis llorar, sarta de cabritos, de la emoción—matizó el hombre con un nudo en la garganta y tratando de aclararse la voz.

—Ya vais a conseguir más que yo, que para mí que ni frío ni calor le provoco—nos comentó bromista Pili, sabiendo que en el fondo se querían más de lo que reconocían.

El vídeo acababa con unas palabras que nos dedicó Félix unos días antes, a modo de despedida, y ya. Se suponía que alguien llegaría a sustituirle en unos días, aunque para nosotros era una incógnita.

Fue cuando vi aparecer a Lis con Daniela y Hugo de la mano cuando supe que allí había gato encerrado. Ella venía con esa luminosa sonrisa que lo encendía todo a su paso y me lanzó un beso revelador.

—¿Qué está pasando aquí, Félix? ¿Tú lo sabes?

—Pues que igual hay una cosita que no te hemos dicho, chaval, y en la que estamos todos de acuerdo: vas a convertirte en el nuevo jefe.

Jamás se me pasó esa posibilidad por la cabeza, aunque en ese momento caí en la cuenta de que se trató de una decisión consensuada al ver el gesto de asentimiento por parte de mis compañeros.

—¿Yo? —le señalé nervioso, pensando en que no podía ser que a una vida que ya calificaba de perfecta se le uniera esa alegría.

Iba a ser que sí, porque en ese instante, en el mismo que Lis avanzó hacia mí para darme un beso y los niños se me abrazaron, cogiéndome de las piernas, vi aparecer también a Lucía y Candela con Axel, y después a mi padre, con quien mi relación llegó a ser bastante fluida en aquellos años y que tampoco quise perderse un inesperado ascenso que me llenó de felicidad.

Nunca habría pensado que la despedida de Félix como jefe supusiera ponerme al mando de las oficinas y concluir que la vida, al final, sí que compensa y que solo hay que desear las cosas con fuerza, con muchísima fuerza, trabajándolas para que todas se pongan en su lugar.

Ya no me quedaba ningún sueño por lograr, porque los míos eran felices a mi lado y mis compañeros, hasta los que un día llegaron a dudar de mí, me dieron a entender que estaban conmigo.

No podía pedir más y esa celebración resultó mucho más jugosa en un día en el que alcancé el cielo con las manos. Lis estaba triunfando con su negocio y yo, de pronto, tenía uno propio... Uno que seguiría manejando con las mismas ganas con las que acudía a trabajar cada día, porque eso se refleja en todos y cada uno de los gestos de nuestra vida.

Cuando tuvo que haber terminado, y me quedé a solas con Lis en casa, por la noche, le di las gracias en la intimidad a la que había logrado convertir en sueños mis pesadillas, a la que hizo de un hombre derrumbado otro nuevo con ganas de comerse el mundo.

—Gracias por ser como eres, mi amor, gracias por apostar por mí y gracias, siempre, siempre, por haberme hecho creer que juntos podríamos alcanzarlo todo. No me imagino qué habría sido de mí sin ti, pero sí te aseguro que jamás habría podido conocer ni una porción de la felicidad que tú y los niños me proporcionáis cada día. Me has convertido en un hombre nuevo y junto a ti quiero envejecer para echar la vista atrás un día, dentro de muchos años, y poder decir con orgullo que vida es la que viví a tu lado.

Jamás se me pasó esa posibilidad por la cabeza, aunque en ese momento caí en la cuenta de que se trató de una decisión consensuada al ver el gesto de asentimiento por parte de mis compañeros.

—¿Yo? —le señalé nervioso, pensando en que no podía ser que a una vida que ya calificaba de perfecta se le uniera esa alegría.

Iba a ser que sí, porque en ese instante, en el mismo que Lis avanzó hacia mí para darme un beso y los niños se me abrazaron, cogiéndome de las piernas, vi aparecer también a Lucía y Candela con Axel, y después a mi padre, con quien mi relación llegó a ser bastante fluida en aquellos años y que tampoco quise perderse un inesperado ascenso que me llenó de felicidad.

Nunca habría pensado que la despedida de Félix como jefe supusiera ponerme al mando de las oficinas y concluí que la vida, al final, sí que compensa y que solo hay que desear las cosas con fuerza, con muchísima fuerza, trabajándolas para que todas se pongan en su lugar.

Ya no me quedaba ningún sueño por lograr, porque los míos eran felices a mi lado y mis compañeros, hasta los que un día llegaron a dudar de mí, me dieron a entender que estaban conmigo.

No podía pedir más y esa celebración resultó mucho más jugosa en un día en el que alcancé el cielo con las manos. Lis estaba triunfando con su negocio y yo, de pronto, tenía uno propio... Uno que seguiría manejando con las mismas ganas con las que acudía a trabajar cada día, porque eso se refleja en todos y cada uno de los gestos de nuestra vida.

Cuando tuvo hubo terminado, y me quedé a solas con Lis en casa, por la noche, le di las gracias en la intimidad a la que había logrado convertir en sueños mis pesadillas, a la que hizo de un hombre derrumbado otro nuevo con ganas de comerse el mundo.

—Gracias por ser como eres, mi amor, gracias por apostar por mí y gracias, siempre, siempre, por haberme hecho creer que juntos podríamos alcanzarlo todo. No me imagino qué habría sido de mí sin ti, pero sí te aseguro que jamás habría podido conocer ni una porción de la felicidad que tú y los niños me proporcionáis cada día. Me has convertido en un hombre nuevo y junto a ti quiero envejecer para echar la vista atrás un día, dentro de muchos años, y poder decir con orgullo que vida es la que viví a tu lado.

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: [relinks.me/AitorFerrer](https://relinks.me/AitorFerrer)

Twitter: @ChicasTribu

---

[\[A1\]](#)

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: [relinks.me/AitorFerrer](https://relinks.me/AitorFerrer)

Twitter: @ChicasTribu

---

[\[A1\]](#)